

# LA UNT POR SÍ MISMA



 edunt

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE TUCUMÁN

Colección **Centenario**



La UNT por sí misma

# UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

## AUTORIDADES

DRA. ALICIA BARDÓN  
*Rectora*

ING. JOSÉ GARCÍA  
*Vicerrector*

PROF. MARTA ALICIA JUÁREZ DE TUZZA  
*Secretaria Académica*

ING. LEANDRO RAÚL DÍAZ  
*Secretario Económico Administrativo*

DRA. ROSANA NIEVES CHEHÍN  
*Secretaria de Ciencia, Arte e Innovación Tecnológica*

LIC. JOSÉ HUGO SAAB  
*Secretario de Políticas y Comunicación Institucional*

ING. AGR. GUSTAVO ADOLFO VITULLI  
*Secretario de Bienestar Universitario*

ARQ. PATRICIA GRACIELA RODRÍGUEZ ANIDO  
*Secretaria de Planeamiento y Gestión de Proyectos y Obras*

LIC. MARCELO ADRIÁN MIRKIN  
*Secretario de Extensión Universitaria*

DRA. MARÍA CRISTINA APELLA  
*Secretaria de Postgrado*

LIC. ATILIO SANTILLÁN  
*Secretario de Proyectos Nacionales de Inclusión y Desarrollo*

SERGIO WALTER ARAGÓN  
*Secretario de Asuntos Estudiantiles*

Ciclo de conferencias

# La UNT por sí misma

Organizado por la Subcomisión  
de Conferencias de la  
Comisión Honoraria del Centenario

Editorial de la Universidad  
Nacional de Tucumán  
(EDUNT)

La UNT por sí misma / Isidro Martín Ávila ... [et al.]. - 1a ed. . - San Miguel de Tucumán : EDUNT, 2015.  
232 p. ; 21 x 14 cm. - (Centenario ; 2)

ISBN 978-987-1881-58-1

1. Educación Superior. I. Ávila, Isidro Martín  
CDD 378.009

© EDUNT

Rossana NOFAL, *Directora*

Valeria CANGEMI, *Editora responsable*

Aldo COCHERI, *Diagramador responsable*

Eugenia FLORES DE MOLINILLO, *Corrección de estilo*

Gerardo RODRÍGUEZ, *Diseño de tapa*

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© EDUNT

Crisóstomo Álvarez 883. 4000 S. M. de Tucumán, Argentina.

Tel-fax: 0381-4523140

e-mail: edunt@rectorado.unt.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

ISBN 978-987-1881-58-1

COMISIÓN HONORARIA DEL CENTENARIO

SUBCOMISIÓN DE CONFERENCIAS

PROF. JORGE BIANCHI

DR. MARCELO BOURGUIGNON

DRA. CRISTINA BULACIO

DR. ALFREDO COVIELLO

DR. RODOLFO DANESI

PROF. LUCÍA PIOSSEK PREBISCH

PROF. GASPAR RISCO FERNÁNDEZ





# ÍNDICE

PRÓLOGO	11
Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología BIBIANA LUCCIONI	15
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales JUAN CARLOS VEIGA	35
Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia GABRIELA PERDIGÓN	55
Facultad de Ciencias Económicas JOSÉ HUMBERTO D'ARTERIO	73
Facultad de Filosofía y Letras CONSTANZA PADILLA	89
Facultad de Agronomía y Zootecnia RAÚL OSVALDO PEDRAZA	107

Facultad de Artes	ANA CRISTINA BADESSI	119
Facultad de Medicina	ROQUE CARRERO VALENZUELA	133
Facultad de Educación Física	DOLORES REYNOSO DE ZELAYA	151
Facultad de Ciencias Naturales	ALFREDO GRAU	169
Facultad de Psicología	ESTELA IRENE ROSIG	183
Facultad de Odontología	ISIDRO MARTÍN ÁVILA	199
Facultad de Arquitectura y Urbanismo	OLGA PATERLINI DE KOCH	213
PALABRAS DE CIERRE		227

## PRÓLOGO

El presente libro contiene los textos de las conferencias pronunciadas durante el ciclo “La UNT por sí misma”, como parte de la celebración del centenario de la institución. Solo unas pocas palabras acerca de cómo se originó.

En abril de 2013, autoridades de la Universidad Nacional de Tucumán nos convocaron a sus profesores extraordinarios —eméritos, consultos, honorarios— para integrar una comisión honoraria con motivo de la celebración de los cien años de la institución, que habrían de cumplirse en mayo de 2014. La comisión se dividió luego, por razones de operatividad, en varias subcomisiones, una de las cuales, dedicada principalmente a planificar conferencias, se abocó de inmediato a esa tarea. La primera cuestión que se nos planteó: ¿qué objetivo tendrían tales conferencias? La respuesta: nada menos que pensar la universidad. ¿A quiénes convocar para encargarse de esas conferencias? La primera idea, como sucede por lo general, fue la de barajar nombres prestigiosos a nivel nacional, personalidades externas a la UNT e inclusive externas a la provincia de Tucumán y de la región. Pero,

felizmente, surgió la duda: ¿por qué no comenzar esta vez “desde adentro”, invitando a representantes de sus trece facultades?

Ya estaba así trazado el perfil del ciclo. Se trataba entonces de llevarlo a la práctica. Para ello nos dirigimos a las autoridades de las trece facultades, solicitándoles que nos sugirieran nombres de profesores-investigadores en actividad. Se acompañaba el pedido con una breve guía para orientar de algún modo la temática de las futuras exposiciones.

Este fue el origen del ciclo que se llamaría “La UNT por sí misma” y que se desarrolló entre setiembre de 2013 y mayo de 2014 en el Centro Cultural Virla. Según la guía sucinta y nada estricta, se solicitaba a cada expositor que, centrándose en su propia experiencia como universitario, tomara como ejes de su exposición los siguientes temas:

- 1) relatar los motivos para escoger y dedicarse a su actual especialidad;
- 2) referirse a sus años de formación y a personas que resultaron entonces más influyentes;
- 3) aportar brevemente datos que considerara importantes para una historia de su facultad y de su cátedra;
- 4) exponer cuál, a su juicio, es la tarea esencial, específica, indelegable de una universidad;
- 5) opinar acerca de principios y conductas que deberían transmitirse a estudiantes tanto para el ejercicio profesional, como para cumplir con el rol de ciudadano universitario.

Concluido el ciclo de disertaciones, el balance resultó altamente positivo. Los organizadores juzgamos que este ciclo puede ser el comienzo de una modalidad que en estos últimos tiempos se impone en los principales centros universitarios y académicos del mundo: tender, sin abandonar el rigor de cada especialidad, a un encuentro

interdisciplinario o transdisciplinario. Debemos reconocer que entre nuestras facultades existía, y existe, un grave desconocimiento recíproco; poco o nada sabe una facultad de lo que se está trabajando, investigando, produciendo en las otras. Ya Werner Heisenberg —nada menos que él, premio Nobel en física— en su libro *Física y filosofía* sostenía entusiastamente la tesis de que el contacto entre el campo de las humanidades y de las ciencias duras es necesario y posible. El mundo académico en la actualidad clama por una actitud interdisciplinaria en sus intelectuales y académicos. Los organizadores del ciclo nos adherimos a esta idea, y al planificar estas conferencias fuimos impulsados por la convicción de que la diversidad de carreras en la universidad y el proceso de especialización en cada una de ellas no debe hacer perder de vista la referencia a un centro, referencia que está en la idea misma de universidad y en la etimología de la palabra que la nombra.

Este libro no está pensado para un círculo académico exclusivo. Todo lo contrario: está dirigido al público en general y, en particular, a sus sectores más jóvenes, pues presenta experiencias concretas vividas por cada uno de los expositores en el difícil proceso de descubrir su vocación y de perfeccionarse luego en la carrera escogida. Esperamos que esta publicación que, como se dice más arriba, recoge los textos de las trece conferencias, resulte para quienes la lean una incitación a repensar su universidad actual y, sobre todo, nuestra universidad futura.

La Subcomisión de Conferencias no puede dejar de expresar aquí su más profundo agradecimiento a la profesora Eugenia Flores de Molinillo por su colaboración invaluable en la preparación de este volumen.

LUCÍA PIOSSEK PREBISCH  
Profesora emérita

RODOLFO DANESI  
Profesor emérito



# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología

BIBIANA LUCCIONI\*

La Universidad Nacional de Tucumán nos convoca a la aventura de vivir y sentir su centenario. Destaco la iniciativa de crear este espacio de reflexión y agradezco a quienes me confiaron la responsabilidad de transmitir la visión de este centenario desde la perspectiva de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, que celebra también su propio centenario. Lo haré relatando algunos hechos anecdóticos y personales, que muestran las luces de la universidad que viví, en la que me eduqué y de la cual hoy formo parte. Y aunque no podré abarcar a toda la universidad ni a sus cien años de historia, puedo decir que todos los años de mi vida estuvieron de algún modo vinculados a la UNT.

\*Doctora en Ingeniería (UNT). Profesora titular de la cátedra Teoría de las Estructuras de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, UNT. Investigadora independiente del CONICET.

La preparación de estas líneas me llevó a hacer memoria, a reconstruir el pasado —tarea no habitual para docentes e investigadores que trabajamos en ciencia y tecnología—. Esa revisión de la historia de las instituciones y el accionar de los hombres y las mujeres que las condujeron es una guía para quienes hoy tenemos la responsabilidad de continuar los caminos que ellos supieron mostrarnos, más aún si condujeron al éxito. Apelar a la historia ayuda a entender los fundamentos sobre los cuales se apoyaron aquellos proyectos de ayer que hoy son realidades; despierta el agradecimiento hacia quienes nos precedieron y nos permite mirar al futuro con confianza.

De las primeras décadas de vida de la Universidad de Tucumán tengo referencias a través de publicaciones y particularmente por lo que mis padres me transmitieron desde muy pequeña. Nací en un hogar “universitario”, privilegiado, a mi entender, de padres que dedicaron su vida a la tarea académica, especialmente en la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología de nuestra universidad. De alguna manera, nos transmitieron su pasión por la docencia y por la vida universitaria en general. Recuerdo aún sus relatos sobre sus épocas de estudiantes, identificándose con la universidad y con la vida universitaria de un modo que, confieso, tardé varios años en comprender.

Mis primeros “recuerdos” (vicarios, naturalmente) de la UNT se remontan quizás a la época de su fundación. Mi abuela materna cursó sus estudios secundarios en la Escuela Sarmiento, anexada a la naciente universidad con el nombre de “Escuela Superior Pedagógica Sarmiento”, por iniciativa del Dr. Juan B. Terán. Al egresar, las alumnas recibían una medalla con la imagen de una mujer esparciendo semillas al viento. Esta figura, vinculada con la orientación que se daba a la enseñanza, es alegórica de aquellos primeros tiempos. Contaba mi abuela que comenzó a cursar la carrera de Farmacia en la flamante universidad cuando no era fácil para la sociedad tucumana, a comienzos del siglo xx,



aceptar que una mujer fuera universitaria. Al parecer, no pudo vencer la presión familiar y social, y abandonó sus estudios. Lo interesante de esta anécdota es que el mismo Dr. Juan B. Terán la visitó en su casa para que desistiera de su decisión. No lo logró. De algún modo, el espíritu precursor y la inquietud por el saber que agitaba la mente de aquella joven arraigaron en la familia.

Cuando mi padre, Raúl Luccioni, cursaba la carrera de Ingeniería, el Dr. Félix Herrera, su profesor de Análisis Matemático I, advirtió su talento matemático y lo convenció para que pasara a la licenciatura en Matemática. En un artículo homenaje de la revista *CET*, el Dr. Herrera expresó: “A lo largo de un trato continuo con este joven, pude apreciar sus grandes aptitudes para la matemática, especialmente para la geometría”. Se graduó en 1951 y en 1958 obtuvo una beca de la UNT para iniciarse en la investigación pura, en el ámbito de la geometría, en la Universidad de Buenos Aires, bajo la experta dirección del gran geómetra español Prof. Luis A. Santaló. En 1959, con otra beca de la UNT, pudo cursar estudios especializados dirigido por el descollante matemático italiano Beniamino Segre. Partió, pues, a Roma, con mi madre y mi hermana mayor. Mi inminente nacimiento aceleró su vuelta a Argentina a finales de 1960. Ya en nuestro país, obtuvo el título de Doctor en Matemática de la UBA en 1963.

Mi madre, María Amalia Villalonga, cursó también la licenciatura en Matemáticas en la Facultad y a fines de la década de 1950 se incorporó a la cátedra de Física Experimental, en la que años después sería profesora titular. Fue además una prestigiosa profesora de la Escuela y Liceo Vocacional Sarmiento, labor en la que sus colegas reconocen que supo despertar la vocación por la física en muchas de sus alumnas, que luego serían licenciadas.

En el verano de 1965 mi padre se encargó de poner en marcha la entonces flamante computadora IBM 1620 en un pequeño local del edificio donde actualmente funciona el

Rectorado. La computación empezaba a hacer historia en la UNT. A modo de comparación, una PC estándar actual es seis mil veces más potente que esa primera computadora. Pero, en aquella época, representaba una revolución. Era como una máquina de escribir, y se escribía en un rodillo. Por supuesto, no existía la red ni el concepto de multiusuario. Para la instalación hubo que luchar contra el calor, ya que las computadoras, a válvula, generaban altas temperaturas. Hubo que hacer un sobrepiso y acondicionar todo ese ambiente. Esas nuevas funciones le exigieron mucho tiempo a mi padre, especialmente cuando tuvo que diseñar el Sistema de Sueldos en la vieja IBM 1620, la que, totalmente inapropiada para sistemas administrativos, exigió un ingente esfuerzo en programación. Recuerdo que nos llevaba algunos fines de semana a visitar la computadora. En casa jugábamos con las tarjetas y las cintas perforadas con las que mi padre me enseñó, siendo muy chica, las curiosidades de la cinta de Moebius. Con las tarjetas intentaba construir mis primeras estructuras. Pero no era fácil mantenerlas en pie: eran demasiado livianas y flexibles y yo por entonces ignoraba los conceptos de la estabilidad.

Conocí personalmente al Dr. Félix Herrera, al Dr. Santaló, al Ing. Virla, al Ing. Roberto Herrera y a tantos otros maestros y colegas de mis padres, como el Dr. Battig y su señora, que constituían su núcleo de amigos. Desde chicos también teníamos contacto con profesores extranjeros invitados por la UNT, que se alojaban en la ciudad universitaria de Horco Molle. En casa participábamos de conversaciones sobre la vida universitaria y el enriquecedor intercambio cultural que se daba en la universidad de aquellas épocas.

En 1966 ingresé en la Escuela y Liceo Vocacional Sarmiento, la misma de la que había egresado mi abuela. El ingreso estaba asegurado para los hijos de los profesores universitarios. El plantel docente, íntegramente formado por profesores universitarios, era un lujo. Tengo recuerdos imborrables de maestras y profesoras, como María Elena

Saleme y María Elena Dappe de Cuenya, que me enseñaron a pensar con una mente abierta, a plantear y resolver problemas, a escuchar y emitir opiniones e incentivaron mi capacidad creativa.

A punto de terminar el secundario, era claro que, a pesar de mi interés y facilidad por la matemática, mis inquietudes me llevaban a sus aplicaciones y, en particular, a las estructuras que desde chica construía con ladrillos de juguete, tarjetas de computación y todo lo que encontraba a mi alcance. Tenía ciertas inclinaciones artísticas, probablemente heredadas de familia, y un gusto por lo estético, cultivado en la educación recibida en mi niñez. Dudaba: ¿ingeniería civil o arquitectura? Recuerdo que en esa época existía algún recelo respecto a las posibilidades de las mujeres en las ingenierías, unido a cierto mito de que las mujeres perdían, en parte, su condición de tales en contacto con la ingeniería. No había entonces charlas informativas para alumnos como las que se ofrecen ahora. Por consejo de mis padres, y más por curiosidad que por la esperanza de encontrar una respuesta a mi inquietud, fui a la entonces Quinta Agronómica para visitar las instalaciones donde funcionaban ambas carreras. Comienzos de diciembre, tal vez receso de verano, pero no veía docentes ni muchos alumnos. Preguntando, me sugirieron una visita a la Ing. Nélide Castría, todo un referente como mujer destacada en ingeniería civil. No encontré a la Ing. Castría en esa ocasión. Sin querer, llegué al entonces Laboratorio de Estructuras. El nombre me atrajo: ¡allí se estudiaban las estructuras que yo quería construir! Entré, sin saber que mi elección estaba hecha. Percibí desde la entrada el ambiente de investigación que allí se vivía. Atravesé la inmensa nave, en la que identifiqué algunos ensayos de elementos estructurales en ejecución. En las oficinas encontré un grupo de docentes reunidos, probablemente discutiendo algún tema de investigación, pero me recibieron como si hubieran estado esperándome. Se trataba del Dr. Rodolfo Danesi y

los ingenieros Juan Carlos Reimundín y Roberto Cudmani, de quienes tenía referencias por mis padres, destacados profesores ya conocidos por sus tareas de investigación. No es casual que, como la Ing. Castría, fueran con los años designados profesores eméritos de la UNT.

Allí me contaron que el Ing. Arturo Mario Guzmán, junto con Ramón González Saleme, Juan Carlos Reimundín, Jorge Daniel Riera y Rodolfo Danesi habían iniciado las actividades de investigación en el área de las estructuras en un pequeño local en 1961 y de ahí el grupo se había ido enriqueciendo.

La charla me convenció de que quería estudiar ingeniería civil y dedicarme a las estructuras. Al año siguiente comencé la carrera con profesores destacadísimos: los ingenieros Virla, Reimundín, Cudmani y Castría, entre otros. Volví a ver al Dr. Danesi en cuarto año, al cursar la materia Elasticidad Aplicada. En esas clases brillantes y entretenidísimas, dictadas en el Laboratorio de Estructuras, no había lugar para distraerse ni mucho menos aburrirse.

La carrera de Ingeniería Civil se cursaba entonces en seis años. A fines del quinto año leí en el diario sobre un llamado a concurso de becas otorgadas por la Comisión Regional Noroeste del CONICET, que entonces funcionaba en Tucumán: “Formación de Jóvenes Universitarios para la Investigación”. Sin dudar, volví al Laboratorio de Estructuras en busca de un director. Gané la beca y, bajo la dirección del Dr. Danesi y la co-dirección del Ing. Reimundín, en 1984 me incorporé junto a una compañera, Graciela Doz, a su grupo de trabajo.

Estaban desarrollando un trabajo experimental sobre torsión en vigas de hormigón pretensado. Comencé a trabajar en el diseño y la construcción de los modelos. Cada vez que se ensayaba un prototipo participaba todo el Laboratorio. Se habían incorporado ya los ingenieros Raúl Benito, Alberto Pascual y Enrique Galíndez, que acababa de obtener una maestría en la Universidade Federal do Rio

Grande do Sul bajo la dirección del Dr. Riera. Trabajaba también un grupo de jóvenes ingenieros recientemente graduados y becarios del CONICET: Guillermo Etse, Eduardo Martel y Rodolfo Barlek, actualmente profesores de la facultad. Los resultados de esos ensayos se presentaban en congresos nacionales e internacionales. No teníamos computadoras, por lo que había que tipear los trabajos en máquinas de escribir y dibujar las figuras con estilógrafos en papel vegetal para luego pegarlas en los trabajos. Para las presentaciones fotografiábamos las imágenes que luego se proyectaban como diapositivas.

Antes de graduarme como Ingeniera Civil en 1985 me postulé a la Beca de Iniciación del CONICET. Seguí trabajando con las vigas de hormigón pretensado sometidas a torsión con el Dr. Danesi y el Ing. Reimundín. Admirable Ing. Reimundín: qué paciencia, qué intuición para dirigir el rumbo de la investigación sin interferir en mi iniciativa personal. Juntos propusimos modelos de rotura que pudimos publicar en revistas internacionales, siguiendo las pautas que el CONICET marcaba en cuanto a la necesidad de una difusión internacional. Para ello era importante conseguir bibliografía actualizada, tarea no sencilla cuando solo recibíamos versiones impresas de unas pocas revistas. Recurrimos mucho en esa época a los contactos del Dr. Danesi y de otros profesores en distintas universidades argentinas y extranjeras, que generosamente nos enviaban la documentación. No existían las computadoras personales. Para los trabajos numéricos que ya por entonces empezamos a esbozar, teníamos la posibilidad de trabajar, por riguroso turno, en la VAX 11/780 que mi padre había instalado en 1980 en reemplazo de la IBM 1620 o en algunas pequeñas computadoras domésticas que se usaban con un grabador a casete y un televisor como pantalla.

Comencé también en aquellos años la carrera docente como auxiliar *ad honorem* en la cátedra de Estabilidad

de las Construcciones II a cargo del Ing. Reimundín. A la vez, tuve la oportunidad de participar en algunas tareas de asesoramiento que se llevaban a cabo en el Laboratorio. Ya entonces, cumplía naturalmente con las tres actividades centrales que había tenido el Laboratorio desde su creación: la docencia, la investigación científica y el desarrollo tecnológico, sin descuidar los objetivos de la universidad: la formación de recursos humanos, la investigación y la transferencia de servicios a la comunidad.

Algunos años antes de mi incorporación al Laboratorio, el Dr. Danesi y los Ings. Reimundín y Cudmani habían concebido la idea del posgrado en la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, dirigido a la formación sistemática de recursos humanos para la docencia universitaria y la investigación. En horas bastante difíciles para el país, hubo muchas dificultades para concretar sus ideas. Sin embargo, fueron creando antecedentes valiosísimos que culminaron con la creación del Departamento de Posgrado de la facultad en 1982. Años más tarde, el Honorable Consejo Superior Provisorio de la UNT resolvió crear, a partir del período lectivo 1986, la carrera de posgrado Magister en Ingeniería Estructural.

Tuve el honor de ser una entre los nueve estudiantes de la primera cohorte que la finalizaron exitosamente: la Maestría había nacido fuerte. Esto fue fundamental para demostrar que esa nueva modalidad de posgrado estructurado podía implementarse con éxito y así avanzar en el desarrollo del sistema de cuarto nivel de la Universidad argentina. Se ponía en juego el prestigio, no solo de aquellos que estaban involucrados con el funcionamiento de la carrera, sino también de nuestra facultad y de la misma universidad.

Tuvimos profesores destacados a nivel nacional e internacional, por quienes guardo profunda admiración y agradecimiento. En especial, quiero hacer mención al Ing. Arturo Bignoli, de Buenos Aires, quien luego fuera

designado Doctor *Honoris Causa* de la UNT. El Ing. Bignoli, prestigioso ingeniero, brillante profesor y bellísima persona, dictaba un curso sobre seguridad estructural en el que pretendía tender un puente entre las ciencias de la ingeniería y la realidad del ejercicio profesional, tan lleno de incertidumbres. Comenzaba sus clases y sus libros con la siguiente afirmación:

Sólo Dios conoce la verdad profunda de las cosas, de los acontecimientos y de los misterios, sin que nada quede fuera de su sabiduría infinita. El hombre, con su inteligencia, imagen de la inteligencia divina, es capaz de conocer cosas y acontecimientos pero no en su totalidad y, si no es humilde, quedará en las meras apariencias y frecuentemente, caerá en el error.

Nos hacía notar, además: “Es inútil que se afanen los constructores si Dios no sostiene la casa”.

Comparto plenamente estas verdades, que nunca antes había vinculado tan directamente con mi profesión.

En sus cursos, el Ing. Bignoli nos presentó el problema de las incertidumbres y nos introdujo en la teoría de conjuntos borrosos. Según él cuenta, a través de algunas preguntas y observaciones que hice en las clases, tuvo la impresión de que el curso no me había gustado porque me inclinaba más hacia la ciencia que hacia la práctica de la ingeniería. Esa nueva forma de plantear los problemas nos causaba cierta incomodidad porque escapaba de nuestros esquemas clásicos de pensamiento científico. Pero nos abrió la mente a una visión más amplia de la realidad. Veinte años después, en una presentación que hice en la Academia Nacional de Ingeniería, comprobó, con gran satisfacción, que el tema en el que trabajaba tenía una fuerte vinculación con los temas de riesgo y propensión a fallar en los que él nos había introducido en su curso.

El éxito alcanzado por el Magíster en Ingeniería Estructural dio origen a la creación del Doctorado en

Ingeniería en 1988. Su implementación dio comienzo en 1990 con la inscripción de algunos de los egresados del primer Magister.

Me había graduado como magíster en Ingeniería Estructural en 1988 y seguía trabajando en investigación como becaria de CONICET. Nuevamente encontré la posibilidad de seguir formándome en la misma UNT. Por entonces el Dr. Danesi estaba dictando cursos de posgrado en la Universidad de Canterbury, en Nueva Zelanda, y no había en Tucumán doctores que pudieran dirigirme en temas vinculados a las estructuras. Consultando a profesores de otras universidades argentinas, me recomendaron contactarme con el Dr. Sergio Oller, salteño, graduado como ingeniero civil en la Universidad Nacional de Córdoba y reciente doctor en Ingeniería de la Universidad Politécnica de Cataluña, Barcelona (España), donde era docente e investigador. No lo conocía, de modo que le escribí una carta de presentación con mi *curriculum vitae*. La respuesta a mi carta incluía planes de trabajo alternativos y la bibliografía correspondiente. Inmediatamente comencé a incursionar, bajo su dirección, en nuevas líneas de investigación relacionadas con la modelación numérica de materiales. La UNT lo contrató reiteradamente, durante varios años, como profesor visitante. Esto me permitió desarrollar mi tesis doctoral aprovechando sus estadías de dos o tres meses en Tucumán, durante las cuales también participó en proyectos de investigación, dictó cursos de posgrado, conferencias y seminarios. El resto de la comunicación se hacía por correo normal (no existía Internet) o por fax, lo que me permitió llevar toda la investigación documentada hasta el último detalle. Muchas de mis notas han servido como base a los apuntes de apoyo a las asignaturas de grado y posgrado que luego tendría a mi cargo. Con el Prof. Sergio Oller aprendí a trabajar en la primera computadora personal que llegó al Laboratorio en 1990. Hasta entonces, habíamos usado la Vax del Departamento



de Computación. El Dr. Oller fue un gran maestro: me introdujo en la modelación constitutiva, y su vinculación con centros extranjeros fue motivo de enriquecimiento para todo el Laboratorio de Estructuras. Llevamos muchos años compartiendo temas de investigación y publicaciones.

Obtuve el título de Doctor en Ingeniería en 1993 e ingresé a la carrera de Investigador del CONICET. Tuve además oportunidad de avanzar en mi carrera docente en asignaturas de grado y posgrado.

El Laboratorio y luego el Instituto de Estructuras estuvieron bajo la dirección del Dr. Rodolfo Danesi hasta 2003, cuando asumió la dirección el Ing. Enrique Galíndez. El Dr. Danesi tuvo también a su cargo la dirección académica de la maestría en Ingeniería Estructural y del doctorado en Ingeniería Estructural desde su creación hasta el año 2005, casi treinta años. Será siempre reconocido como el fundador y continuo impulsor de esta escuela de excelencia académica, un profesional a quien todos destacamos y admiramos, agradeciendo su espíritu visionario, su perseverancia y su entrega personal.

Justamente a su lado tuve la oportunidad y el orgullo de formarme en la tarea académica de la conducción de posgrado. Destaco la sencillez con que nos fue transmitiendo su saber y entusiasmo, dándonos responsabilidades gradualmente crecientes para capacitarnos en esta tarea, de manera de poder hacernos cargo cuando fuera necesario. La idea de la necesidad del equipo de trabajo y de esa gran familia del Laboratorio donde los valores y las personas prevalecen sobre cualquier logro académico/científico quedó grabada en todos los que nos formamos a su lado. Ojalá sepamos transmitirla con el mismo ímpetu y las mismas convicciones a los que nos sucederán en estas tareas.

El trabajo en equipo de los investigadores con los becarios de grado y de posgrado fue y seguirá siendo la mejor forma de avanzar en busca de nuevas fronteras del conocimiento científico.

Particularmente, como docente/investigadora del Instituto de Estructuras tuve la oportunidad de participar en dos tareas con connotaciones muy especiales. Motivados por trabajos realizados en el Laboratorio de Estructuras referidos a la explosión que destruyó la Embajada de Israel en Buenos Aires, habíamos comenzado en el año 1997 una línea de investigación sobre la acción de cargas explosivas en estructuras y suelos. Trabajábamos en estos temas con el Dr. Daniel Ambrosini, investigador del Laboratorio de Estructuras, en colaboración con el Dr. Jorge Riera, de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul y otros becarios. En conocimiento de estas tareas, el Ing. Bignoli, consultado por el Tribunal Oral en lo Criminal Federal N.º 3 de la ciudad de Buenos Aires (que tenía a su cargo la investigación de la conexión argentina del atentado AMIA), sugirió que se dirigieran a la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología de la UNT. En setiembre de 2001 el Tribunal me designó, junto a los Dres. Rodolfo Danesi y Daniel Ambrosini, para realizar una simulación computacional tridimensional que reprodujera virtualmente la mecánica de la explosión que destruyó el edificio de la AMIA. Esta tarea, originada en un problema real con importantes connotaciones humanas, sociales y políticas, representó un verdadero desafío y le dio más ímpetu a mi carrera de investigación. Inicialmente no teníamos claros todos los datos del suceso, ni qué se esperaba como resultado del trabajo, ni siquiera cómo lo íbamos a encarar. La tarea fue ardua, comenzando con entrevistas con los jueces, recopilación de información formada por cajas y cajas de planos, fotografías y videos. En lo que se refiere al trabajo mismo, nos obligó a volver a las bases para estudiar más a fondo la mecánica de la explosión y su efecto en los materiales. Para la simulación numérica contábamos con un *software* comercial, pero era imposible modelar todo el problema en detalle con la capacidad computacional disponible. Fue por ello que nos vimos obligados a idear

una forma de encarar el problema que nos permitiera llegar a la respuesta que nos pedía el Tribunal. Querían saber la cantidad y la ubicación del explosivo, pero además debíamos reproducir virtualmente el colapso del edificio.

En primer lugar, se consideraron cargas explosivas de distinta magnitud y ubicación, y se estudió computacionalmente la propagación de la onda de presión generada por estas y los daños producidos en las fachadas de las construcciones de toda la cuadra del edificio de la AMIA. La comparación de los daños simulados con los realmente ocurridos permitió determinar la ubicación y la magnitud de la carga explosiva más probables. Luego se simuló numéricamente el colapso estructural del edificio de la AMIA bajo cargas explosivas con magnitud y ubicación dentro de los límites más probables obtenidos. Como resultado, se presentaron gráficos y videos que permiten ver en forma secuencial el proceso de colapso de la estructura producido por un mecanismo de tipo gravitatorio originado por la destrucción de la mayor parte de las columnas de planta baja y del sótano del bloque delantero.

Con el Dr. Danesi y el Dr. Ambrosini presentamos personalmente estos resultados en el juicio oral en setiembre de 2002, durante varias horas de exposición y preguntas. Explicar y defender ante un público no técnico el resultado de lo que había sido una verdadera investigación científica constituyó una experiencia por demás interesante. A partir de ese trabajo, surgieron numerosas publicaciones científicas, en las que se cuentan seis trabajos en revistas internacionales con referato, uno de los cuales ya va recibiendo ochenta y una citas.

A raíz de esos trabajos, con el Dr. Ambrosini tuvimos la posibilidad de conectarnos con investigadores de distintos países del mundo, trabajar en proyectos de cooperación internacional, organizar simposios en congresos internacionales sobre la temática e integrar asociaciones

internacionales como la International Association of Protective Structures.

A raíz de las publicaciones, nos contactaron en 2010 por un trabajo de características similares vinculado con atentados en Medio Oriente que están siendo investigados por un tribunal internacional. Les interesó nuestra opinión como científicos universitarios sobre un atentado que llevaba varios años de investigación y cientos de informes de expertos de todo el mundo. Los primeros resultados fueron muy valorados por el tribunal, que nos seleccionó para integrar el grupo de expertos de la fiscalía. Participamos así en el diseño de un experimento a escala natural al que el Dr. Ambrosini asistió personalmente. Se intercambiaron opiniones entre grupos multidisciplinarios. El tema aún no está cerrado.

Estas dos experiencias son ejemplos, quizás extremos por la crudeza de los problemas en juego, pero muy ilustrativos de las motivaciones y aplicaciones que puede tener la investigación, del complejo entramado entre investigación básica y aplicada, de los mecanismos de interacción entre los problemas de la sociedad y el desarrollo del conocimiento que se genera en los proyectos de investigación, de la necesidad de una formación de posgrado que capacite para encarar problemas no convencionales, de la importancia de una visión amplia de los problemas y del trabajo en equipos multidisciplinarios.

Un aspecto fundamental en esta trayectoria que intenté relatar es que todas estas experiencias pudieron desarrollarse de manera normal y en estrecha conexión con una vida personal y familiar plena. A ello contribuyeron mi propia familia y en especial mi marido, también docente universitario, que me apoyó y acompañó siempre. Pero no puedo dejar de mencionar la inconmensurable ayuda que representó disponer de una guardería infantil frente al Laboratorio. La responsable de la puesta en marcha de dicha guardería en el año 1989 fue justamente la Ing. Nélica Castría, docente e investigadora de la carrera de Ingeniería

Civil y de la Maestría en Ingeniería Estructural, quien, además de sus méritos académicos, contaba con una gran calidez humana y una sensibilidad especial. No tardó en advertir que la única forma de que sus alumnas pudieran desarrollarse plenamente en la carrera académica era que esto no las obligara a postergar sus proyectos familiares. Esa guardería, El Ladrillito, a la que asistieron mis seis hijos, sirvió de ejemplo a otras que se abrieron luego en el Centro Herrera. Allí está aún, creciendo. A lo largo de estos años ha representado un apoyo invaluable para todas las familias jóvenes de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología e incluso de otras facultades del Centro Herrera.

Tomando distancia, las puertas que se abrieron en mi carrera académica parecen frutos providenciales. En realidad, esas puertas fueron grandes logros de la UNT que tenían por detrás años de trabajo y discusión de sus pioneros y marcarían huella en su historia. Tengo un profundo agradecimiento a Dios por todas estas personas que puso a mi lado a lo largo de esta trayectoria. No he nombrado a todas, pero implícitamente están en estos relatos. De distintas maneras, ayudaron a que pudiera proyectarme académicamente, servir y disfrutar haciéndolo. Como institución, es claro que la UNT, mi segunda casa, tuvo un papel activo y determinante. Basta ver cómo encontré en esta institución las vías para canalizar mis proyectos exitosamente. Siento un profundo agradecimiento por ello y, a la vez, la responsabilidad de cooperar para que esta casa de estudios siga cumpliendo los nobles objetivos para los cuales fue creada y que se pueden leer en el preámbulo del estatuto actual.

Quisiera que estas referencias al pasado hayan destacado las luces que nos permitan avizorar los proyectos del futuro. Debemos tener claro hacia dónde vamos; más precisamente, cuál es la misión de la universidad. Desde los comienzos de su existencia, su misión trascendente ha sido la de ilustrar, promover y defender la autonomía de

conciencia, desarrollar la habilidad de problematizar, afirmar la primacía de la verdad sobre la utilidad. Guillermo Jaim Etcheverry sostiene que, en esencia, la universidad es una institución de ideas. Tiene la función irrenunciable de cultivar y hacer evidentes ciertos valores que le son propios.

Se vislumbran esfuerzos por parte del gobierno nacional, de las universidades mismas y de las instituciones de promoción científica y tecnológica para solucionar algunos de los problemas detectados ya a comienzos de este siglo. Se avanzó con los procesos de acreditación de las carreras de grado y posgrado, estableciendo y revisando estándares mínimos que deberían cumplir las carreras para ser acreditadas y obtener el reconocimiento oficial del título. Se han formulado diversos planes estratégicos con distinto alcance, con el fin de orientar el avance científico-tecnológico para resolver problemas prioritarios de la sociedad. Junto a ellos se han ofrecido distintos tipos de subsidios y becas orientados a las áreas prioritarias de vacancia identificadas en estos planes. Se ha promovido la vinculación entre la universidad y la empresa. Se ha propiciado la cooperación entre universidades argentinas entre sí y con universidades extranjeras y la formación de grupos interdisciplinarios para atender los problemas de la sociedad. Se ha propiciado la repatriación de investigadores argentinos en un plan de fortalecimiento de recursos humanos en áreas de vacancia.

Estas nobles intenciones son sin duda valiosas. Pero las veamos como oportunidades que inician un proceso: hay mucho trabajo por delante para alcanzar los objetivos planteados. Hay dificultades a superar. La parcelación del conocimiento dificulta a los profesionales lograr una visión general, haciéndoles difícil encarar problemas complejos de la realidad, trabajar en equipo, y más aún en equipos interdisciplinarios. No se valora la importancia crucial de ciertas profesiones, en especial algunas ramas de la ingeniería, no solo para responder a los problemas de nuestra

sociedad sino para atender el normal desarrollo de la vida diaria, aun con las facilidades de transporte y servicios actuales. La consecuencia es que pocos se destacan como referentes en la sociedad. Es difícil que los ingenieros lleguen a ocupar cargos de conducción en los que, por la naturaleza de las funciones, los requerirían. Estas razones influyen mucho en la distribución de la matrícula. A pesar de las promociones, ayudas económicas y becas que se ofrecen, aún no hay muchos jóvenes dispuestos a ser ingenieros. En la universidad misma y en su vinculación con los egresados, se ha perdido el sentido de pertenencia a la institución que nos formó. Pese a los avances en la comunicación, hay desconocimiento y desinterés hacia las actividades de las distintas facultades, cátedras, institutos.

Estas dificultades y preocupaciones no son propias solo de nuestra universidad, ni de nuestro país. Como ejemplo, en el área de las ingenierías, en un trabajo reciente realizado en Estados Unidos, se advierte que los estudiantes de ingeniería llegan a la práctica profesional con dificultades para hacer preguntas, clasificar tecnologías y métodos de diseño, modelar problemas cualitativamente, descomponer problemas, recopilar datos, visualizar soluciones y generar ideas, comunicar las soluciones en forma escrita y oral. Todos estos problemas provienen de una formación demasiado parcializada.

Se está tratando de revertir estos problemas a nivel mundial. En el simposio internacional CAETS/HAE Symposium Innovative Approaches to Engineering Education (Budapest, junio 2013), se discutieron estrategias educacionales en ingeniería y enfoques de investigación de diversos países, en particular Australia, China, Alemania, India, Sudáfrica y EE. UU., y se acordó una serie de recomendaciones. Destaco a continuación algunas de ellas:

Preparar a los ingenieros para enfrentar iniciativas en materia de desarrollo tecnológico, así como para contribuir a las condiciones de bienestar social de la humanidad. La

formación debe crear un puente entre ciencia y tecnología, un pensamiento integrador para que los ingenieros sean capaces de dar soluciones de ingeniería a escala global a los grandes retos de sustentabilidad en la sociedad. Basar la educación en la investigación puesta al día y la innovación en las prácticas educativas. Reflejar la interacción de los ingenieros en la industria y el mundo académico. Proporcionar a los estudiantes oportunidades para experimentar y aprender a trabajar en equipo y desarrollar capacidades para el liderazgo y la gestión de proyectos. Facilitar experiencias de investigación para estudiantes de pregrado en ingeniería para desarrollar una cultura de la investigación, la invención y el descubrimiento. Alentar la formación continua y abordar disciplinas que hagan de puente entre la ciencia y la tecnología, den cuenta de la globalización de la ingeniería y sean sensibles a los intereses nacionales y a los valores que sustentan el hacer profesional. La educación del ingeniero debe promover una mejor comprensión de la necesidad de asesoramiento científico y tecnológico en la formulación de políticas.

La historia de nuestra universidad muestra épocas con dificultades de todo tipo. Debido a los grandes cambios científicos, tecnológicos, políticos, sociales ocurridos en estos cien años de historia, algunas son distintas a las que hoy se plantean, pero otras de fondo siguen siendo las mismas. Me permito citar a Juan B. Terán, en su libro *La Universidad y la vida*:

La Universidad tiene, en efecto, un aspecto moral, porque nada como ella propaga fines superiores para la conducta. Alguien ha dicho con tanta verdad como belleza: es difícil pensar y sentir bajamente cuando se ha vivido todos los años de la juventud en la pureza y el ascetismo del estudio. La substancia impresionable del espíritu guarda a través de la vida, y cualquiera que sea el designio del hombre, el eco armonioso de los ideales supremos...



A la razón fundamental, económica y científica, agregamos así un concepto moral...

La necesidad de la formación moral en la universidad responde a dos tipos de razones: éticas y estratégicas. Las razones éticas han sido señaladas por varios autores que, desde Aristóteles, Kant, más tarde Ortega y Gasset y hasta la actualidad, coinciden en la necesidad de atender la dimensión moral a fin de forjar el carácter de buenos ciudadanos, cultivados y civilizados, con hábitos y virtudes que les permitan vivir en sociedad en paz. El mismo Einstein reconocía la necesidad de la formación moral y política en el ámbito de la técnica. Entre las exigencias estratégicas se destacan: la naturaleza global de los problemas, la finalidad propia de las profesiones y las demandas del mercado laboral actual.

Es en la universidad donde se forman los profesionales, donde se adquieren las competencias científicas de alto nivel, enfatizando el juicio crítico, los métodos científicos de análisis y la innovación tecnológica, como también las competencias genéricas, esto es, intelectuales, académicas, relacionales, de gestión, de liderazgo.

Guillermo J. Etcheverry decía que el escenario del cambio social posible está en las aulas: la mente de nuestros jóvenes. Es a ellos a quienes debemos brindar herramientas intelectuales que les permitan trascender el mundo de la inmediatez en el que vivimos, brindar un marco que permita la generalización, así como la comprensión, de la globalidad, presente en todos los problemas que enfrenta hoy el hombre, desde él mismo hasta todo lo que lo rodea.

Hacen falta ciertas condiciones para que el estudiante aprecie como ideales un conjunto de valores, denuncie la presencia de un cúmulo de contravalores y, sobre todo, construya su propia matriz de valores que le permita no solo razonar y pensar sobre ellos, sino elaborar criterios personales guiados por principios de justicia y equidad, así como actuar coherentemente como profesional y como

ciudadano. Para ello se puede revisar desde la selección de contenidos hasta el diseño de actividades que involucren al estudiante en forma activa y responsable, fomentando su autonomía. Resultan importantes sobre todo las relaciones que el estudiante establece con los docentes en las clases, en las tutorías y en las evaluaciones, y las que mantiene con la institución universitaria, sin olvidar los valores y contravalores del entorno social, cultural, económico y político del que procede. Se debe buscar que el estudiante sea capaz de transformar su propio medio en otro mejor, implicándose en proyectos colectivos, pasando de espectador a partícipe activo, asumiendo las consecuencias de sus acciones. En mi experiencia, trabajar con el alumno en estos aspectos es posible cuando se trata de grupos pequeños, pero se hace difícil en clases superpobladas. Es vital, por ello, en una universidad abierta, garantizar que el esfuerzo se invierta en quienes realmente tienen voluntad de aprender y que se apoye a aquellos que, no teniendo medios, muestran esa voluntad y capacidad.

La organización de las carreras debe ser eficaz para transmitir a la sociedad mensajes atractivos, acercando gente y atrayendo a los mejores talentos. La estructura académica y los medios administrativos deben adecuarse para la definición armoniosa de criterios y actividades en cada ámbito, y así lograr un mejor aprovechamiento de los recursos disponibles.

Como docente de nuestra universidad, me siento responsable de trabajar en estos temas. Quizás algunos objetivos requieran estudio y discusión dentro de los ámbitos pertinentes. ¿Qué lugar más adecuado para tal discusión que la misma universidad? El cambio depende de todos los que la integramos, para que cada uno, desde su lugar, cumpla su misión: formar profesionales y ciudadanos que construyan de forma autónoma su conocimiento y que actúen con responsabilidad, libertad y compromiso.

# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

JUAN CARLOS VEIGA\*

## Introducción

“Iluminando el pasado, proyectando el futuro”. El lema propuesto por la Universidad Nacional de Tucumán en la celebración de su centenario nos lleva a repensar las ideas y los principios de su fundador, Juan B. Terán, quien ya advertía hace cien años que “como nunca, pesan deberes sobre los vigías de la sociedad que son las universidades”. Julia Alessi de Nicolini, en el prólogo de *Universidad Nacional de Tucumán, 1914-2004*, libro editado al cumplirse noventa años de la UNT, señala que “en este entorno marcado por la crisis de valores, de autoridad,

\*Doctor en Derecho (Universidad Complutense de Madrid). Profesor titular de la cátedra Derecho Comercial de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, UNT. Ex-presidente de la Corte Suprema de Justicia de Tucumán.

de proyectos, es necesario insistir en la relación profunda que debe establecerse entre moral y política” (p. 9).

Diez años después, en un entorno nacional, provincial y universitario quizás más crítico aún que aquel, la iniciativa de publicar *La UNT por sí misma* nos invita a poner la mirada en el pasado y a proyectarla hacia el futuro. “Sin una visión prospectiva se corre el riesgo de reproducir, de manera mejorada, las condiciones del pasado”, dice el *Informe final* de la evaluación institucional de 1996 (cap. XIV, p. 89). Por formación y por haber sido siempre una impronta en mi vida personal y profesional, la mirada al pasado será más breve, y privilegiaré el desafío de proyectar el futuro.

## La elección de la carrera

Comienzos de los años sesenta. Terminados mis estudios secundarios, tenía absolutamente en claro mi vocación por la ciencia jurídica, pese a que también me atraía la diplomacia. Solo la Universidad de Rosario y la Universidad de La Plata tenían en su oferta curricular la carrera de diplomacia. Dejé de lado esa posibilidad, quizás postergándola hasta concluir la carrera de Abogacía, como lo habían hecho otros en Tucumán, entre ellos, los hermanos Villagra Delgado. Pero no sería ese mi rumbo.

Mi vocación por el derecho nació en las aulas del secundario y respondió a una clara preferencia por las asignaturas humanísticas y, sin duda, a la influencia de docentes que transmitieron, junto a la enseñanza de sus materias y una buena información general, la necesidad de una formación cívica que respondiera al objetivo de la búsqueda de la verdad como camino al valor Justicia.

La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales fue creada gracias al decidido impulso de Alfredo Coviello —quien no era abogado—, con la oposición del rector Julio Prebisch,

por Resolución del Honorable Consejo Superior del 19 de abril de 1938. Inaugurada el 30 de junio del mismo año en el Salón de Actos de la Biblioteca Alberdi, inició sus actividades el 1.º de julio de 1938, con 133 alumnos. Recuperaba así Tucumán la enseñanza del derecho seis décadas después del cierre doloroso de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas, en 1882. Recordemos que esa facultad fue creada por Ley Provincial, en 1875, impulsada por el gobernador Belisario López, y funcionaba en Rivadavia 29 —Escuela Sarmiento—. Otorgaba el título de Licenciado y Doctor en Jurisprudencia. Tras tantos años, la iniciativa de Coviello encontró respaldo en el gobernador Miguel Campero, quien sostuvo entonces que “la escuela de abogacía habría de elevar más el nivel de la Universidad, poniéndola en el camino definitivo de conquistar su jerarquía, sin desmerecimiento de las otras entidades del país”.

Esta facultad, hoy con trece mil estudiantes, la de mayor matrícula de la UNT, nos recibía en 1960 en la señorial casona de calle 25 de Mayo 471, donde Mercedes Castillo de Acuña (Chita, para todos) atendía con maternal disposición a los tímidos adolescentes que llegábamos a solicitar información y, ya en febrero de 1961, a completar la documentación y los formularios para inscribirnos. Ese año marcó un ingreso de cuatrocientos veinte alumnos a las tres carreras: abogacía, procuración y escribanía, 40% de ellos llegados de otras provincias.

La arquitectura de la casa, el sólido portal de hierro, los muebles de época, una impactante escalera de mármol de Carrara, la decoración *art nouveau*, el roble inglés de sus pisos y esos retratos con rostros adustos y solemnes que nos asombraban... todo parecía querer apabullarnos. Sin embargo, hacia el interior, el patio soleado con el busto del insigne Juan Bautista Alberdi, los frondosos árboles del jardín en el fondo, en cuyo centro una fuente irradiaba

frescura y un sonido cantarino, nos devolvían la sensación de una casa familiar.

Quienes veníamos de familias sin relación con el mundo jurídico teníamos la alternativa de estudiar en la biblioteca de la facultad, por entonces sobre la calle 25 de Mayo, en lo que fuera la entrada de vehículos a la casa de Remis, o de pedir en préstamo por breve plazo los libros de la materia en estudio. Allí, en esa biblioteca poblada sobre todo por estudiantes de otras provincias del NOA, tomé el primer contacto con la obra de Manuel García Morente, su *Introducción a la filosofía*, con la *Historia de las Culturas Jurídicas* del Dr. Francisco Padilla y con el derecho, en los tomos de Aftalión, García Olano y Vilanova.

La biblioteca, desde la mañana muy temprano, las clases no obligatorias a la tarde y nuevamente la biblioteca hasta casi la medianoche: tal era nuestra jornada universitaria, solo interrumpida al mediodía por algún bocado en el bar de la facultad y una “sobremesa” de charla amena bajo la arboleda del fondo. La biblioteca generaba encuentros, discusiones políticas, encendidas polémicas ideológicas, desencuentros futboleros, y también fue el lugar donde forjamos sueños de un futuro, a veces teñidos por los sentimientos. Ese primer año confirmó mi inclinación por el derecho, mientras conocía el ambiente y el “clima universitario” y hacía amigos en esa camada de buenas personas que luego brillarían con luz propia en la vida profesional y académica.

1963. Aires renovados de la democracia, y el despertar del *homo politicus*, participando en nuestras primeras elecciones como ciudadanos y también en las vibrantes asambleas universitarias, verdaderos centros de discusión de ideas y de defensa de la autonomía universitaria. La política ocupaba un espacio central en la vida de la Facultad de Derecho: la revolución cubana, la muerte de Kennedy, la permanente amenaza sobre el orden institucional en nuestra patria eran, entre otros, temas de diario debate.

Esos años de excepcional brillo de la universidad concluyeron dramáticamente en 1966, no solo por el golpe militar, sino también por una fuerte politización que afectó la vida académica. Desde entonces, y en los años setenta y los ochenta, la intolerancia y la violencia avanzaron sobre la política y sobre la universidad.

Las cosas cambiaron en 1983, para el país y para la universidad. La democracia institucional, como forma y como ideal, produjo la normalización universitaria y fue la universidad la que canalizó muchos de los anhelos democráticos. De ella se esperó compromiso, inclusión y excelencia. Veremos más adelante, al analizar la universidad y sus fines, si estos anhelos se han cumplido y si son hoy componentes del rol de una universidad democrática.

## **Los años de formación y las valiosas influencias**

Sabemos bien que la calidad de una universidad anida en el valor intelectual y humano de sus profesores y que sus estudiantes son la savia que le da vida. Recordar y rendir tributo a los maestros, reconocer su influencia en nuestra formación personal y profesional es una expresión de gratitud a la facultad que supo darles su lugar. En mi vida universitaria tuve ciertamente profesores cuyas enseñanzas, gestos, actitudes éticas, personalidad y muestras de afecto dejaron recuerdos y marcas indelebles.

En la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNT, Luis Rodolfo Argüello, Julio Palacio, Jorge Sixto Antoni, Víctor Marcelino Vázquez, Fernando López de Zavalía, Nicolás Di Lella, Simón Zelaya, Horacio Poviña, Benjamín Frías Alurralde fueron juristas y maestros del derecho y de la vida. Tres grandes profesores dejaban ya la docencia y no tuve oportunidad de recibir de ellos más que algunas pocas clases: Adolfo Piossek, Francisco Padilla y Rafael García Zavalía. Particularmente recibí de Argüello

y de Vázquez, junto a la magistralidad de sus clases, la cercanía que derivó en amistad y afecto mutuo, potenciado en aquellos primeros años de vida universitaria por las dudas y temores que me invadían. La sencillez y dedicación a la docencia de Jorge Sixto Antoni, el talento incomparable, la brillantez y erudición de las clases de Fernando López de Zavalía, la expresión austera de sabiduría de Nicolás Di Lella y la bonhomía gauchesca de Simón Zelaya son inolvidables.

Debo admitir que el profesor que más influyó en mi vida profesional por formación, personalidad y modos de transmisión del derecho vivo fue Víctor Marcelino Vázquez, abogado enjundioso y sagaz, maestro en toda la dimensión de la palabra, hombre de talento y conducta, incansable en su trabajo, generoso en su entrega a discípulos y colegas, apasionado del derecho y de nuestra universidad, a la cual entregó los mayores esfuerzos y servicios hasta el final de sus días.

Advertirán ustedes que, significativamente, una facultad cuyas carreras son cursadas hoy mayoritariamente por mujeres no tenía en la década de 1960 ninguna profesora. Solo cuando egresé con el título de Abogado se incorporaba la primera docente, la Prof. Dra. Ana María Ostengo de Ahumada, en la cátedra de Derecho del Trabajo, y luego la Dra. Marta Gómez Cabrera de Domingo, compañera de estudios, en la misma cátedra de Derecho del Trabajo, cuyo titular era el Dr. Víctor Daniel Álvarez.

No puedo dejar de mencionar lo recibido de maestros de otras universidades y que en postgrado gravitaron decididamente en mi formación: Carlos Suárez Anzorena, de la UBA, Jorge Mosset Iturraspe y Ciuro Caldani, de la Universidad de Santa Fe, y la figura excluyente y ejemplar del Prof. Dr. Don Fernando Sánchez Calero, de la Universidad Complutense de Madrid.

Habiendo transitado más de cuarenta y cinco años por los caminos de la docencia y del derecho, siento que



de todos los maestros he recibido algo y que ese aporte fue decisivo para forjar una personalidad propia. Algunos con talento natural, otros ordenados y dedicados, otros brillantes y desprolijos, serios o bromistas, lejanos o cercanos al estudiante, a todos les debo, o mejor, les debemos, gratitud por su entrega, y a varios de ellos el reconocimiento por su amistad y su afecto. Como un hijo que crece y se forma en el espejo de sus padres, nosotros crecimos y nos formamos en la ciencia jurídica, recibiendo de nuestros maestros no solo la información y el conocimiento de esa ciencia, sino también la noción de la defensa de los valores, la necesidad de un compromiso de encontrar la verdad para que tenga vigencia la Justicia, valor supremo al que el hombre de derecho aspira como objetivo de su saber científico.

## Trayectoria como docente

Desde 1967, año en que inicié la carrera docente en dos colegios secundarios, hasta octubre de 2013, cuando llegó el final de mi desempeño como titular de cátedra al cumplir la edad establecida como límite en la reglamentación vigente en la UNT, transcurrieron cuarenta y seis años ininterrumpidos de dedicación a una vocación a la que me entregué sin reservas.

En la UNT ingresé como ayudante *ad-honorem* en la cátedra Derecho Comercial I, invitado por su titular, Raúl Héctor Barber, a comienzos de 1975, y luego accedí a los cargos de jefe de trabajos prácticos, profesor adjunto, profesor asociado y finalmente, desde 1992, profesor titular, a través de sucesivos concursos convocados a partir de la normalización universitaria de 1983. El último concurso fue en 2008 y en todos los casos tuve el privilegio de que integraran los jurados de evaluación destacados juristas del derecho comercial argentino, como los Dres. Héctor Alegría, Carlos Odriozola, Raúl Etcheverry, todos de la

Universidad de Buenos Aires y autores de las leyes de Sociedades Comerciales y de la Ley de Concursos, así como los Profs. Héctor Cámara, Efraín Hugo Richard y Horacio Roitman, de la Universidad de Córdoba, autores de leyes y notables docentes.

Llegué a una cátedra que había tenido como titulares a profesores de la talla de Raúl Barber, Horacio Rava y, antes, a Arturo de la Vega, único jurista argentino que construyó una teoría sobre la naturaleza jurídica del Acto de Comercio. Dicté clases de posgrado en las universidades de Buenos Aires y de Córdoba, así como en la UNT —en las facultades de Derecho y de Ciencias Económicas—, en la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino y en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales de Buenos Aires.

El ingreso a la cátedra de Derecho Comercial orientó definitivamente la especialización en el estudio de la problemática del derecho mercantil y de la empresa, vertiente a la cual dediqué también mi trabajo en el ejercicio profesional. Mi recuerdo permanente a Raúl H. Barber. El derecho de sociedades, los contratos de seguros y de financiamiento de la empresa, la responsabilidad social de la empresa, los contratos de garantía comercial son algunos de los temas que dentro de dicha materia atrajeron mi interés.

Cuando el Dr. Gustavo Silvetti dejó la Facultad de Derecho para jubilarse, el decano me confió la dirección del Instituto de Derecho Comercial, que ejercí hasta mi jubilación. La docencia me llevó a tareas de gestión en la facultad. Así, al retorno de la democracia en 1983, el rector normalizador Prof. Luis Salinas me confió en abril de 1984 la Secretaría Académica a cargo del Decanato de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, hasta la elección del nuevo decano. Años más tarde, en 1990, fui elegido decano con el voto unánime de los miembros del Consejo Directivo, al que accedí luego en dos oportunidades en representación del claustro de profesores titulares.

Como decano de la facultad, integrante del Consejo Superior de la UNT, se me confió la presidencia de la Comisión de Hacienda, hecho inédito para un abogado en ese cuerpo directivo, y también la presidencia de la Junta Electoral de la UNT. La gestión en el decanato de la facultad transcurrió en un clima de armonía y construcción, acompañado de todos los estamentos con lealtad y trabajo. En esta función me tocó despedir con gran dolor a los profesores Vázquez y Barber, que tanto prestigiaron nuestra casa.

Mi paso por la Magistratura en el máximo tribunal de la provincia, la Corte Suprema, me dejó, entre tantos recuerdos, la conciencia de lo que significa la Universidad Nacional de Tucumán para la comunidad tucumana. Nunca tuve como objetivo en mi dilatada carrera como abogado dejar una huella entre alumnos o colegas. La docencia, el ejercicio profesional, la gestión universitaria, la magistratura, la función pública han sido para mí oportunidades para exteriorizar la enseñanza de mis padres y de mis maestros, la capacitación que me dio mi universidad. He tratado siempre de construir en armonía, de priorizar los valores, de enseñar con el testimonio y es por ello que no hay para mí mayor recompensa y satisfacción que recibir en la calle, en los tribunales o en cualquier lugar el reconocimiento de un ex alumno, de un empleado o de un funcionario que exprese un recuerdo con gratitud. Esa gozosa sensación se la debo a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNT, casa que amo entrañablemente y a la cual procuré siempre honrar.

## **La tarea esencial de una universidad**

El debate en torno a los fines de la universidad, su misión, en la expresión de Ortega y Gasset, tiene antecedentes de valía y se mantiene siempre abierto, ya que las posiciones son difíciles de conciliar. Por un lado, el debate

gira en torno a las diferentes concepciones existentes: una “académica” y otra más bien “profesional”, diferencias que se expresan en las intenciones que guían a cada una de ellas, en la enseñanza que proponen transmitir, en el perfil de los profesores, en las características de la gestión y de los directivos que la llevan a cabo. La respuesta será distinta según se persiga la calificación profesional del estudiante y su preparación para el mercado laboral o se promueva en cambio una educación interdisciplinaria orientada a incentivar su capacidad de reflexión y juicio crítico como condición indispensable para el desarrollo de la persona y para la formación del ciudadano responsable.

La supresión o postergación del núcleo humanístico en un modelo universitario empresarial que busca resultados rápidos, sujeto a las expectativas del mercado y a la lógica de los negocios, parece extenderse sin límites y amenaza con fragmentar y desbordar la universidad en menoscabo de su identidad y de la excelencia académica. Derek Bok, ex-presidente de Harvard, expresa que si bien una universidad enclaustrada, dedicada por entero al aprendizaje que se justifica por sí mismo, inmune al contacto con la sociedad a la que pertenece, no constituye un modelo deseable ni factible en contextos que requieren profesionales especializados para responder a necesidades concretas, no parece que la inmoderada dispersión contribuya a cimentar un proyecto universitario, ni mucho menos a garantizar su seriedad y coherencia.

El significado de la universidad y los complejos desafíos que hoy le exigen respuestas amenazan colocarla frente a la disyuntiva de adaptarse a la realidad —financiamiento, bajo índice de investigadores, pasividad, amenaza a la libertad académica y a la autonomía, deficiente formación del nivel medio— reduciendo para ello sus exigencias. La universidad perdería su razón de ser y se apartaría del pensamiento de sus fundadores si frente a tantos desafíos olvidara su esencia como una comunidad de profesores y

alumnos dedicados, en relación activa y mancomunada, a la búsqueda de la verdad o, en otras palabras, un espacio de encuentro intergeneracional que es al mismo tiempo depositario, transmisor y creador de conocimientos.

Me permito traer a consideración algunas reflexiones sobre lo que a mi entender requiere la gestión de una universidad para responder a su esencia y cómo trasladar esta visión de universidad desde la docencia y conducción a los estudiantes y demás integrantes de la comunidad universitaria. La universidad tiene hoy, ante sí y ante la sociedad, un escenario de dificultades, de crecientes complicaciones, nuevos y difíciles desafíos que requieren respuestas.

Creo que el modelo de gestión y gobierno universitario precisa cambios sustanciales a fin de dar respuestas a las exigencias de la comunidad a la que pertenece. Ahora bien, la universidad debe atender las demandas de la sociedad y conseguir recursos para su crecimiento y desarrollo, pero sin olvidar que su función propia es la enseñanza y la investigación, y los servicios que está obligada a prestar a la sociedad —no solo al sector público o al sector productivo— deben ser aquellos que se originan en el cumplimiento de su función propia. Esto es fundamental para promover una mayor pertenencia, algo que la UNT ha logrado en estos cien años y no debe perder.

El sistema de educación universitaria está más abocado a superar la coyuntura que a planificar una orientación estratégica que permita la apertura hacia una visión externa de cara a la sociedad, con una concepción emprendedora, un gobierno desburocratizado y transparente. En lo institucional, es imprescindible definir estratégicamente la misión y visión de la universidad, como ya hace cien años lo hiciera Terán y que hoy por cierto debe reiterarse a fin de fijar objetivos, plazos, prioridades y un orden de ejecución ajustado a la realidad. Pensar estratégicamente supone reconocer debilidades y fortalezas, estar dispuestos al cambio para cumplir los objetivos propuestos.

El gobierno de las universidades requiere hoy la renovación y modernización de sus estructuras para atender las demandas de la comunidad académica, las aspiraciones de crecimiento, los requerimientos de la sociedad, la necesaria intervención en la regulación de las políticas públicas, sobre la base de lograr mayor iniciativa, mayor transparencia y mayor calidad educativa.

Decíamos que la universidad de la democracia, heredera del legado reformista, muestra luces y sombras, como la democracia misma. Tiene en su haber realizaciones valiosas que enorgullecen a la comunidad universitaria, pero también vemos una tendencia al estancamiento y la parálisis.

La Reforma planteó el papel de la universidad en una sociedad democrática con una visión novedosa que llevaba en su espíritu la inclusión, la renovación de las ideas y la reflexión sobre la sociedad y sus problemas. Esto se tradujo en principios fuertes como el concurso, el cogobierno, el ingreso. En mi caso, seguramente pude alcanzar satisfacciones profesionales gracias a esos principios, ya que como hijo de inmigrantes, sin referentes universitarios y con medios limitados, la universidad pública me permitió alcanzar metas que jamás había soñado.

Creo que debemos atrevernos a revisar y actualizar aquellas fórmulas, en algunos casos manipuladas o desnaturalizadas, recuperando el espíritu de la Reforma, emprendiendo una transformación ordenada y reflexiva, acorde a los tiempos que vivimos. Esta transformación debe partir desde el interior mismo de la universidad, con la fuerza vital, la creatividad y la ambición que la caracteriza, manteniendo el ideal de sus fundadores y superando cualquier discordia interior. Avizaror la universidad que se quiere y tratar de avanzar en esa dirección es nuestro primer gran desafío.

No puedo dejar de lado un tema actual de debate: la responsabilidad social de la universidad. Las funciones

sustantivas de docencia e investigación requieren que se las defina y se las ejecute, no en función de los propios intereses de la universidad, sino teniendo en cuenta las necesidades y requerimientos de la sociedad que la ha creado y la sostiene. En las modernas sociedades del conocimiento y en las que están en ese camino, se reclama a las universidades aportes significativos y pertinentes para resolver los grandes problemas planteados por su funcionamiento y desarrollo, cuya base es, justamente, el conocimiento.

No se trata de que la universidad deba intervenir de cualquier modo en los conflictos y problemas que aquejan a la sociedad, sino que brinde aportes derivados de su función específica: generar conocimientos, comunicarlos a través de la enseñanza y transferirlos a la sociedad. La cuestión social es uno de los elementos centrales de una nación; la reducción de la pobreza y el logro de una sociedad equitativa es un objetivo político, pero va de la mano de la libertad y la justicia, siendo esencial la dignidad del trabajo humano. Y la libertad, la justicia y la dignidad del hombre son valores que ineludiblemente deben transmitirse desde la universidad.

La responsabilidad social tiene que ver con las políticas de admisión, tiene que ver con la atención que debe prestarse a los efectos o impactos de los nuevos conocimientos, tiene que ver con la transparencia de la propia gestión, con la existencia de reglas claras para todos los miembros de la comunidad académica, tiene mucho que ver con la formación moral de los estudiantes y con la formación ciudadana de los futuros graduados.

Derek Bok, ya mencionado, en su libro *Más allá de la torre de marfil*, sostiene que la responsabilidad social de una universidad moderna va mucho más allá de lo que suele hacer en respuesta a demandas y requerimientos del sector público o del mercado, y enuncia dos condiciones que actúan como principios orientadores: una es que la universidad debe involucrarse cuando es el único o casi

único actor social que pueda realizar la tarea que se le propone, cuando no se dispone de instancias de gobierno, ONG u otras organizaciones que puedan hacerlo con competencia. Y la otra condición es que la tarea debe dejar algo sustantivo: un aprendizaje, una oportunidad de formar a los estudiantes o un desafío a profesores e investigadores para adquirir una experiencia que no se logra en los claustros.

Esta mirada y la inclusión en un plan estratégico como el que sugerimos son hoy necesarios en la transformación y renovación de nuestra universidad. Las exigencias múltiples, crecientes, complejas y hasta contradictorias que tiene planteada la educación requieren transmitir masiva y eficazmente un volumen cada vez mayor de conocimientos que genera y requiere la sociedad cognitiva. La universidad está obligada a ofrecer criterio y orientaciones para no limitarse a cantidades ingentes de informaciones y mantener el rumbo en proyectos de desarrollo personal y social.

En la sociedad del conocimiento, cada persona ha de asimilar una base de conocimientos rigurosos y estrategias eficaces: tiene que saber qué pensar y cómo actuar ante situaciones relevantes a lo largo de su existencia, hacerlo desde criterios razonables y susceptibles de crítica; ser sensible ante los cambios del contexto; desarrollar el pensamiento reflexivo, crítico y creativo.

Vivimos en un mundo deshumanizado, quizás, donde hemos acentuado el predominio de la tecnociencia y de la razón instrumental con una interpretación casi exclusivamente objetiva de la realidad en detrimento de un acercamiento a ella a través de la conciencia individual. ¿Dónde está la humanidad de los hombres?

El plan estratégico deberá centrar el objetivo en la visión de una universidad que otorgue valor a la persona e inserte el humanismo a la sociedad del conocimiento. Pensar en la persona humana, en su autonomía, en su autorrealización, en su dignidad, en su apertura a los otros. Un



humanismo enraizado en criterios de justicia y compromiso con los derechos humanos.

No es la ambición de formar humanistas de élite, sino personas competentes para el servicio a los demás, a la sociedad y, sobre todo, personas solidarias y responsables.

## **Principios y valores a transmitir a los estudiantes**

La sociedad vive momentos de convulsión ante una corrupción generalizada que invade el sector público y a la que no es ajeno el sector privado. Urge una reflexión sobre los valores que la universidad ha transmitido y en particular una mirada profunda sobre el desafío ético que la hora reclama. La persona formada para ayudar a los demás ha sido y es el centro de la acción educativa. La universidad debe apostar a un proyecto ético como núcleo vertebrador de la educación que forme personas libres, autónomas, íntegras, preparadas para servir a la sociedad. El ámbito de lo humano es el ámbito de la ética: solo los seres humanos son capaces de ética y sujetos de derecho. El siglo xx nos ha mostrado su cara sombría de guerras y crímenes contra la humanidad, pero también es el de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, donde se plasman no solo derechos del hombre, sino también los valores de libertad y justicia.

La función esencial de la universidad es enseñar, investigar y publicar en todas las áreas del conocimiento, pero exige además proclamar el sentido de la verdad. No es frecuente ver ni oír reflexiones sobre ello y evidentemente cumplimos las tareas de enseñar, investigar y publicar, pero más bien como un conjunto de métodos y procedimientos para dar títulos y acreditar competencias, para certificar grados del saber o para patentar innovaciones tecnológicas, sin definir el sentido de la verdad. La búsqueda de la verdad junto a la pasión por el diálogo cultural y la educación

de la persona es una muestra de aprecio a la dignidad del hombre, ya que su ausencia será un diálogo de saberes orientado hacia una razón tecnológica que solo buscará solucionar problemas específicos y/o satisfacer demandas de modo pragmático. La universidad debe transmitir el valor de la verdad y de la libertad pues sin ellas la persona queda completamente indefensa frente a la tiranía de los poderosos, de las modas intelectuales, de la distribución desigual del prestigio y de la estima, de las imágenes e informaciones interesadamente direccionadas.

La universidad debe transmitir a la sociedad la noción de lo que debería ser una comunidad que aprecie la sabiduría y que haga de la cultura un espacio de auténtica soberanía humana, un ámbito donde no se sacrifique la dignidad del pensamiento ni se lo someta a los cambiantes vaivenes de ídolos y parásitos. No puede entonces ignorar los graves problemas contemporáneos, la promoción de una justicia independiente y para todos, la dignidad de la vida humana que abarca desde lo laboral hasta la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un ordenamiento económico que sirva mejor a la comunidad.

Investigar estos temas con profundidad y rigor posiciona a una universidad, y me animo a decir que es la única institución que puede asumir esta tarea crítica con seriedad y rigor, atendiendo a su responsabilidad ante las nuevas generaciones. Esto es lo que un buen plan estratégico deberá debatir y responder desde el propio seno de la comunidad universitaria, con auténtica sinceridad: ¿queremos un proyecto universitario orientado a la calidad moral y cultural que haga posible el desarrollo de las personas o anteponemos un proyecto de calidad técnica del aprendizaje y de la investigación disciplinaria?

La comunidad universitaria como comunidad educativa que contiene cuatro o cinco generaciones que se

educan recíprocamente deberá establecer las prioridades y jerarquías que estime correctas. La esencia del aprendizaje es abrirse a la experiencia de otros para comprenderla y assimilarla.

La gran responsabilidad de la UNT frente a la sociedad tucumana no surge de privilegio alguno ni de disposición normativa, sino del solo hecho de ser una universidad que durante un siglo ha mostrado un pensamiento científico serio, respaldado no solo por datos empíricos sino por la calidad humana e intelectual de quienes la integran, comprometidos en la búsqueda de la verdad. Los problemas que la universidad investiga en busca de soluciones racionales y que resulten viables son siempre los mismos de la sociedad.

El desarrollo de la tecnología exige la formación de capacidades técnicas, el correcto diagnóstico de los problemas, un manejo adecuado de la información y capacidad de gestión, y son las universidades las que aportan esta arquitectura de conocimiento y de información que hace viable a una sociedad. Esta exigencia nos lleva a insistir en la necesidad de elaborar una estrategia a mediano y largo plazo, una visión institucional con objetivos realistas y tiempos de ejecución.

No puedo soslayar la responsabilidad de la universidad ante la formación moral de los estudiantes, tema que parece a veces prescindible al planificar una gestión. Eduardo Sánchez Martínez, analizando esta cuestión, expone las razones o argumentos que han dificultado el desarrollo moral de los estudiantes de una universidad. Así, menciona que las disciplinas se han ido independizando de la ética y que ello es parte de la cultura académica dominante; que en la sociedad pluralista que vivimos no solo hay filosofías políticas en conflicto, sino que el “código moral común” de otras épocas ha perdido vigencia; que el poder de la educación formal es por cierto limitado porque la formación en valores depende más del ejemplo de los

pares y de las figuras públicas que del plan de estudios; que hay riesgo de que la educación en valores se confunda con adoctrinamiento ideológico, o sea, aprovechado para ello; que se dude de la competencia de los profesores para hacerlo bien.

Esto es parte del problema, pero las universidades deben ser parte de la solución, generando espacios para el debate serio, sin dogmatismos, como corresponde. Hacerse cargo de ello implicará también encargarse de la formación como ciudadanos de los futuros graduados, creando ámbitos para el desarrollo del razonamiento moral de los estudiantes. Todo ello es parte de la tan mentada responsabilidad social de las universidades.

El equilibrio, la alegría y la esperanza fundan el temple ético del individuo, pero el individuo vive en grupo y participa en instituciones sociales y en esas relaciones el primer rasgo de la ética es la lealtad. La razón nos exige ser leales, porque la lealtad racional funda la posibilidad misma de comunicación.

El segundo rasgo es la solidaridad. Mi solidaridad con los otros es la respuesta lógica que se impone por la necesidad que yo tengo de los otros.

En un contexto como el nuestro, de comunicación universal y veloces cambios, se necesita abordar desde la universidad el tema de la ética, recordando la enseñanza de Kant: el valor superior de la vida es el moral. La perspectiva moral aporta un nuevo punto de vista más allá del economicismo, de la ley del precio y de la equivalencia y de la razón funcional. No todo puede valorarse exclusivamente por los efectos, el provecho, la utilidad, el éxito, es decir, no todo tiene un precio, no todo es valor de uso y cambio.

Las metas de *universitas* exige el compromiso de actuar como instrumento de transformación socio-cultural, con capacidad de anticipación, en un marco de conductas éticamente orientadas. Comprometerse para devolver a la sociedad algo de lo recibido en la posición de privilegio

que supone haber egresado de una universidad como la UNT. Más que nunca, los docentes como centro y motor de la universidad, los estudiantes como su savia y expresión viva, y los no docentes y graduados como estamentos de singular importancia, miremos el centenario de la UNT con una mirada de grandeza, como la soñaron sus fundadores, defendiendo los valores y principios que deben guiar la vida de un universitario. Esta creo que es la orientación que una universidad del siglo XXI no puede dejar de lado, sin duda destinada a reforzar el sentido de pertenencia del universitario a su comunidad y testimonio de ejemplaridad para la sociedad que se guía por su faro iluminador. Así formará ciudadanos que honren al país y a la vida.



## La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia

GABRIELA PERDIGÓN\*

Agradezco a las autoridades de la Facultad de Bioquímica que me invitaron a representarla en este ciclo celebratorio del Centenario de la Universidad Nacional de Tucumán y dedico tal distinción a la memoria de mis padres, quienes, sin haber cursado el colegio secundario, pusieron en mi vida la gran impronta de la superación personal en la búsqueda de la excelencia en lo que elijamos, y vieron en la UNT el faro de un saber impulsor de progreso.

\*Doctora en Bioquímica (UNT). Profesora titular de la cátedra de Inmunología de la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia, UNT. Investigadora superior del CONICET.

## La facultad que represento

La Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia (FBQyF) es una de las trece facultades de la UNT. Creada por ley provincial en 1912 e inaugurada en 1914, la UNT marcó el contexto del que surgió la Escuela de Farmacia el 19 de mayo de 1914, sobre la base de institutos científicos y pedagógicos ya existentes. En 1922, al nacionalizarse la Universidad, la Escuela fue transformada en Facultad de Farmacia e Higiene Subtropical, a cargo de la preparación de productos farmacéuticos para colaborar en campañas contra enfermedades de la región. En 1923 pasó a ser la Facultad de Farmacia y Química. En 1925 vuelve a su condición de Escuela, hasta 1926, en que toma el nombre de Facultad de Farmacia e Higiene. En 1938, con la creación del Doctorado en Bioquímica, cambió la denominación por la de Facultad de Farmacia y Bioquímica. El 8 de febrero de 1952 se cambia el plan de estudios de la carrera de Químico. En el año 1974 ya es la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia, y se aprueba el cambio de título de Químico por el de Licenciado en Química.

En la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia se dictan cuatro carreras: Farmacia, Bioquímica, Licenciatura en Química y, desde 1998, la Licenciatura en Biotecnología. Esta unidad académica asume el compromiso de promover la educación superior formando profesionales con una sólida preparación científica y técnica, acorde a las necesidades de la sociedad. Para ello transforma y actualiza continuamente sus contenidos curriculares según los nuevos avances científicos y tecnológicos.

Destacamos que la unidad académica extiende su ámbito de acción en el NOA y otras regiones mediante convenios institucionales: con la Universidad Nacional de Santiago del Estero, en la Facultad de Agronomía y Agroindustrias; con la Universidad Nacional de Salta, en la Facultad de Ciencias Exactas, y con la Universidad



Nacional de Jujuy. Algunos de estos convenios permiten a los estudiantes de la región del NOA cursar el ciclo básico en su provincia natal e incorporarse a partir de 3.<sup>er</sup> año a nuestra unidad académica.

Analizando estos convenios de Cooperación Educativa se advirtió un buen rendimiento de los alumnos, quienes se incorporaron sin inconvenientes al ámbito estudiantil de esta unidad académica y, en base a estos resultados, se propuso una política de fortalecimiento de estos. Otro tipo de convenios lo representa el establecido con la Universidad Nacional de La Rioja, en el marco del convenio firmado por las universidades argentinas e implementado por el Consejo Interuniversitario Nacional, cuyo objetivo es asesorar y facilitar la participación de docentes de nuestra unidad académica en el dictado y organización de materias del ciclo profesional de las carreras de Bioquímica y Farmacia de la universidad riojana. Hay además convenios de la carrera de Licenciatura en Química con la Universidad Nacional de Catamarca y con universidades nacionales e internacionales para intercambio de docentes e investigadores. La UA participa de programas de intercambio de docentes y estudiantes a través de Relaciones Internacionales: programa Escala (intercambio de estudiantes de grado en universidades de Latinoamérica), AUGM (Grupo Montevideo), Erasmus, Jema, Inter-U, etc.

La interacción con otras unidades académicas de la UNT se realiza a través de convenios, como los existentes con las facultades de Filosofía y Letras, Ciencias Naturales, Ciencias Exactas, Agronomía y Zootecnia, y Medicina. También existen convenios con institutos del CONICET: PROIMI, el Centro Científico Tecnológico (CCT) y otras instituciones públicas provinciales y nacionales, como el Sistema Provincial de Salud (SIPROSA), la Estación Experimental Agroindustrial “Obispo Colombres” (EEAOC), Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), dentro de un convenio marco con la UNT.

Como vemos, y en esto no soy objetiva, nuestra facultad es un orgullo y ejemplo en la formación de recursos humanos de grado y posgrado. Cuenta con carreras de doctorados en Química, Bioquímica, Biología, Farmacia, maestrías y varias carreras de especialización, todas acreditadas por CONEAU.

La carrera del Doctorado en Bioquímica surge en 1938 por resolución rectoral, iniciando un proceso constante de formación en postgrado. Al comienzo fue una carrera regulada mediante reglamentaciones en las que la formación del doctorando correspondía exclusivamente al director del trabajo final de tesis, o sea, al llamado “padrino de tesis”. En la UNT, la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia (FBQF) era la única que ofrecía la posibilidad de formación de cuarto nivel a través de los pocos investigadores que entonces integraban su cuerpo de profesores. En 1959 comenzó a regir un Reglamento General de Tesis Doctoral dictado por el Honorable Consejo Universitario y por las Normas Complementarias fijadas para la FBQF por el Honorable Consejo Directivo. En 1983, en cumplimiento de la Ley Nacional 22.207, que dispone en su art. 3 inc. e) que “las universidades organicen la orientación, especialización, perfeccionamiento y actualización de sus graduados e investigadores” y en su art. 62 especifica que “podrán determinar las condiciones para obtener el grado de Doctor, fijando requisitos mínimos”, se resuelve crear bajo dependencia del Rectorado el Departamento de Graduados de la UNT. El objetivo del Departamento será lograr “que los doctores de la UNT, independientemente de la facultad a la cual hayan pertenecido, se caractericen por un nivel científico sobresaliente”. En 1985, la FBQF, en cumplimiento de la Res. 0082-985 del Rectorado que establece en su art. 83 que “las facultades deben organizar su Departamento de Graduados a fin de que el mismo se ocupe específicamente de formar personal especializado y con capacidad creativa para responder a las exigencias

nacionales y regionales en materia de recursos humanos del más alto nivel”, resuelve “Crear a partir de la fecha el Departamento de Graduados de esta FBQF”. Actualmente contamos con la carrera de Doctorado en Biología, varias carreras de especialización y de magíster. Los profesores del cuerpo académico de las carreras de posgrado son, en su mayoría, docentes con dedicación exclusiva; muchos de ellos investigadores del CONICET que desarrollan su actividad en el ámbito de la universidad y/o centros científicos del CONICET.

El desarrollo de tesis contribuye con recursos humanos de excelente formación para el crecimiento, renovación y consolidación de los grupos de investigación en las diferentes áreas que abarcan las carreras de la facultad y permiten su proyección al medio a través de las actividades de extensión que realizan sus egresados mediante asesoramiento a empresas, convenios con industrias regionales (citrícolas, ingenios azucareros, bodegas, industria alimenticia, etc.) y colaboración en la docencia con otras universidades.

## **Elegir carrera, elegir una vida**

Mi inclinación por la carrera de Bioquímica comienza en el colegio secundario. cursaba el segundo año de bachillerato cuando fui testigo de un prodigio de la naturaleza: la transformación del gusano de seda en una bellísima mariposa, en el fondo de mi casa. Fue mi padre quien había descubierto lo que estaba pasando y nos llamó para que, en silencio, observáramos la magnitud de la creación.

Allí fue donde decidí que estudiaría biología, sin saber que al cursar el cuarto año del secundario, donde se introducen conocimientos de química, esta materia iba a cautivar-me. Fue entonces cuando encontré la conjunción perfecta: la carrera de Bioquímica. Y a los diecisiete años, ingresé en la facultad. Confieso que los primeros años no

cubrieron mis expectativas, ya que además de Biología y Química, debía cursar Física y Matemática, que, aunque esenciales para la carrera, no me gustaban mucho. Sin embargo, debía ser una buena estudiante aún en esas materias, al ser beneficiaria de una beca de la UNT, beneficio que mantuve hasta cuarto año de la carrera, cuando accedí a un cargo docente como ayudante estudiantil, comenzando así, en 1969, mi carrera docente en la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia.

En esos primeros años de la carrera hubo profesores que dejaron en mí una huella profunda: el Dr. Francisco Barbieri y la Dra. Rita Wasserman de Cunio. Escuchar las clases del Dr. Barbieri, dadas con la pasión que solo tiene un científico que ama lo que hace, con la sal de la experiencia, era un verdadero placer. La Dra. Wasserman era JTP, pero su vocación docente siempre nos dejaba algo más a través de sus preguntas: ¿por qué piensan que esto es así?, ¿qué se les ocurre? Y sin la facilidad actual de Internet, debíamos recurrir a la biblioteca en busca de información.

Recuerdo también las clases del temido Dr. Rodolfo Peppe, que se imponía por sus conocimientos y por su seriedad, y por ser muy estricto en los exámenes, en los que la Dra. Ángeles de Uña de Carletto trataba de ayudarnos con alguna seña en su rostro, para hacernos saber cómo iba nuestro examen. Nosotros, por supuesto, muy agradecidos.

Durante el cursado de la carrera creció una gran camaradería entre los pocos alumnos de la promoción y, si bien éramos buenos estudiantes, también disfrutábamos de otras reuniones, como los populares *picnics* del día de la primavera. Algunos de estos compañeros ya no están entre nosotros, pero nuestro recuerdo los hace vivir. El resto son destacados profesionales que contribuyeron al crecimiento de la UNT comprometiéndose con la gestión de gobierno, tarea no siempre placentera, como es el caso de la Dra. Dora Miceli u otros como la Dra. Ana Sadir,

que ocupó cargos directivos en el INTA de Castelar, cumpliendo una eficaz gestión.

## Llegando a la Inmunología

Tuve la suerte de que, a punto de cursar la materia Microbiología, donde se dictaban algunos tópicos de inmunología, el Dr. Guillermo Oliver, flamante profesor titular de esta cátedra, incentivó mi interés por la disciplina y así fue que en 1969 concursé como ayudante estudiantil en el Instituto de Microbiología. Fue un hito en mi vida. Recuerdo muy especialmente a la Dra. Ida Laura Benito de Cárdenas por sus enseñanzas en Microbiología. Dije un hito, sí, porque si bien uno debía aprender todo lo relativo a la preparación del material de uso microbiológico, más precisamente en esterilización, fui asignada a colaborar con el Dr. Ángel Sirena, quien dictaba la parte de Inmunología, y esta fue la circunstancia que marcó el destino de mi vida profesional, porque cuando inicié esa tarea, el Dr. Sirena realizaba un trabajo en colaboración con el Dr. Ricardo Margni, titular de la cátedra de Inmunología en la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA, invitado por el Dr. Sirena para analizar resultados obtenidos en sus investigaciones.

La sencillez del Dr. Margni, su profundo conocimiento del tema, la pasión que ponía en la investigación, enseñándonos y trabajando en el laboratorio junto a nosotros, dejó una gran impronta que me llevó a definir mi futura actividad profesional. Decidí no ejercer la profesión como bioquímica de laboratorio. Quería realizar la carrera docente y científica en la UNT, y mi especialidad sería Inmunología. Y así fue: nunca dejé de pertenecer a la universidad como docente e investigadora, excepto durante un período, por circunstancias personales, pero que

fue de gran utilidad para mi formación y que luego pude retribuir a la universidad.

Mis años de ayudante docente en el Instituto de Microbiología fueron ricos en adquisición de conocimientos. Profundicé Microbiología Clínica, Virología y Micología, disciplinas cuyos profesores —Dres. Ruiz Holgado, Manuel Raya, Francisco Elía— sabían transmitir con tanta generosidad sus conocimientos que era imposible faltar a sus clases. Recuerdo en especial a la Dra. Nelda Castagnaro por la bonhomía de su trato y su paciencia con los alumnos que no aprendíamos a inocular huevos embrionados. Muchos años más tarde compartiría, como vicedirectora, su gestión de directora del Instituto de Microbiología y... los años no habían pasado: su paciencia y tolerancia seguían allí. Con ella aprendí a mantener el aplomo frente a situaciones difíciles (lamentablemente ahora, con el paso de los años, parece que olvidé un poco lo que me enseñó).

Al graduarme como Bioquímica, en 1971, accedí a la posición de auxiliar docente de primera con dedicación exclusiva, lo que me daría más tiempo para la investigación en el área de inmunología. Ese año el Dr. Sirena tramitó una beca de la UNT para completar en la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA las experiencias que se habían iniciado en la colaboración que él mantenía con el Dr. Margni, y allí fui a trabajar por un período de dos meses.

A veces las cosas no salen como uno las proyecta. Allí mi vida cambió radicalmente: conocí a quien hoy es mi esposo, el contador Francisco Méndez, tucumano radicado en Buenos Aires. Al finalizar la estadía, volví a la UNT, al querido Instituto de Microbiología, pero la realización de mi vida personal pesó más, y casarme era radicarme en Buenos Aires. Con una mezcla de alegría por mi nueva vida y pesar por lo que dejaba, volví a la Capital.

Entré como docente en la cátedra del Dr. Margni y recuerdo esos diez años como una vivencia única. Afortunadamente, integré el grupo en el que el Dr. Margni

estaba más involucrado y en cuyo laboratorio aún trabajaba. Él fue mi ejemplo de vida. Recuerdo que cuando debíamos presentar trabajos en algún congreso, como en la Sociedad de Inmunología, él siempre nos alentaba y decía: “Uno está en el lugar en que se pone, pónganse en el lugar de triunfadores”. Además, “nadie sabe más que ustedes sobre el tema”, o “recuerden que en toda reunión científica y con cada grupo de alumnos que pasa por la cátedra, siempre se aprende algo”. En lo científico siempre repetía: “Y, ¿cuál es su control?” o aquello de “una experiencia debe ser repetida un número *impar* de veces distinto de *uno*”. ¡Cuántas veces habré repetido esas frases a mis becarios!

Hice grandes y buenos amigos: la Dra. Julieta Leoni, que me enseñó a interpretar sueros patológicos por técnicas de inmunoelectroforesis, la Dra. Ileana Malan Borel, quien me guiaba en la tarea de los cultivos celulares.

En Buenos Aires nacieron mis dos hijas y creo que, al nacer la menor y verla crecer sin el afecto de abuelos y tíos, crecía la nostalgia de los primeros tiempos en Tucumán. Decidimos, pues, regresar a nuestra ciudad natal. Creo que fue una muy buena decisión: ambos habíamos crecido profesionalmente y, en mi caso, podía retornar a nuestra UNT y volcar en ella lo aprendido.

Otra vez partir. Fue duro. Deseaba que el Dr. Margni no viera ingratitud en mi decisión, sino una elección de vida. Fue así. Su infinita generosidad (aún cuando me había pedido que reflexionara sobre la decisión), me animó para regresar a Tucumán, ofreciéndome todo el apoyo que necesitara. Y me iba a hacer falta, porque tras haber trabajado en el área de inmunidad humoral, debía empezar con un nuevo tema. Lo tenía claro: no se debe *competir* con nuestros mentores, sino extender los conocimientos aprendidos en otra área.

Regresé en 1983, me incorporé al Instituto CERELA y trabajé desde entonces en el área de inmunomodulación

por bacterias lácticas junto al Dr. Guillermo Oliver y la Dra. Aída Pesce de Ruíz Holgado, aplicando conocimientos de microbiología e inmunología. Allí formé mi primer grupo de Inmunología. Si bien mi actividad se desarrollaba muy bien, sentía que me faltaba algo: la docencia. Regresé a los claustros de la Facultad de Bioquímica en 1989, como profesora asociada de Microbiología con extensión a Inmunología; allí me encontré con mis amigas María Eugenia Bibas Bonet y Silvia Fontenla, con quienes empezamos un nuevo grupo de Inmunología, antes de que naciera la cátedra de Inmunología, en 1994. Algunos discípulos aún están en la cátedra; otros, como profesores, difunden sus conocimientos de inmunología en otras facultades de la UNT.

El área que iniciamos fue el de la Inmunidad de Mucosas y acá debo mencionar a quien fue mi gran maestra, la Dra. Estella Roux, de la UBA, quien me abrió nuevas puertas. El tema fue novedoso y de mucha repercusión nacional porque se asociaba a algunas bacterias presentes en los alimentos con la capacidad de estimular el sistema inmune asociado a intestino.

Dos grandes maestros internacionales también fueron muy valiosos para mí: el Dr. Pierre Raibaud y el Dr. Roy Fuller. Con el Dr. Raibaud realicé estudios posdoctorales en Francia y con el Dr. Fuller edité dos libros, el primero de ellos dedicado a mi gran maestro, el Dr. Margni, a quien tuve el gran placer de entregárselo personalmente.

Toda reinserción cuesta, pero encontrarme con compañeros de mi promoción y de años anteriores transitando como profesores de la facultad, la mayoría en el Instituto de Biología, fue una gran alegría, porque se acercaron con el deseo de compartir lo que sabíamos. Mi gratitud a las Dras. Sara Sánchez, Dora Miceli, Silvia Fernández, Evelina Villeco. Ellas ni imaginan lo que fue para mí verlas miembros de comisiones asesoras de tesis doctorales que yo dirigía, o viceversa. Cada uno se enriqueció y enriqueció a los demás.



Renglón aparte merece la Dra. Silvia González, nuestra actual decana, que —si bien es de promociones posteriores a la mía— trabajó durante muchos años con el Dr. Oliver en Cerela, como yo, en la leche SancorBio, de modo que compartimos muchas alegrías, algunos fracasos y sobre todo una gran confraternidad.

Así llegué a ser hoy profesora titular de la cátedra de Inmunología e investigadora superior del CONICET, con una deuda de gratitud no solo a maestros y colegas, sino también a las instituciones nacionales por el gran apoyo económico con que sustentaron mis investigaciones. Si bien he tenido convenios internacionales y tengo convenios con empresas privadas, el mayor sostén económico de mis estudios provino del CIUNT, el CONICET, y la Agencia de Promoción Científica y Tecnología (ANPCyT).

## Momentos en mi carrera científica

Desde mi re inserción en Tucumán en mayo de 1983 en el Instituto CERELA y luego en 1989 en la cátedra de Inmunología de la Facultad de Bioquímica, Química, Farmacia y Biotecnología, apliqué los conocimientos de inmunología adquiridos, para explicar desde el punto de vista inmunológico las numerosas observaciones empíricas documentadas sobre el uso de bacterias lácticas y salud, especialmente en la prevención de infecciones y en la baja incidencia de cáncer intestinal en individuos con dietas ricas en alimentos o leches fermentadas que contienen dichas bacterias

Fue R. B. Parker, en 1974, quien creó la palabra *probiótico*, vinculada a suplementos alimentarios. La historia de los suplementos microbianos vivos y el concepto de probióticos adicionados a leches fermentadas continúa. Los efectos beneficiosos del yogur fueron demostrados a principios del siglo pasado. Ellie Metchnikoff desempeñó

un papel dominante en el proceso, con su libro *La prolongación de la vida* (1907). En la mayoría de los efectos benéficos atribuidos a los probióticos, el sistema inmune juega un papel predominante, y dado que las bacterias lácticas se ingieren generalmente en alimentos que son parte de la dieta diaria (queso, yogur, embutidos, bebidas fermentadas) estudiamos el efecto de estas bacterias sobre el sistema inmune sistémico y de mucosas. Nuestra contribución en los muchos años de trabajo en el tema (1984 hasta el presente) tuvo trascendencia internacional, obtuvo premios y motivó el dictado de numerosas conferencias internacionales.

Nuestro grupo abrió en el país un capítulo importante sobre las interrelaciones entre nutrición, bacterias probióticas e inmunidad. Por otra parte, el Dr. Oliver había comenzado a estudiar las propiedades tecnológicas de los microorganismos mencionados con la idea de su uso en un alimento probiótico efectivo en diarreas infantiles, y nos unimos a él. Estas investigaciones dieron lugar al diseño del producto “LecheBio” o “SancorBio”. Esta leche fermentada fue la primera en el país con bacterias probióticas seleccionadas y analizadas por el instituto CERELA siendo el Laboratorio de Inmunología el responsable de todos los estudios en fase experimental.

Nuestro grupo fue el primero en obtener la prueba científica sobre cómo interaccionan estas bacterias no patógenas con las células del epitelio intestinal. Este trabajo fue pionero en el área, pero fue difícil convencer a los *reviewers* para que lo publicasen. Sin embargo, ante la evidencia científica del servicio de microscopía electrónica de la UNT, fue aceptado en un *journal* de microbiología, no de inmunología, como hubiésemos querido: aún resonaban los ecos sobre el hecho de que la bacteria prebiótica, al interaccionar con la célula epitelial intestinal, compartía propiedades de un patógeno. Hicieron falta muchas determinaciones para mostrar la diferencia entre patógeno,

bacterias intestinales y probióticos, lo que pudo hacerse gracias a la Dra. Beatriz Winick, quien nos enseñó a trabajar en microscopía electrónica y ver las diferencias entre probiótico y patógeno. A ella nuestra gratitud.

Fuimos también los primeros en nuestro país en estudiar las señales inducidas por los probióticos y demostrar que estas bacterias activan el sistema inmune de intestino, principalmente: la respuesta inmune innata. También demostramos con la Dra. Chantal Matar del Departament de Chimie-Biochimie de la Université de Moncton, Canadá, los mecanismos por los cuales los alimentos funcionales pueden actuar preventivamente en procesos de carcinogénesis. En el marco de esta colaboración fui designada profesora consulta en 2008-2010, con lo cual se pudo acceder a dos becas posdoctorales para mis estudiantes, quienes colaboran activamente en el proyecto.

Hoy tengo mucho que agradecer a las Dras. María Eugenia Bibas Bonet, Carolina Maldonado y Alejandra de Moreno, que se unieron al grupo años después. Con ellas hemos estudiado bacterias no patógenas que ingresan con la alimentación. Continuamos desarrollando estos temas para demostrar que estas bacterias pueden usarse como adyuvantes orales de la inmunidad, área en la que aun no está todo dicho, dada la complejidad del ecosistema intestinal. Mi vida parece haber sido un lecho de rosas, pero como esta hermosa flor tiene espinas, no estuve exenta de grandes raspones, que pude sortear gracias al apoyo de mis colaboradores y de mi querida familia.

## Proyectando el futuro

Aquí está lo que involucra la mayor responsabilidad. Por diferente que sea una opinión, el disenso no debe alejar, sino que debe sumar, extrayendo lo mejor de todos los que opinan. Esa es nuestra tarea: *proyectar el futuro*.

Considero que el aspecto *académico* es el eje central de toda institución debido a su compromiso con el desarrollo del conocimiento a través de los diferentes proyectos de investigación, los cuales deben tener proyección en el ámbito local, nacional e internacional. Ello jerarquiza a la institución y le da relevancia. La excelencia académica es el eje central que nutre a las instituciones y les permite un posicionamiento efectivo, abriendo puertas de cooperación internacional.

Una pregunta importante para una universidad es: ¿cuál es la calidad del graduado que queremos para que logre su inserción en el medio? Ello se consigue con mejoras en la calidad de la enseñanza, la cual a su vez está asociada con la calidad académica del docente. Lograr calidad académica significa que los estudios no deben ser parcelados, sino estar en un contexto de integración e interacción con otras áreas del conocimiento asociadas con la temática que se dicta.

La política científica en una universidad también es prioritaria. Debería estar asociada, en la medida posible, con las necesidades regionales, sin por ello dejar de lado la investigación básica, que es el pilar esencial de la aplicación de los conocimientos y desafíos tecnológicos, y que permitirán establecer los lineamientos generales y específicos del funcionamiento de las distintas áreas de una institución.

El crecimiento científico es lo ideal, pero sin olvidar que debe existir un equilibrio entre las horas dedicadas a investigación y las dedicadas a la tarea docente, actividad que, en definitiva, es nuestro mayor y gran compromiso con la universidad: formar jóvenes que nos representen en un país en crecimiento.

Esta es la forma en que veo cómo la consolidación de la investigación impacta de manera efectiva en la docencia. Solo a través del equilibrio investigación-docencia conservaremos el objetivo fundamental de una universidad. De otra manera, estamos relegando a la universidad al

papel de satisfacer solo nuestro crecimiento personal, lo que no es el legado de su creador. Basta solo con mirar la sabia frase con la que nos recibe la UNT: “*Pedes in terra ad sidera visus*”.

Los grupos interdisciplinarios docentes favorecen la discusión y el abordaje de temas con la actualización que merecen, y son los que el estudiante debe conocer para no diluirnos en profundizaciones que por cierto no resultarán provechosas sino para muy pocos. Lo que se pretende es procurar una mayor eficacia en la utilización racional de los recursos humanos. Probablemente resulte difícil de implementar, pero vale la pena intentarlo. Nuestra facultad lo incentiva activamente, a través de talleres de docencia y, como ya lo mencioné, con su oferta de posgrado. Se debe continuar con ello para lograr el objetivo de profundizar en las múltiples potencialidades que ofrecen los distintos grupos docentes y de investigación, sin perder de vista el punto principal, donde nuestra función es favorecer el desarrollo de un alto perfil del graduado que permita a nuestra universidad el flujo de profesionales *capacitados y no solamente habilitados* a ejercer la profesión. Recordemos que existe una gran diferencia entre capacitación y habilitación.

Esto permitirá el crecimiento de nuestra universidad, con un perfil de egresados que nos enorgullezcan y una eficaz extensión a la comunidad, que es al fin la que solventa nuestra actividad y a quien deben volver los beneficios.

## Principios y valores

Si bien se trabaja con firmeza para lograr los objetivos de crecimiento y desarrollo, permítanme una autocrítica: creo que no estamos dando el mensaje correcto a los alumnos si no les preguntamos *qué están dispuestos a dar ellos* a la universidad, ya que tienen la fortuna de estar en una

universidad pública y gratuita. Tampoco les preguntamos qué están dispuestos a hacer para mejorar nuestra universidad. Después de todo, la problemática que los aqueja nos es conocida, por estar insertos en la misma sociedad.

Creo que no supimos convencerlos de la importancia de trabajar juntos para mejorar, y que el compromiso y responsabilidad en su formación es mutuo: docente-alumno, más aún en nuestra sociedad, en la que nada es unilateral. No los hicimos conscientes de que las decisiones que se toman no siempre podrán ser consensuadas con el alumno, ya que muchas de ellas son atribuciones exclusivas del claustro docente, siguiendo lineamientos reglamentarios y de funcionamiento. Los fundadores de nuestra UNT habrán sentido que esta casa de altos estudios debía representar progreso local, regional y nacional, y ese es el legado que debemos defender y fortalecer.

Observo con preocupación que grupos de alumnos privilegian el *aprobar* más que el aprender, y me pregunto: ¿dónde fallamos? ¿No es nuestra tarea corregir esto para el futuro de progreso que deseamos? Si bien esto se aplica a una minoría, suma negativamente a la hora de una evaluación institucional, ya que los promedios históricos de las carreras disminuyen significativamente. Soy consciente de que no estamos exentos de cometer errores, pero existe el diálogo, que siempre enriquece y permite conocer nuestras falencias

¿Es que debemos incentivar más el sistema de tutorías? ¿Debemos aumentar el plantel docente? Creo que este se debe incrementar acorde al crecimiento del alumnado para mantener una relación docente-alumno, si no óptima, por lo menos adecuada. Esto debe ser tenido como prioritario, ya que su mejora favorecerá no solo a los alumnos, sino también a los docentes que merecidamente aspiran a una promoción. Ello redundará en un beneficio para cada unidad académica y, en consecuencia, para nuestra UNT.

En el área de investigación me preocupa ver cómo se solapan algunas líneas de investigación: los jóvenes —y otros no tan jóvenes—, no vacilan en competir con sus mentores. ¿Es que no supimos transmitir los principios de ética? ¿Es que no supimos mostrarles que en la vida profesional el crecimiento intelectual no es todo, sino el crecimiento como persona? Perdonen mi preocupación por este tema, pero quitamos muchas horas a nuestras familias para mejorar nuestra querida universidad, asumiendo el gran compromiso adquirido desde el momento en que nos integramos a su plantel docente.

No se trata de pesimismo, sino de ver esto como algo perfectible, ya que nuestra misión es formar jóvenes con una visión de progreso, de futuro, el de nuestra patria. Nuestra visión como docentes-investigadores debe inspirar vocaciones, ser guía de valores. Si resumiera qué representa para mí nuestra universidad, diría: es el lugar que me permitió ser, crecer y llegar hasta donde mi visión me lo permitía. Muchos prestigiosos colegas coincidirían. Dar lo mejor de nosotros perpetuará su existencia.

Si queremos que la UNT sea un ejemplo de excelencia y que conservemos el orgullo de ser parte de ella sin traicionar los ideales de antecesores y maestros, no podemos bajar los brazos o mirar al costado, ya que tenemos una deuda inmensa de gratitud con quienes nos precedieron: honraremos su memoria mirando al futuro con optimismo, aún ante la adversidad. No seamos prisioneros del cansancio o el desinterés. Que la visión de una juventud promisoría sea nuestro constante estímulo, y que nuestro paso por los claustros universitarios deje huellas. Nuestra universidad se lo merece.





# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Ciencias Económicas

JOSÉ HUMBERTO D'ARTERIO\*

## Introducción

Nací en 1957. Tengo, pues, cincuenta y siete años. Con mi bagaje de estudios primarios de una escuela de gestión pública —la Presidente Urquiza—, y con el nivel secundario del Colegio Tulio García Fernández, ingresé en la Facultad de Ciencias Económicas en marzo de 1976, donde me gradué en 1981.

Mi facultad. Nuestra facultad. Allí se dictan tres carreras: Contador Público Nacional, Licenciado en Economía y Licenciado en Administración de Empresas. En mi caso, tengo título de CPN, pero como docente me desempeño profesionalmente en el área de administración

\*Contador público nacional (UNT). Profesor asociado de las cátedras Administración de Personal y Comportamiento Organizacional de la Facultad de Ciencias Económicas, UNT.

de empresas, cuya carrera es la más *nueva*, por cuanto se inicia como carrera de grado en 1983. Nuestra carrera de Licenciatura en Administración de Empresas tiene áreas disciplinares y de especialización: Finanzas, Marketing o Comercialización, Operaciones y Tecnología de la Información y Recursos Humanos, que es a la que pertenezco.

Cuando supe que iba a representar a mi facultad en el ciclo de conferencias por el Centenario de la UNT, con una presentación que ahora, junto con las de mis colegas de otras facultades, se convierte en libro, me sentí tan sorprendido como halagado por tal designación. Pensé en el hogar donde crecí: clase media, padres sin formación universitaria, con el secundario tal vez incompleto y, dejando correr mis pensamientos, recordé que los alumnos más aventajados de mi promoción, abanderados y escoltas, tampoco provenían de hogares con padres universitarios. Hoy se calcula que el 80% de estudiantes de nuestra facultad proviene de hogares de clase media y sus padres no tienen estudios universitarios. La UNT es, sin duda, un factor significativo de movilidad social.

A esta realidad de hace casi treinta años la asocio con la de uno de los objetivos más importantes que manifestaron los fundadores de nuestra facultad cuando fue creada en 1947. En un reportaje al Prof. Héctor Lazarte, uno de sus fundadores, publicado en un texto que conmemora los cincuenta años de la creación de la Facultad, leemos lo siguiente:

**¿La creación de la Facultad de Ciencias Económicas fue en ese sentido una respuesta a una necesidad y a un reclamo popular?**

A un reclamo popular en el sentido general no, pero sí a un reclamo de la clase media, que dentro de Tucumán y el Norte Argentino no tenía la posibilidad de acceder a estudios superiores en Contabilidad y Economía, salvo en la Escuela de Comercio. Por lo tanto las posibilidades de

recibir una buena educación eran limitadas. Considerando estos elementos, la creación de la Facultad de Ciencias Económicas respondía a una necesidad del Norte argentino (*50 años de la Facultad de Ciencias Económicas 1947- 1997*, Daniel Campi, compilador).

Los padres de los estudiantes de la Escuela de Comercio tuvieron un papel especial entre los que gestionaban la creación de la Facultad. Cito un párrafo del *Memorial* presentado al entonces presidente Perón, tras mencionar los resultados negativos de gestiones similares ante gobiernos anteriores:

Procedemos de familias modestas y como tales, por apremios de vida muchos debemos alternar el trabajo con el estudio, de allí que no podamos abandonar esta región en busca de perfeccionamiento en instituciones de especialización situadas fuera de este medio, malográndose así muchas vocaciones por falta de recursos para un estudio más profundo.

Lo que era una necesidad en los años cuarenta, y en los setenta, sigue siéndolo, y nuestra facultad ha crecido atendiendo a tal reclamo.

## **Mis primeras experiencias**

Tenía catorce o quince años y estudiaba mi bachillerato comercial en el Colegio Tulio García Fernández. Ya en segundo año nos enseñaban “liquidación de sueldos” entre otros temas administrativos y contables, y como parte de la formación para obtener un título intermedio de “tenedor de libros”. Cabe agregar como dato anecdótico que tuve en esa formación dos años de Caligrafía y de “Estenografía”. La Mecanografía era optativa.

Aprovechando ese saber, mi padre, que trabajaba como empleado administrativo en la empresa que por

entonces recolectaba los residuos en San Miguel de Tucumán, me pedía que lo acompañara a la oficina en mis vacaciones de julio y, para que no me aburriera, y como preparándome para una futura carrera, me pedía que liquidara los sueldos de los empleados quincenales (todo a mano, por supuesto).

De esa época recuerdo, con imágenes contundentes por lo nítidas, la precariedad, desde todo punto de vista, y las pésimas condiciones de higiene y seguridad con las que trabajaban los obreros. También guardo el recuerdo de la cantidad importante de trabajadores que no sabían firmar, a quienes había que hacerles dejar su impresión dígito pulgar en el Libro de Registro Único cuando se les abonaban sus sueldos.

No me cabe duda de que estas imágenes me sensibilizaron. Cuando en 6.º año un profesor nos preguntó qué carrera íbamos a seguir, no dudé en responder: “Algo relacionado con lo laboral”. Tenía entonces dieciocho años.

## **Las experiencias y las influencias**

Me recibí de contador público en 1981 y casi un año antes de mi graduación había ingresado a trabajar en el área de Auditoría del Banco Noar.

En 1984, por una reorganización interna en el Banco, pasé a desempeñarme como jefe de personal y luego como gerente de Recursos Humanos. En esos años, principio de los noventa, sentí la necesidad de una mayor formación en la gestión de RR. HH., pero en el medio no había ofertas de ningún tipo. Tampoco tenía referentes cercanos que entendieran del tema con quienes intercambiar experiencias.

En 1993 pasé al Banco Empresario, en el que me desempeñé como gerente de Recursos Humanos hasta 2003. Allí dejé la relación de dependencia para dedicarme a la docencia y a la consultoría.

Rescato de mi memoria momentos de mi colegio secundario, cuando, en algunas materias, los profesores nos daban a los alumnos la posibilidad de “dar una clase” a nuestros compañeros. Quizás allí naciera mi vocación docente. Al finalizar el 6.º año, el director de estudios nos ofreció preparar en el colegio a los alumnos de 1.º, 2.º y 3.º año que tenían que rendir materias en diciembre y en marzo. Con apenas dieciocho años, creo que esa experiencia terminó por confirmar mi vocación docente.

En la universidad pude acceder a una ayudantía en el 4.º año de la carrera (1979), en la cátedra Organización Contable de Empresas, y quien me dio la oportunidad fue el Prof. Esteban Marchese, un ejemplo como docente, como profesional y como persona.

Luego de graduarme, en 1981, tuve un fugaz paso por la docencia en Administración de Personal en la UNSTA, colaborando con el Prof. José Enrique Santillán.

En 1989, ingreso por concurso como jefe de trabajos prácticos en la cátedra de Administración I, asignatura común a las tres carreras, cuyo titular era y sigue siendo el Prof. José Ignacio Legorburu. Accedí más adelante al cargo de profesor adjunto de la misma materia, por concurso, y en 2006 concursé nuevamente para profesor asociado en Administración de Personal. Actualmente tengo a cargo las asignaturas Administración II (Curso de Comportamiento Organizacional) y Administración de Personal.

Soy también docente, desde 2000, en la Maestría en Administración y en la Especialización en Recursos Humanos, carrera esta en cuya creación participé y de cuyo Consejo Directivo soy integrante.

En el momento en que tuve que “enfrentar” clases en los posgrados mencionados, comencé mis propios estudios de posgrado, puesto que, no obstante mi experiencia profesional en el tema, debía acreditar ese nivel de estudios. Es así que —dadas mis limitaciones en el tema laboral— decidí inscribirme en 2000 para hacer la Especialización

y la Maestría en Dirección de Recursos Humanos, a distancia, en la Universidad Politécnica de Madrid. Culminé la especialización en 2002 y completé los créditos para la maestría en 2005, restándome a la fecha la tesis, que está en elaboración.

Todos estos años como docente de grado y posgrado han sido para mí de gran satisfacción personal, porque he podido crecer como persona, como docente y como profesional. Además siento que mi experiencia a través de los años, transmitida a los jóvenes estudiantes, es muy necesaria, y lo hago con real entrega. Trato de no “dar clases”, sino de “darme en la clase”.

Valoro como mi mayor logro en la facultad el hecho de tener respuestas muy positivas por parte de los alumnos, muestras de reconocimiento y afecto que exceden el ámbito del aula y de la facultad. El mayor elogio que recibí fue, hace ya algunos años, cuando una alumna, al cruzarnos por un pasillo, me dijo, espontáneamente: “Gracias, profesor, porque usted nos hace pensar”.

Creo que en todo trabajo pueden coexistir tres motivaciones: trabajo por la subsistencia, por el gusto o “amor” a la disciplina y porque nos interesa fundamentalmente “el otro”. A mi entender y la forma en que trato de vivirlo es que la primacía de las motivaciones sea la tercera por encima de las otras dos.

## **Pensando sobre la tarea esencial de una universidad**

Repasando un poco la legislación, nos encontramos con lo siguiente:

Ley 24.521 de Educación Superior – De los fines y objetivos

ARTICULO 3 - La Educación Superior tiene por finalidad proporcionar formación científica, profesional, humanística y técnica en el más alto nivel, contribuir a la preservación

de la cultura nacional, promover la generación y desarrollo del conocimiento en todas sus formas, y desarrollar las actitudes y valores que requiere la formación de personas responsables, con conciencia ética y solidaria, reflexivas, críticas, capaces de mejorar la calidad de vida, consolidar el respeto al medio ambiente, a las instituciones de la República y a la vigencia del orden democrático. (...)

ARTICULO 28. - Son funciones básicas de las instituciones universitarias: a) Formar y capacitar científicos, profesionales, docentes y técnicos, capaces de actuar con solidez profesional, responsabilidad, espíritu crítico y reflexivo, mentalidad creadora, sentido ético y sensibilidad social, atendiendo a las demandas individuales, en particular de las personas con discapacidad, desventaja o marginalidad, y a los requerimientos nacionales y regionales; b) Promover y desarrollar la investigación científica y tecnológica, los estudios humanísticos y las creaciones artísticas; c) Crear y difundir el conocimiento y la cultura en todas sus formas; d) Presevar la cultura nacional; e) Extender su acción y sus servicios a la comunidad, con el fin de contribuir a su desarrollo y transformación, estudiando en particular los problemas nacionales y regionales y prestando asistencia científica y técnica al Estado y a la comunidad.

Me parece fundamental y de ninguna manera redundante volver a las fuentes, al sentido de pertenecer a la universidad, porque los que somos parte de ella necesitamos de esta reflexión y de esta mirada hacia el interior para poder proyectarnos al futuro.

Y, reflexionando sobre ese punto esencial, pienso en el título de este espacio, *La UNT por sí misma*, y lo entiendo como un desafío lanzado para repensar y considerar cómo hemos venido construyendo esta institución. Me parece, pues, importante, reflexionar sobre tres temas que planteo a partir de mi vivencia como docente y como quien forma parte de la gestión actual, al ser integrante del Consejo Directivo de la facultad: 1) *la autonomía universitaria*, 2) *la cultura de la excelencia* y 3) *los valores a transmitir*.

## *Autonomía universitaria*

En estos últimos años de vida universitaria que percibo como más intensa, por mi dedicación y participación en diferentes situaciones, veo con preocupación amenazas a la autonomía universitaria por diferentes vías.

Me parece atinado acudir a un artículo de María Catalina Nosiglia: “Poder y autoridad: el impacto de la Ley de Educación Superior en el gobierno de la universidad argentina” en *Entre la tradición y el cambio, perspectivas sobre el gobierno de la universidad* (varios autores: Universidad de Palermo, 2011), cuando alude a la descripción que Jorge Vanossi hace en su libro *Universidad y Facultad de Derecho: sus problemas* (Buenos Aires: Eudeba, 1989) de tres concepciones presentes en la legislación nacional universitaria respecto a la autonomía: una, *negatoria*, que rechaza la mínima posibilidad de independencia de la universidad respecto del poder central; otra, *absoluta*, que plantea la independencia total, una suerte de Estado dentro de otro Estado; y finalmente una concepción *relativa*, según la cual la autonomía es una forma valiosa y necesaria que no debe excluir la adecuada inserción de las funciones y fines universitarios con los demás fines nacionales y sociales, o sea, que se concibe a la autonomía como un medio, no un fin en sí mismo; como un instrumento de protección de la actividad universitaria, no una vía de apartamiento de la comunidad, ni como pretexto para abrazar fines contrarios o diversos de los establecidos por la sociedad políticamente organizada.

En el mismo libro, en el artículo “La gobernabilidad de las universidades nacionales en la Argentina”, los profesores Daniela Atairo y Antonio Camou comentan sobre la autonomía como uno de los reclamos fundamentales de la Reforma de 1918, cuya importancia sigue vigente. Las amenazas que la acosan, en cambio, han variado y se han multiplicado. Hay amenazas “desde arriba”, alu-



diendo a “la subordinación de la producción del saber a los dictados y beneficios de los gobiernos de turno”. Hay amenazas “desde afuera” al intentar “imponer al conocimiento crítico de la sociedad las lógicas de los mercados concentrados, del pensamiento único y de los intereses transnacionales”. Y la amenaza “desde adentro” alude “a la operatoria de redes político-partidarias insertas en la universidad, embarcadas en imponer decisiones subordinadas a los intereses de partido o de grupo”, desconociendo “las exigencias de las lógicas legitimatorias de los saberes científicos”.

Veo con preocupación la intromisión y, lo que es peor, la búsqueda de dependencia o de “padrinazgos” o “bendiciones” por parte de los actores universitarios respecto a políticos del gobierno provincial o nacional.

Creo en una *autonomía responsable*, vinculada a la concepción de una autonomía relativa, es decir, en mi opinión, la autonomía no como fin, sino como medio. Creo en una universidad comprometida con el medio y responsable por el rol que la sociedad le demanda. Una universidad que no esté cerrada en sí misma blandiendo el principio de la autonomía, pero que tampoco sea dependiente de los intereses de los políticos o gobernantes de turno, cuyos fines y objetivos son diferentes a los de la universidad.

Finalmente, Ateiro y Camou nos recuerdan los principios que rigen la organización de la universidad: a) el científico-técnico y profesional, vinculado a la formación y la producción del conocimiento; b) el principio de responsabilidad social: en tanto instituciones públicas, que demanda que las actividades universitarias guarden pertinencia y relación con las de la sociedad; c) el principio democrático: alude a la participación de los estamentos universitarios en el gobierno de la universidad y la deliberación colectiva como mecanismo de toma de decisiones; d) el principio burocrático, relativo a la gestión universitaria, e) ¡y no olvidemos el principio primordial! Es el académico, ya

que la función preeminente de la universidad es producir y transmitir conocimiento.

### *Cultura de la excelencia*

Para la disciplina administración, desde el punto de vista académico y también profesional, el concepto de *cultura de la organización* es muy importante, porque significa en términos sencillos “la forma particular que tiene una organización o empresa de hacer las cosas”. Es un concepto también complejo de percibir en las organizaciones porque tiene componentes tangibles y otros intangibles. El Prof. Edgar Schein, en su libro *Cultura organizacional y Liderazgo*, de 1996, concibe a la cultura como

un conjunto de creencias —inventadas, descubiertas o desarrolladas por un grupo a medida que aprende a afrontar sus problemas de adaptación externa y de integración interna— que ha funcionado suficientemente bien para ser juzgada válida y, consiguientemente, para ser enseñada a los nuevos miembros como el modo correcto de percibir, pensar y sentir sobre estos problemas.

La cultura de una organización, entonces, plantea nada más y nada menos que una concepción sobre el hombre y el mundo que lo rodea y que se manifiesta en todos los aspectos, repito —tangibles e intangibles— de su existencia: por ejemplo, cómo valora o qué concepción tiene ese grupo humano del “otro” (cliente, empleado, proveedor, alumno, profesor, etc.), cómo resuelve sus conflictos; cómo valora y trata al medio ambiente o a la naturaleza; etc. El administrador debe comprender y detectar las características de la cultura de la organización porque es parte del diagnóstico del que debe partir para cualquier proyecto o intervención a concretar, sobre todo en procesos de cambio.

Pero justamente me parece que en contraposición a este tipo de cultura debemos procurar una organización con una cultura de excelencia y una actitud proactiva por parte de quienes la formamos, orientada a la mejora permanente. Una cultura que, independientemente de los fines específicos explicitados en la ley, genere una visión compartida por quienes integran la comunidad académica, que marque un rumbo y que sea el marco adecuado para la toma de decisiones hacia una meta de crecimiento que nos haga valiosos ante la sociedad por ser confiables, por trabajar seriamente, y porque contribuimos a mejorarla. Los docentes y los que estamos a cargo de las cátedras tenemos la responsabilidad de generar en nuestro entorno la actitud de una constante superación intelectual y moral, así como infundiendo el espíritu de constituir un equipo de trabajo que procure “hacer lo mejor que uno pueda”, y que se esfuerce por alcanzar resultados positivos usando los recursos disponibles de una manera óptima. En el sentido material, los recursos pueden ser insuficientes. En el sentido intelectual y moral, el esfuerzo, el entusiasmo y la búsqueda de la excelencia lo son todo.

Debemos procurar que todas nuestras decisiones estén orientadas a lograr la visión que nos proponemos, para no caer en la calificación que algunos autores de administración llaman “organizaciones esquizofrénicas”; en otras palabras, “dicen que van a hacer algo”, pero en la realidad sus acciones van orientadas en otro sentido o, lo que es peor, en sentido contrario. Pero para que ello ocurra necesitamos líderes (Schein manifiesta que “la cultura y el liderazgo son dos caras de una misma moneda”) que estén comprometidos con esta visión y que sobre todo amen a la universidad. El amor lo entiendo como entrega, como el que actúa pensando más en el otro y en los otros que en su propio interés. Los líderes generan cultura, porque con su posición jerárquica, su poder y su autoridad pueden influir y hasta definir “cómo se hacen las cosas”. Y entre

las virtudes del líder —en mi humilde opinión y en coincidencia con algunos autores— debe primar la capacidad para dar el ejemplo. La coherencia y la integridad son dos características indispensables que señalan siempre los colaboradores sobre lo que reclaman de sus líderes.

Una cultura de excelencia requiere una “voluntad política” para lograr una “institución mejorable”, susceptible de ser evaluable, diagnosticable y capaz de asumir un plan de mejoramiento. A su vez, esto requiere: que exista la información suficiente, confiable y actualizada sobre sí misma; que exista una disposición para la auto-evaluación que involucre a los principales agentes institucionales y que exista un programa de evaluación metodológicamente consistente.

### *Valores y principios que deberían transmitirse. El tema de la ética profesional*

Sin profundizar en el tema de la ética, lo cual sería una imprudencia de mi parte por mi falta de formación en el tema, ni acudiendo a las diferentes consideraciones de los filósofos a través de la historia, me animo a partir de una definición muy general, que tomo de lo que plantea la Prof. Adela Cortina, de la Universidad de Valencia, en su libro *Ética de la empresa* (1998). Ella ve a la ética como un tipo de saber que pretende orientar la acción humana en un sentido racional: que obremos racionalmente, no solo en un momento puntual, como para fabricar un objeto o conseguir un efecto determinado (como ocurre, por ejemplo, con el saber técnico), sino para actuar racionalmente en el conjunto de la vida, para lo cual es preciso saber ordenar con inteligencia las metas de nuestra vida.

La autora explicita que las sencillas expresiones “racional” y “obrar racionalmente” son más complejas de lo que parecen, porque a través de la historia han ido ganando más y más significados, que han hecho que el

saber ético se entendiera de manera diferente. Explicita también que estos modos del saber ético serán: aprender a tomar decisiones prudentes y aprender a tomar decisiones moralmente justas. El obrar racional de la persona estará orientado a conseguir un fin último, que es la felicidad. Enfatiza, pues, que los hábitos que les ayuden a ser felices serán virtudes y los que lo alejen de ella, vicios. La autora plantea una ética de las organizaciones que va desde determinar claramente cuál es el fin específico, el bien interno a la actividad que le corresponde, hasta averiguar cuáles son los medios adecuados y los valores necesarios para producirlo y alcanzarlo. De allí, solo restará evaluar los resultados e incorporar lo positivo, lo que tienda al “fin social” de las organizaciones, ya que toda organización se crea para proporcionar a la sociedad bienes que legitimarán su existencia. Entonces, cuando la organización “universidad” no cumple como bien público el fin para el cual ha sido creada o cuando los responsables de la conducción, en cualquier nivel, usamos nuestra posición con otros fines, por supuesto que no estamos actuando éticamente y así no podemos formar profesionales que se comporten éticamente.

Creo necesario que el tema esté presente en el currículo universitario según el campo científico o disciplinar del cual se trate. Los profesores y los alumnos debemos poner el tema sobre la mesa, conocerlo, comprenderlo, analizarlo y ponerlo en la perspectiva de la actuación profesional futura. El Prof. Juan José Gilli, de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, un estudioso del tema de la enseñanza de la ética en las ciencias económicas, plantea en un artículo de su libro *La ética en la formación profesional de los administradores* (2011) cómo la falta de conducta ética en los negocios tiene efectos no solo sobre las empresas sino sobre la sociedad toda, ya que la corrupción, como manifestación extrema, reduce las posibilidades de desarrollo económico y provoca inequi-

dades significativas. Dada la participación significativa de los profesionales en ciencias económicas en las decisiones empresarias, cabe preguntarse si la universidad les ha proporcionado la suficiente formación ética para advertir los efectos no deseados de la tecnología ante su inmenso crecimiento al servicio del pragmatismo económico, y si pueden discriminar entre el auténtico crecimiento profesional y el ofrecido por cursos y publicaciones impulsados con fines mercantilistas. La incorporación de la reflexión ética en la formación profesional representa en definitiva el fin último de la educación según Hesíodo, muy oportunamente recordado por el académico Guillermo Jaim Etcheverry: “ayudar a la persona a aprender a ser lo que es capaz de ser”.

Pero esta “puesta en debate” del tema debe complementarse con el ejemplo concreto de los principales responsables de la formación de los jóvenes: los docentes. Es decir, actuar en el espacio universitario y vivir conforme a los valores y virtudes en los que creemos. Porque probablemente nuestros alumnos aprendan mucho más a partir de lo que ven en nuestra conducta que de lo que les decimos. Como lo expresa un viejo dicho, “las palabras convencen, pero los ejemplos arrastran”.

Llegando al fin de esta presentación, quisiera recordar que cuando el movimiento de la Reforma se aprestó a modificar las pautas que consideraban decadentes en las universidades argentinas, enfatizaron el horror de las que

han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y —lo que es peor aun— el lugar donde las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara.

Las universidades, dicen, son “casas mudas y cerradas” en las que la ciencia no tiene cabida.

## Reflexión final

Y, para terminar, quiero explicitar mi compromiso con la universidad con el siguiente párrafo del escritor mexicano Carlos Fuentes:

Creo en la universidad. La universidad une, no separa. Conoce y reconoce, no ignora ni olvida. En ella se dan cita no solo lo que ha sobrevivido, sino lo que está vivo o por nacer en la cultura. Pero para que la cultura viva, se requiere un espacio crítico donde se trate de entender al otro, no de derrotarlo —y mucho menos, de exterminarlo—. Universidad y totalitarismo son incompatibles. Para que la cultura viva, son indispensables espacios universitarios en los que prive la reflexión, la investigación y la crítica, pues estos son valladares que debemos oponer a la intolerancia, al engaño y a la violencia.

Las culturas se influyen unas a otras. Las culturas perecen en el aislamiento y florecen en la comunicación. La universidad está llamada, por su nombre mismo, a mediar entre las culturas, desafiando prejuicios, extendiendo nuestros límites, aumentando nuestra capacidad para dar y recibir y nuestra inteligencia para entender lo que nos es ajeno. En la universidad podemos abrazar la cultura del Otro a fin de que los Otros puedan abrazar nuestra propia cultura (Carlos Fuentes, *En esto creo*. México: Seix Barral, 2002).





# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Filosofía y Letras

CONSTANZA PADILLA\*

## Introducción

La publicación de *La UNT por sí misma*, que reúne las presentaciones programadas oportunamente para celebrar el Centenario de la Universidad Nacional de Tucumán, renueva mi agradecimiento a las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNT y a los integrantes de la Comisión del Centenario, por el honor de haberme encomendado la representación de nuestra facultad, que este año cumple sus setenta y cinco años de vida.

Esta invitación me ha motivado a reflexionar sobre mi experiencia universitaria y a ponderar lo que hemos logrado como institución formadora, paso fundamental

\*Doctora en Letras (UNT). Profesora titular de la cátedra Lengua Española I de la Facultad de Filosofía y Letras, UNT. Investigadora independiente del CONICET.

para poder proyectar y concretar, en el futuro, las numerosas cuestiones pendientes.

## Tiempos fundacionales

Eran tiempos urgentes los de 1914. Había que llenar un vacío importante no solo en el norte argentino sino en la forma en que estaba siendo entendida la Universidad en nuestro país. En el discurso de apertura de los cursos de 1915, conservado con el título “La universidad como obra social”, es elocuente la cita que el Dr. Juan B. Terán hace de lo dicho por el Dr. Ernesto Nelson, respecto a que la Universidad argentina no es todo lo influyente que lo que debería ser como formadora de jóvenes, y que “la futura Universidad de Tucumán podría ser el primer grano de levadura que hiciera fermentar, con aspiraciones nuevas, la masa social argentina”, ya que la educación de un pueblo “es algo más que idea, libros y conocimientos”; y define la educación como el antídoto de “la barbarie rediviva”: “es una actitud espiritual frente a los hechos de la vida, un sentimiento, una disposición altruista de la voluntad, un amansamiento de la bestia trágica” (Terán, 1918: 26).

Esos tiempos urgentes inspiraron a Terán, y en el discurso de inauguración pública de la UNT, el 14 de mayo de 1914, afirmaba:

*Pedes in terra, ad sidera visus* —digamos como divisa de blasón de la nueva Universidad— los pies dentro de la tierra, la mirada hacia las estrellas. Si ella surge al amparo del *genius loci*, del genio de su suelo, lleva su cabeza hacia las estrellas, afirmando una vocación superior, porque no quiere ser una casa de estudios meramente profesionales y prácticos, y porque han de caber en su curriculum, «las bellas inutilidades indispensables», que dijera un filósofo. (Terán, 1918:17)

Ese día llegó en 1937, bajo el segundo rectorado del Dr. Julio Prebisch (1937-1940), quien enfatizaba, siguiendo a Ortega y Gasset, que el fundamento para la formación de un buen profesional era una sólida formación cultural. Así, dos acciones de la gestión de Prebisch contribuyeron decididamente a resignificar el perfil regional de la Universidad desde sus inicios: la creación del Departamento de Investigaciones Regionales, constituido por seis institutos, y la creación de nuevas facultades, en una búsqueda por conjugar lo universal con lo regional. En este contexto se crea el Departamento de Filosofía y Letras por Resolución del Honorable Consejo Superior del 21 de diciembre de 1936, el cual se convertiría en Facultad el 3 de agosto de 1939.

## **Un hilo de la trama: años de investigación y docencia**

Desde la finalización de mi carrera de grado, con el título de Profesora en Letras, mis metas se orientaron a contribuir, de algún modo, a la transformación de las prácticas de enseñanza y aprendizaje de la lectura y escritura, tanto desde la investigación como desde el propio ejercicio docente. Mis temas de investigación han seguido una línea de continuidad, focalizando la atención en el desarrollo de la lectura y escritura en niños, adolescentes y estudiantes universitarios de grado y de postgrado, y en el impacto de diversas alternativas innovadoras de enseñanza.

Mi interés por el tema nació de la preocupación por la educación argentina y mis objetivos se orientaron a crear un puente entre la investigación básica y la aplicada, y entre el ámbito académico y la realidad áulica. En la primera etapa trabajé estrechamente con docentes del nivel primario, implementando una propuesta didáctica —la Propuesta constructiva-interactiva—. Los resultados mostraron mejoras cualitativas y cuantitativas significa-

tivas en la alfabetización de niños de diferentes niveles socio-culturales.

Algunos aspectos pendientes de esta etapa de investigación y vinculación social han sido retomados en la actualidad, gracias a la participación de nuestra universidad —en conjunto con once universidades nacionales del país— en el Proyecto “Alfabetización en la Unidad Pedagógica”, coordinado por la Maestría en Escritura y Alfabetización de la Universidad Nacional de La Plata y financiado por el Ministerio de Educación de la Nación. El eje vertebrador del Proyecto es la inclusión educativa, con atención especial a niños de alta vulnerabilidad social de diferentes regiones del país.

Esta articulación entre investigación y transferencia continuó en relación con el segundo ciclo del nivel primario, mediante el dictado de cursos en la Red Federal de Formación Docente Continua, con evaluación y seguimiento de proyectos didácticos aplicados a cada realidad educativa y de cursos de Actualización Académica para Profesores de Profesorados, destinados a docentes del entonces nivel polimodal y terciario de Tucumán y Salta.

Estos itinerarios de investigación y transferencia han ido de la mano de la docencia universitaria, convertida en los últimos años en un punto de articulación fundamental entre la investigación individual, la colectiva y el desempeño docente en las cátedras que coordino. En estos espacios curriculares compartimos con el equipo docente numerosos desafíos, a través de un trabajo comprometido con la formación de los estudiantes. Estas cátedras se han convertido también en espacios privilegiados de formación de recursos humanos (becarios, tesistas, adscriptos, pasantes, ayudantes e integrantes del equipo de investigación) y constituyen insumos constantes para organizar y dictar seminarios en carreras de postgrado, tanto en nuestra Universidad como en otras del país y de Latinoamérica.

El interés por la docencia en el nivel superior me llevó también a participar en la elaboración y ejecución de un Diseño Curricular para un Ciclo de Licenciatura en Letras a término, a través de un convenio entre la UNT e institutos terciarios de Tucumán. La iniciativa se enmarcó en la implementación de Proyectos de Articulación, gestionados por la UNT y el Ministerio de Educación de la Nación como medio para jerarquizar los títulos terciarios, brindando formación calificada a docentes del nivel secundario en ejercicio de su profesión.

En cuanto a la evolución conceptual de mis investigaciones —renovadas constantemente por mi práctica docente—, entiendo que pueden invitarnos a ponderar aciertos y desaciertos de estos setenta y cinco años de vida de nuestra facultad, particularmente en relación con los modos de entender el conocimiento en las aulas universitarias, los modos de construirlo y comunicarlo, y los modos de convivir en una comunidad académica como la de las ciencias humanas y sociales, con todas las complejidades que ello involucra.

Destaco ante todo el lugar preponderante que la Lingüística Aplicada ocupó desde un principio en mis intereses de investigación. Seminarios de postgrado sobre las ciencias del lenguaje, en particular, sobre Lingüística del Texto, Análisis del Discurso y Pragmática, dictados por profesores de nuestro país y del extranjero, me abrieron importantes horizontes teóricos. Junto a otros aportes provenientes de cursos de psicopedagogía, enfrenté desafíos hasta el momento no avizorados en relación con las contribuciones que podían hacerse desde las Letras a la problemática de la lectura y escritura como medios privilegiados de enseñanza y aprendizaje, esto es, como medios de producción y transformación de los conocimientos.

Ya desde mi tesis doctoral me impuse el desafío de indagar hasta dónde llegaban los *postulados piagetianos*, que permitían explicar los procesos de construcción de la

lectura y escritura en el niño a partir de su papel eminentemente activo como sujeto de aprendizaje. Pero al mismo tiempo, estos postulados —en particular, el concepto de *conflicto cognitivo*—, me desafiaban a reconceptualizar el rol del docente en las situaciones didácticas, tratando de encontrar soluciones no simplistas que empezaban a difundirse, como reacción pendular al paradigma conductista imperante hasta el momento, el cual había venido materializándose en las aulas de todos los niveles educativos, como una reproducción enciclopédica del conocimiento.

En tal sentido, los aportes de la teoría socio-histórica y cultural de Lev Vygotsky y las reformulaciones de Jerome Bruner —gracias a la recuperación de los aportes de filósofos del lenguaje como Austin y Searle—, además de otras contribuciones provenientes de la cognición social situada, me ayudaron a reposicionar la figura del docente, de los pares, del contexto institucional, histórico y social —y del lenguaje involucrado en ellos—, a través de algunos conceptos fundamentales como el de *zona de desarrollo próximo* de Vygotsky y el de *andamiaje* de Bruner, que plantean la importancia determinante de la red de interacciones humanas y de la cultura en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Algunas relecturas y reformulaciones posteriores de discípulos de Piaget, tales como el concepto de *conflicto sociocognitivo* de Perret-Clermont, me llevaron a repensar el papel de las interacciones orales y escritas en las situaciones didácticas de los distintos niveles del sistema educativo.

La focalización de mis investigaciones —en una segunda etapa—, en las competencias textuales de niños y jóvenes, atendiendo primero a las competencias narrativas, luego a las expositivas y, por último, a las argumentativas, me abrió la puerta al vasto y complejo campo de las teorías de la argumentación.

En una tercera etapa, que abarca hasta el presente, me he concentrado en profundizar, por un lado, el estudio

teórico de la argumentación y, por otro, los modos de comprensión y producción de estudiantes del nivel secundario, universitario y de posgrado, atendiendo no solo a los procesos, involucrados en sus prácticas discursivas concretas, sino a las representaciones acerca de los propios procesos (*metacognición*). En relación a la argumentación en los estudiantes universitarios, la investigación se ha orientado en los últimos años a indagar el problema del paso de la argumentación oral a la escrita, y de la argumentación cotidiana a la académica.

Con respecto al estudio teórico de la argumentación, he venido re-conceptualizando los aportes y limitaciones de distintas perspectivas. En una primera etapa, me concentré en el estudio de la perspectiva retórica de Perelman y Olbrecht-Tyteca. Sin embargo, el reconocimiento de sus aportes y limitaciones —útil para el análisis de los discursos sociales concretos, pero insuficiente para plantear una educación en la argumentación—, me llevó a incursionar en otros enfoques, como la *perspectiva pragmatialéctica* de van Eemeren y Grootendorst, que se me presentó como una teoría superadora de los planteamientos clásicos, en varios sentidos. Uno de ellos, quizá el fundamental, considera a la argumentación como una discusión crítica cuyo fin es contribuir a la resolución de una diferencia de opinión, frente a las posiciones eminentemente retóricas que la conceptualizan solo como una operación discursiva mediante la cual un sujeto trata de provocar la adhesión de otro a una tesis u opinión. La pragmatialéctica, en cambio, focaliza la atención en la interacción de interlocutores que buscan resolver un desacuerdo, en las reglas de discusión crítica que regulan esta interacción y en las violaciones de estas reglas (falacias) que ponen en peligro la validez de la argumentación. De todos modos, el avance en las conceptualizaciones teóricas de la pragmatialéctica, a través de la noción de maniobra estratégica de van Eemeren, está permitiendo tender un puente entre el ideal de racionalidad

de las perspectivas dialécticas y el ideal de eficacia de las perspectivas retóricas, poniendo como eje vertebrador el concepto de razonabilidad.

Sin embargo, más allá de estos importantes avances teóricos, seguía encontrando limitaciones en estos enfoques lingüístico-discursivos. Esto me llevó a buscar aportes de otras disciplinas, como la filosofía, psicología y pedagogía.

En relación con la filosofía, descubrí los valiosos planteamientos del filósofo Ricardo Maliandi, en torno a los modos de argumentación. En el marco de su propuesta acerca de una ética convergente, inspirada en perspectivas de la ética discursiva y axiológica, Maliandi recupera de la tradición socrática y aristotélica el concepto de razón dialógica. Esto lo lleva al planteo de la bidimensionalidad de la razón que involucra dos funciones básicas: fundamentación (la capacidad de dar “razones”) y crítica (la conciencia de los límites de las “propias razones” y la apertura hacia “otras razones”). Se agrega entonces la idea de que la dimensión dialógica de la razón involucra una postura crítica, tanto ante los propios puntos de vista como ante los de otros. Esto, a la vez, pone de manifiesto otro concepto que se deriva de lo crítico, la conflictividad, como uno de los principios de su ética convergente, en tensión constante con la validez intersubjetiva.

Esto le permite plantear tres posturas distintas en un discurso argumentativo, correspondientes a tres grados ascendentes de convergencia crítica: a) la postura estratégica, en la cual la argumentación es persuasiva, retórica y apunta a forzar la opinión del oponente, imponer su propio punto de vista o refutar el contrario; b) la postura comunicativa divergente, que tiende a la resolución del desacuerdo, pero con el presupuesto de que el acuerdo favorecerá la opinión propia y no la del oponente; c) la postura comunicativa convergente, donde el interlocutor no aparece ya como oponente, sino como co-operador en la tarea de enfrentar un problema, es decir, ya no se enfren-



tan los interlocutores entre sí, sino que ambos establecen una alianza para enfrentar y resolver un problema. Cada argumentante solicita y espera los contraargumentos del interlocutor para el avance dialéctico, pero con la presuposición compartida de la disponibilidad para rectificar las opiniones propias.

Sin duda, esta postura comunicativa convergente es más una aspiración que una realidad. Los intercambios comunicativos reales recurren con mucha mayor frecuencia a las clásicas falacias, o a lo que Maliandi describe como modos defensivos y ofensivos de pseudo-argumentación: el modo defensivo liebre, que se escabulle eludiendo la confrontación de puntos de vista, deslizándose velozmente a perspectivas distintas; el modo defensivo erizo, que exhibe sus “púas argumentativas” para que nadie se le acerque e intente desafiar sus puntos de vista; el modo ofensivo tigre, predador que ve en el interlocutor una presa a quien hay que devorar implacablemente, por lo cual el tema de discusión pasa a segundo plano, y el modo ofensivo araña, variante más sutil que “envuelve” al oponente con su retórica, a través de una mezcla de argumentos lícitos y falacias bien disimuladas, matizados con citas y proverbios. Maliandi concluye esta gráfica analogía destacando que estos modos llegan con frecuencia a “ganar” discusiones, pero difícilmente promueven un avance de la razón.

Como bien señala el autor, evitar que estos animales se apoderen de nosotros es fundamental para que no interfieran en nuestros más o menos sinceros propósitos de diálogo, sobre todo si pensamos que la vida democrática —anhelo de toda sociedad civilizada— se construye sobre esa tensa relación entre consenso y conflictividad, que implica buscar acuerdos pero también objetivar el disenso a partir del reconocimiento y respeto (no simplemente tolerancia) por los diversos puntos de vista, y por la diversidad individual y cultural.

Otra corriente que me resultó particularmente relevante para entender las complejidades del fenómeno argumentativo es el movimiento pedagógico pensamiento crítico (*critical thinking*), que plantea, en sus formulaciones actuales, una perspectiva dialógica y dialéctica (Richard Paul) que destaca la dimensión intersubjetiva de la noción, por cuanto involucra un intercambio entre distintos puntos de vista, sustentados en diferentes visiones de mundo. Esta intersubjetividad abre la puerta a la consideración del carácter situado e intercultural del pensamiento crítico, y a la inclusión de aspectos actitudinales, a través del estudio de las características intelectuales que permiten transformar el pensamiento egocéntrico y parcial en un pensamiento amplio. Características como la independencia intelectual (disposición y compromiso para el pensamiento autónomo), la curiosidad intelectual (disposición para preguntarse acerca del mundo y buscar explicaciones a las discrepancias), el coraje intelectual (conciencia de la necesidad de reflexionar imparcialmente sobre puntos de vista hacia los cuales tenemos fuertes emociones negativas) y la empatía intelectual (ponernos imaginativamente en el lugar de los demás para intentar entender sus puntos de vista), por ejemplo, permiten reflexionar sobre la argumentación desde una perspectiva más amplia, enriqueciendo la visión estrictamente lingüística, la cual si bien es fundamental, no es suficiente para dimensionar adecuadamente la importancia que tiene la argumentación en todos los ámbitos de la vida cotidiana e institucional. En tal sentido, en el ámbito educativo, es necesario asumirla como un contenido transversal que atraviesa todas las disciplinas y todos los niveles de escolaridad, por lo cual debería ser responsabilidad de todos los docentes.

Como señalé anteriormente, en los últimos años me he abocado, con el equipo de investigación, a profundizar el estudio de la argumentación académica escrita en estudiantes universitarios de grado y de postgrado. Buscamos

articular los aportes de las teorías de la argumentación ya mencionadas, con investigaciones en torno a la lectura y escritura académicas, entendidas como prácticas sociales y epistémicas, con el propósito de explotar más a fondo los aportes de estas teorías en el campo de las alfabetizaciones académicas, que ha cobrado franca visibilidad en las últimas décadas.

Desde hace una década venimos implementando programas de alfabetización académica en dos asignaturas de la carrera de Letras, en las que priorizamos el desarrollo de la argumentación como base indispensable para el desempeño en las prácticas académicas. Para ello, proponemos a los estudiantes proyectos genuinos de escritura académica (ponencias o artículos de investigación), que son socializados en Jornadas Académicas o en grupos de discusión. Estos productos escritos implican procesos de investigación teórica y empírica, los cuales son apoyados por la guía gradual de tutores, quienes van orientando y retroalimentando todas las instancias del proceso.

Estos programas se realizan en el marco de ciclos de investigación-acción, articulados con proyectos subsidiados por CIUNT y ANPCyT. Con estos equipos integramos también el GICEOLEM, grupo que nos permite mantener interacciones académicas muy valiosas con especialistas de nuestro país y del extranjero, al mismo tiempo que brindamos instancias de formación en diversas universidades nacionales y latinoamericanas.

Estas actividades son apoyadas también por la sub-sede Tucumán de la cátedra UNESCO (para el Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación en América Latina con base en la Lectura y Escritura), la cual, constituida en red desde 2006, con once subsedes de nuestro país y nueve sedes de países latinoamericanos, comparte los principios de cooperación interuniversitaria para el desarrollo académico solidario, la transferencia de conocimientos y el intercambio de experiencias de la UNESCO.

Las conclusiones obtenidas permiten sugerir algunas alternativas para mejorar la lectura y escritura académicas en las aulas universitarias. Por un lado, la necesidad de promover apoyos institucionales a lo largo de las carreras de grado, para garantizar la continuidad de las acciones didácticas iniciadas tras el ingreso en la Universidad. Por otro lado, la necesidad de articular las exigencias de los docentes de las diferentes disciplinas, con lo que efectivamente enseñan. De allí, entonces, la necesidad de una mediación didáctica más sistemática y sostenida, incluso con los estudiantes avanzados de grado y de postgrado, sobre todo con los que vienen con trayectorias previas carentes de experiencias en escritura académica.

## **Balances y desafíos**

A setenta y cinco años de la fundación de nuestra facultad y a cien años de la fundación de nuestra universidad, la UNT muestra una larga y fecunda trayectoria en busca de excelencia académica y de preparación profesional calificada. Esta búsqueda ha crecido desde los tiempos fundacionales, pese a las diversas etapas de convulsión política que han impactado directamente la vida universitaria, con las consecuentes crisis económicas y morales. En este sentido, la universidad como institución ha sobrevivido a los quiebres más profundos, lo que acentúa su prestigio a nivel regional, nacional e internacional.

En cuanto a nuestra facultad, imposible ignorar su importante crecimiento. De 184 alumnos inscriptos en 1937 en el entonces Departamento de Filosofía y Letras, llegamos, en la actualidad, al registro de 9000 alumnos. De este total, anualmente se inscriben alrededor de 2500 ingresantes y se reinscriben cerca de 6500 estudiantes. En 2012, por ejemplo, se registró el número de 2754 alumnos regulares.

Estos datos, si bien son muy promisorios en relación con la política de inclusión social asumida por nuestra facultad, con ingreso abierto a todos los estudiantes que aspiren a una formación universitaria —particularmente a sectores sociales antes excluidos—, nos muestran a la vez una brecha muy significativa entre la cantidad de estudiantes que se inscriben en las carreras y la cantidad que logra permanecer, avanzar y graduarse en los tiempos previstos en los planes de estudio. En tal sentido, el gran desafío que tenemos por delante es lograr que esa puerta de entrada no se convierta en una puerta giratoria, al decir de Vincent Tinto (“Así como entran, rápidamente salen”), sino que esa puerta ayude a acortar esa brecha entre el capital cultural esperado y el capital cultural real con el que ingresan muchos estudiantes, para poder revertir este proceso no deseado de *inclusión excluyente* (Ezcurra) que solo agudiza la desigualdad social y genera frustraciones en los proyectos de vida.

Si consideramos ahora la oferta de carreras de grado, de los cuatro Profesorados que se abrieron en los tiempos fundacionales (Historia y Geografía, Filosofía y Letras, Filosofía y Pedagogía, y Lenguas Vivas —Inglés, Francés, Italiano y Alemán—, además de los profesorados para completar la formación en Matemáticas, Física, Química y Ciencias Naturales), a lo largo de los años el mapa de las carreras ha ido modificándose gradualmente, debido a las sucesivas reformulaciones en los planes de estudio y a la creación de nuevas carreras. Así, en la actualidad contamos con siete carreras que se dictan plenamente en nuestra facultad, con sus opciones de titulación en Profesorado o Licenciatura (Filosofía, Letras, Historia, Geografía, Ciencias de la Educación, Francés e Inglés), una carrera con la opción Licenciatura (Trabajo Social), y una carrera con las opciones Tecnicatura y Licenciatura (Ciencias de la Comunicación). Además, otras cinco carreras de otras facultades realizan su trayecto pedagógico en la nuestra:

los Profesorados en Artes Plásticas, Matemáticas, Física, Química y Ciencias Económicas.

Durante varios años la carrera de Psicología, ahora facultad independiente, fue parte de nuestra facultad y, tanto esa carrera como la de Trabajo Social y la de Ciencias de la Comunicación implicaron un incremento histórico de la matrícula, lo que muestra la demanda social que han venido a cubrir. Se debe avanzar en el fortalecimiento académico de estas carreras, tanto en la renovación de los planes de estudio que garanticen una formación actualizada como en las condiciones laborales de los docentes, quienes, con mayor dedicación horaria y una relación razonable entre cantidad de alumnos y docentes, podrían realizar un seguimiento más personalizado, sobre todo con los alumnos en situación de mayor vulnerabilidad académica. En tal sentido, algunos subsidios conseguidos en los últimos años están favoreciendo el pasaje hacia una consolidación de la planta docente.

Con respecto a la formación de postgrado, si bien en 1939, durante el rectorado del Dr. Julio Prebisch, se creó el Doctorado en Filosofía, en Historia y en Letras, para contribuir a la formación calificada de recursos humanos en la región, pasó mucho tiempo hasta que el Doctorado fuera la culminación casi natural de la carrera, lo que sucedió en la década de 1980, si bien en los sesenta el primer título de Doctor, en Filosofía, fue otorgado a Víctor Massuh. Los estudios de postgrado se incrementaron en los 90, con la creación gradual de nuevas carreras (Doctorados, Maestrías y Especializaciones), varias de las cuales pasaron por los procesos de acreditación de CONEAU.

Entre las grandes dificultades para que estas propuestas curriculares se prolonguen en el tiempo, están las limitaciones en el presupuesto para solventar la visita de especialistas en las diversas disciplinas y la baja tasa de graduación. En tal sentido, algunas carreras acreditadas (Doctorado en Humanidades, Doctorado en Ciencias Sociales y Doctorado en Letras) han podido fortalecer su

oferta de cursos y de equipamiento, gracias al proyecto Doctor@r, que contribuye a garantizar la gratuidad de algunos cursos de postgrado dictados por especialistas nacionales y extranjeros, y a incrementar los volúmenes de nuestra biblioteca, mediante la compra de material bibliográfico actualizado y la consolidación de las bases de datos disponibles.

Otro capítulo importante en el crecimiento de nuestra facultad es la creación de centros e institutos de investigación. Si bien durante el segundo rectorado del Dr. Julio Prebisch (1937-1940) se fundó el vasto Instituto de Investigaciones Regionales, constituido, entre otros, por el Instituto de Historia, Lingüística y Folklore, y durante el rectorado del Dr. Horacio Descole (1946-1951) se dio un impulso decisivo a la investigación a través de la organización departamental por institutos, que buscaba modificar sustancialmente el perfil de las carreras existentes y avanzar hacia la configuración de las Licenciaturas, estos proyectos quedaron truncos en pocos años, y es a partir de la década de 1970 que empiezan a crearse nuevos institutos en nuestra facultad (IHPA, IEG e INSIL), en un proceso gradual hasta nuestros días, en que contamos con diecisiete institutos y doce centros, en los que se desarrollan cincuenta y ocho proyectos colectivos de investigación, subsidiados por el CIUNT, además de otros proyectos interuniversitarios, financiados por CONICET y ANPCyT, entre otros.

Estos proyectos incluyen no solo investigadores formados en la UNT y el CONICET, sino también becarios estudiantiles y graduados de ambas instituciones, cuya formación de postgrado fortalece a sus equipos de investigación, internalizando herramientas conceptuales y metodológicas para desarrollar sus tesis de Licenciatura, Maestría o Doctorado.

Esta actividad colectiva de investigación se ha beneficiado por la creación de unidades ejecutoras de doble

dependencia (CONICET-UNT), en la órbita de la facultad, como es el caso de ISES y de INVELEC, lo que favorece el avance de la investigación interdisciplinaria, ya iniciada y desarrollada con diferentes modalidades por los institutos y centros de nuestra facultad.

Quiero destacar que, en el caso de INVELEC (el que mejor conozco por mi pertenencia institucional), esta investigación colectiva se ha renovado por los objetivos compartidos, en relación con la vinculación social, lo que ha permitido que hoy estemos desarrollando —en convenio con el Ministerio de Educación de la Provincia—, ciclos de formación en la investigación para docentes en servicio del nivel secundario y de Institutos de Formación Docente, cuyo eje vertebrador es la inclusión socioeducativa.

De todos modos, considero que todavía no hemos capitalizado suficientemente los beneficios de los vínculos interdisciplinarios entre los diferentes proyectos de investigación de nuestra facultad, que nos permitirían avanzar en la identificación de intereses comunes de investigación, y a la vez valorar el valioso conocimiento científico que construimos como institución de referencia, muchas veces con el desconocimiento de nuestros propios colegas.

Quiero destacar hasta dónde debe llegar nuestro compromiso como institución de nivel superior en cuanto a la formación de sus futuros egresados: nuestro gran desafío es la formación en valores éticos fundamentales, esto es, en valores “no negociables” que resistan a cualquier intento de “mercantilización”: en la base, el respeto por la dignidad humana y sobre esta base, la justicia, solidaridad, honestidad, libertad, responsabilidad, entre otros.

Estos valores no pueden “enseñarse” sin el ejemplo, y sin la coherencia con que establecemos contratos didácticos con nuestros estudiantes. Cuando hablo de “valores no negociables”, no sugiero en absoluto ideas de autoritarismo, intolerancia, dogmatismo o fundamentalismo. Los tiempos actuales exigen más que nunca una enorme



capacidad de diálogo que nos lleve al consenso y, si no, respetar el disenso, no con una conformista tolerancia, sino con un genuino respeto por el otro.

Y esto solo es posible si cultivamos una actitud empática, que nos desafía a salir de nosotros mismos, de nuestro egocentrismo, para ponernos en el lugar del otro, para tratar de entender sus puntos de vista, sus motivaciones, sus expectativas o sus frustraciones y así transitar el camino del respeto al otro, sin el cual la vida familiar, social, universitaria, profesional o laboral se hace difícil, penosa y, en muchos casos, hasta insostenible.

Pero la empatía solo es el primer paso para poder vivir en sociedad. Y nuestro desafío no solo es “vivir” o “sobrevivir” o “resistir”, sino ser agentes de cambio, protagonistas de procesos de transformación que mejoren la vida en sociedad. Por ello, considero que es la pro-actividad —es decir, la acción con iniciativas, la acción que se anticipa y que promueve proyectos de cambio— la que debería convertirse en el motor de nuestra formación académica y de nuestra actividad profesional; la que nos salve de la inacción o del reclamo y la crítica sin propuestas.

Sin embargo, esto solo será posible si planteamos el conocimiento en nuestras aulas universitarias como problemas genuinos de investigación que nos desafíen a la construcción y transformación de nuevos conocimientos y no a su simple reproducción, que se construyan en interacción dialéctica con la enseñanza, vinculada no solo con la relación docente-alumno, sino también con todo el grupo de pares, entendido como comunidad de aprendizaje, en la que no solo se produzcan conocimientos cooperativamente sino también se los comuniquen, se los evalúen, se los cuestione, ya que son diversos y cambiantes.

Así cultivaremos en nuestros estudiantes la conciencia de que los conocimientos construidos no solo “sirven” para “aprobar las materias”, sino también para tomar múltiples decisiones en distintos ámbitos de la vida.



# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Agronomía y Zootecnia

RAÚL OSVALDO PEDRAZA\*

## La microbiología agrícola como elección de vida

Mi especialidad es la microbiología agrícola, con énfasis en estudios biomoleculares. Esto incluye a los distintos procesos microbianos que ocurren en el suelo y su asociación benéfica sobre las plantas.

¿Cómo llegué a interesarme en este campo? Todo empezó cuando cursé la materia Microbiología Agrícola en la Facultad de Agronomía y Zootecnia (FAZ), y mis profesores me revelaron un mundo nuevo, complejo, difícil de entender —como que todavía no termino de entenderlo—. Aprobada la materia, ingresé como ayudante estudiantil a esa cátedra. Conté con el inestimable apoyo del Prof. Carlos

\*Doctor en Agronomía (UNT). Profesor asociado de la cátedra Microbiología Agrícola de la Facultad de Agronomía y Zootecnia, UNT.

Hugo Bellone, quien me transmitió su pasión por esta temática, y no solo compartió conmigo sus conocimientos teóricos, sino que me permitió ingresar a la investigación y materializar todo tipo de inquietudes relacionadas a la microbiología agrícola.

Ya ingeniero agrónomo y auxiliar docente en la cátedra de Microbiología Agrícola, tras muchas conversaciones con el Ing. Bellone y diversas reuniones científicas sobre la especialidad, en el país y en el extranjero, comencé a pensar en un postgrado, para lo cual tuve que definir una orientación: bacterias fijadoras libres o simbióticas del nitrógeno atmosférico, hongos micorrízicos, tipo de cultivo asociado, etc. Decididos los componentes asociativos del modelo de estudio, surgía otro tema: definir qué aspectos serían necesarios investigar. Por entonces no había estudios basados en la biología molecular en la FAZ, y en Tucumán apenas se iniciaban los primeros grupos en la especialidad (INSIBIO, CERELA, PROIMI). El análisis de situación fue definiendo lo que debería ser mi tesis doctoral, la cual se basó en el análisis genético de aislamientos bacterianos del género *Azospirillum*, asociado al cultivo de la caña de azúcar, y su relación con las condiciones hidrológicas del área provincial. Mi destino sería, pues, la microbiología agrícola. Sin duda alguna.

El Prof. Carlos Bellone, mi guía en ese mundo que me prestaba a explorar en profundidad, tuvo un rol fundamental en mi formación como investigador, acompañándome hasta llegar al doctorado y postdoctorado. Y lo bueno es saber que siempre está disponible para cualquier tipo de consulta.

En Brasil, la Dra. Johanna Döbereiner y su equipo de investigación, referentes mundiales en bacterias asociativas y fijación biológica del nitrógeno atmosférico, también fueron importantes para mi formación. Ella fue una de las personas que me alentó a dedicarme al estudio genético, considerando la necesidad de profundizar en la explicación

de los fenómenos que observábamos cuando interactuaban las bacterias benéficas con distintos cultivos de importancia agrícola. Su laboratorio me brindó herramientas para realizar esos estudios genéticos. Pero el gran desafío estaba en realizar tales estudios en Tucumán. Allí fue cuando el Dr. Juan Carlos Díaz Ricci comienza a marcar una nueva etapa en mi formación como investigador. Como director de tesis doctoral, me brindó todo el asesoramiento y apoyo logístico para cumplir con el plan de trabajo cuyo mayor peso se focalizaba en la parte biomolecular. Mi vinculación con el Dr. Díaz Ricci aún continúa: proyectos de investigación, dirección y codirección de becarios y tesis doctorales, publicación de trabajos científicos y dictado de cursos de postgrado.

Otra persona que influyó mucho en mi formación científica fue la Dra. Beatriz Eugenia Baca, con quien realicé mi postdoctorado en México. Puedo decir que con ella “pulí” lo concerniente al método científico, con toda la rigurosidad que ello implica.

Son muchas más las personas que de varias maneras y en distintos momentos dejaron alguna impronta en mi formación profesional a través de su buen ejemplo en lo científico, ético y moral. Y también pude aprender del contra-ejemplo de muchas otras personas, que sin quererlo me enseñaron la diferencia entre lo que se debe o no se debe hacer.

Actualmente, y desde hace varios años, debo reconocer y mencionar la gran fuente motivadora para continuar avanzando con entusiasmo en mi dedicación a la docencia e investigación: mis alumnos y becarios, tanto de grado como de postgrado, que con su vitalidad, interés en la temática, dedicación y esfuerzo personal me ayudan a enfrentar los distintos desafíos de estas tareas y, sobre todo, me brindan el impulso necesario para continuar en circunstancias en que las cosas no siempre se dan según lo esperado.

Mi formación como docente e investigador recorrió distintas etapas en la cátedra Microbiología Agrícola de la FAZ: ayudante estudiantil, docente adscripto, auxiliar docente graduado, jefe de trabajos prácticos, profesor adjunto y, hoy, profesor asociado. Puedo decir que, sin haberlo sabido en ese entonces, cuando ingresé como alumno en la FAZ fue para quedarme allí.

Luego de realizar el doctorado y postdoctorado comencé a desarrollar mi línea de investigación, con la consecuente conformación del grupo de trabajo, el laboratorio básico de biología molecular, y la fructífera vinculación con otros investigadores del país y del extranjero.

En el Instituto Superior de Investigaciones Biológicas (INSIBIO), dependiente del CONICET y de la Facultad de Bioquímica, Química y Farmacia, se había conformado un grupo importante, dirigido por los doctores Atilio Pedro Castagnaro y Juan Carlos Díaz Ricci, dedicado al estudio biomolecular de la interacción entre plantas de frutilla y hongos fitopatógenos, y estos colegas, que siempre me apoyarían con generosidad en mis inquietudes como investigador, me permitieron acceder a sus recursos. En función de la experiencia acumulada estudiando las interacciones entre bacterias benéficas y plantas, específicamente con el género *Azospirillum*, sumada a la posibilidad de contar con equipos para realizar análisis moleculares y también con plantas de frutilla libres de microorganismos obtenidas en el INSIBIO por propagación *in vitro*, y frente a la creciente producción comercial de frutilla en Tucumán, mi decisión se orientó hacia la investigación sobre la asociación entre *Azospirillum* y frutilla como modelo de estudio de la promoción del crecimiento vegetal mediado por bacterias benéficas.

El cultivo de frutilla tiene una gran importancia comercial a nivel mundial, debido a las características de la fruta, y es de gran interés económico y social por la alta demanda de mano de obra que insume (cultivo, cosecha, empaque,

industrialización), según apunta F. Kirschbaum. En la Argentina se produce frutilla durante todo el año, con mayor concentración en las provincias de Santa Fe y Tucumán, que tienen el 70% de la producción total del país. Tucumán es el principal productor del NOA debido a que presenta zonas con excelentes condiciones agroecológicas para el cultivo de frutilla.

En la cátedra Microbiología Agrícola de la FAZ iniciamos las investigaciones con el aislamiento e identificación de numerosas cepas de *Azospirillum brasilense*. En ellas se evaluó la capacidad de producir sustancias con acción hormonal, de fijar nitrógeno, solubilizar fosfatos y producir sideróforos (compuestos orgánicos que captan hierro). Las cepas demostraron capacidad para promover el crecimiento de frutilla, expresado en el peso seco de raíces, parte aérea y producción frutal, tanto en condiciones ambientales controladas de fitotrón e invernadero como en condiciones de campo.

Estos resultados nos llevaron a profundizar los estudios de la interacción y explicar los fenómenos observados, considerando que estas bacterias constituyen una alternativa efectiva para el reemplazo o complementación de su uso frente a la aplicación de agroquímicos, tan requeridos en el cultivo de frutilla. Además, esta biotecnología, llevada al sector productor en forma de inoculantes —también conocidos como biofertilizantes—, disminuiría los problemas ambientales que producen los agroquímicos: contaminación de aguas, suelos y aire por la emisión de gases con efecto invernadero, como el óxido nítrico derivado del proceso de desnitrificación. Así, y considerando también el menor costo de los inoculantes comparado con el de los fertilizantes de síntesis química, nuestra línea de investigación se pone en sintonía con el desarrollo de una agricultura sostenible, cuyo impacto debe reflejarse en lo social, económico y ambiental.

En estudios posteriores a los de aislamientos bacterianos y a su caracterización microbiológica, se demostró la capacidad de *Azospirillum* para colonizar plantas multiplicadas agámicamente por medio de la colonización de las raíces y estolones emitidos por las “plantas madres” inoculadas con dichas bacterias, utilizando técnicas de microscopía óptica, electrónica y del marcado de cepas con un gen reportero.

También se evaluó la producción de sideróforos, su caracterización y acción inhibitoria de hongos fitopatógenos. Se investigó sobre el efecto de protección que ejerce *Azospirillum* en plantas de frutilla frente a la antracnosis (una de las enfermedades clave en frutilla), comprobándose que este microorganismo activa un mecanismo de defensa que confiere un grado aceptable de protección contra el patógeno, acompañado por un aumento de algunos compuestos químicos y estructurales en la planta, como el ácido salicílico, compuestos fenólicos, depósitos de callosa y del nivel de expresión de algunos genes de defensa (PR1, glucanasas, quitinasas).

Recientemente se investigó la contribución de *Azospirillum* en la nutrición de plantas de frutilla, logrando visualizar y estimar la distribución de los distintos elementos químicos en los tejidos de las plantas por medio de microscopía electrónica acoplada a la dispersión de energía por rayos X.

Estos trabajos comenzaron con un proyecto financiado por el Consejo de Investigación de la UNT, que nos permitió adquirir insumos básicos para realizar análisis microbiológicos e incorporar a estudiantes de grado para que realicen sus tesinas. Lo producido con este proyecto nos permitió acceder a otras fuentes de financiamiento a través de proyectos de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (PICTO, PICT), con los que conseguimos el equipamiento básico necesario para conformar un laboratorio de biología molecular, incorporar becarios



de postgrado (ANPCyT, CONICET), vincularnos con otros grupos de investigación y participar en proyectos internacionales.

Hasta el momento, en el marco de los distintos proyectos ejecutados y en ejecución, se realizaron dos tesis doctorales, con dos más en desarrollo, se completaron seis tesinas, numerosas pasantías de estudiantes de grado y posgrado, y se publicaron trabajos científicos en revistas internacionales y del país, así como capítulos de libros en editoriales nacionales y del extranjero.

Todos estos logros fueron posibles gracias al apoyo institucional recibido, lo cual me permitió crecer libremente y consolidar mi línea de investigación científica, aún en tiempos económicos difíciles.

## **Un poco de historia**

La actual Facultad de Agronomía y Zootecnia remonta sus orígenes a 1870, época en que el predio que hoy ocupa era la “Quinta Normal”, luego convertida en Escuela de Agricultura y Arboricultura y, posteriormente, en Escuela de Agricultura y Sacarotecnia.

En 1947 se funda la Escuela de Agronomía, la cual se inicia como una institución universitaria para el estudio de las Ciencias Agrícolas, según Resolución 1136 del Rectorado de la UNT, contando con un primer plan de estudios. En 1950 se aprueba un nuevo plan de estudios para la Licenciatura en Agronomía, y el 5 de noviembre de 1951 se crea la Facultad de Agronomía por Resolución N° 1278-193-951, que otorga el título de Ingeniero Agrónomo. Al aprobarse la carrera de Ingeniero Zootecnista, en diciembre de 1960, se transforma en Facultad de Agronomía y Zootecnia. A partir de 2003, atenta a la necesidad provincial y regional de contar con profesionales

veterinarios, la FAZ implementó la carrera de Medicina Veterinaria ([www.faz.unt.edu.ar](http://www.faz.unt.edu.ar)).

## **El perfil institucional de la FAZ**

La FAZ se concibe como una Institución Universitaria de Enseñanza Agropecuaria Superior, cuya misión principal es la de proporcionar recursos humanos con la aptitud y actitud científica-tecnológica y humanística suficientes para promover y sustentar el desarrollo armónico del sector agroproductivo en particular y sociocultural en general, en el ámbito provincial, regional y del país ([www.faz.unt.edu.ar](http://www.faz.unt.edu.ar)). Es una institución abierta al futuro, firmemente inspirada en principios democráticos y dispuesta a la libre expresión de ideas sustentadas en la ética, la defensa del ser humano y del medio vital en el que crece y se desarrolla mental, intelectual y espiritualmente. Está comprometida en la producción de conocimientos científicos y aportes tecnológicos que favorezcan el crecimiento armónico del conjunto social, consciente de la necesidad de actuar contra las desigualdades sociales. La FAZ busca formar profesionales críticos, reflexivos, creativos e integrales, capaces de insertarse y ayudar a la inclusión de otros en el competitivo y complejo mundo globalizado. Es una institución que aspira a constituirse en un espacio donde aquellos que se sientan comprometidos en la problemática agroproductiva se encuentren en el diálogo y el libre debate respecto de los conceptos y las metodologías que dominan la ciencia agropecuaria moderna y sean expresión lícita y fundada para la definición de sus políticas y estrategias de crecimiento.

Además de las carreras de grado, la FAZ también ofrece en el pre-grado la tecnicatura universitaria de Gestión en Calidad Alimentaria, creada en el marco de un convenio con la Municipalidad de la Ciudad de Concepción.

En postgrado existen dos maestrías: una en Ciencias Agrarias, orientación Agricultura Sostenible, y otra en Producción Animal. También ofrece el doctorado en Ciencias Biológicas, del que participan otras cuatro facultades de la UNT y dos centros de investigación del CONICET.

Además de lo académico, la FAZ extiende sus capacidades al sector productor mediante distintos instrumentos de transferencia de conocimientos y está vinculada con otras instituciones (INTA, EEAOC) para el desarrollo de tareas conjuntas, reflejando la capacidad de reacción de la universidad ante las necesidades de la sociedad de contar con profesionales idóneos en las distintas áreas de actuación en las ciencias agropecuarias.

## **Pensando en la UNT: ahora y el futuro**

Considero que la universidad debe estar siempre preparada para asumir los cambios que se producen en la sociedad y revisar permanentemente sus estructuras y métodos de enseñanza-aprendizaje hasta encontrar un modelo que responda a los nuevos requerimientos.

Para ilustrar mi actual percepción sobre la UNT, me referiré al término *diversidad*, ya sea aplicado a las plantas, animales, microorganismos o a tantos otros seres vivos y demás componentes que integran un ecosistema. Al respecto, cuanto mayor es la diversidad, mayor es su riqueza. Y los beneficios que se logren de ese sistema serán consecuencia no solo de los individuos que lo integran, sino también de las interacciones que se establezcan entre ellos.

Comparando este concepto con lo que hoy observo en la UNT luego de cien años de existencia, es que hay una gran diversidad en su composición en cuanto a recursos humanos especializados en distintas áreas, infraestructura, equipamiento para investigaciones (incluso hasta de alta complejidad), etc. Sin embargo, esa diversidad aparece

dispersa; o sea, con una baja interacción entre sus integrantes, la cual se da no solo a nivel inter e intra-facultades, sino también a nivel de departamentos y de cátedras. Por lo tanto, si no ponemos énfasis en aumentar esas interacciones estaremos dejando de lado gran parte de la riqueza que esa diversidad presenta y los beneficios que produce.

## La Universidad y los valores

En la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior de la UNESCO (París, 1998) se aprobaron las *Misiones y Funciones de la Educación Superior*, entre las que se menciona

constituir un espacio abierto para la formación superior que propicie entre otras cosas, la formación de ciudadanos que participen activamente en la sociedad y estén abiertos al mundo, el fortalecimiento de capacidades endógenas y la consolidación en un marco de justicia de los derechos humanos, el desarrollo sostenible, la democracia y la paz (Art. 1c)

y, además, en las citadas Misiones y Funciones se menciona que

Las instituciones de educación superior deben formar a los estudiantes para que se conviertan en ciudadanos bien informados y profundamente motivados, provistos de un sentido crítico y capaces de analizar los problemas, buscar soluciones para los que se planteen a la sociedad, aplicar éstas y asumir responsabilidades sociales (Art. 9b).

Sin embargo, observamos que la mayoría de los líderes que hoy gobiernan las instituciones públicas y privadas en nuestra provincia, en nuestro país y en la mayoría de los países del mundo, son egresados universitarios y aplican ciencias y tecnologías aprendidas allí, en sus universidades,

y sin embargo generan falencias y problemas contra los cuales la mayor parte de las personas a quienes deberían favorecer, tienen que luchar para sobrevivir.

La relación entre la crisis del saber tecnocientífico hiperespecializado (fragmentado) y su ceguera con respecto a los efectos globales que engendra, por un lado, y la crisis social y ecológica mundial por otro, tiene que ser el punto de partida para una reforma universitaria de responsabilización social que no sea solamente cosmética, sino una profunda reflexión sobre el significado social de la producción de conocimiento y la formación profesional de dirigentes en los tiempos de la ciencia.

Por lo tanto, la *responsabilidad social universitaria* es un elemento esencial que involucra ciertos principios o valores (personales, sociales y universitarios), que influyen en las funciones de docencia, investigación, extensión y en el desarrollo estudiantil como función social. Al respecto, F. Vallaes (2006) sostiene que la responsabilidad social universitaria es una política de calidad ética del desempeño de la comunidad universitaria a través de la gestión responsable de los impactos educativos, cognitivos, laborales y ambientales que la universidad genera, en un diálogo participativo con la sociedad para mejorar la academia y promover el desarrollo humano sostenible. Esa responsabilidad social universitaria exige, desde una perspectiva holística, articular las diversas partes de la institución en un proyecto de promoción social de principios éticos y de desarrollo social equitativo y sostenible, para la producción y transmisión de saberes responsables y la formación de profesionales ciudadanos igualmente responsables ([www.construyepais.cl](http://www.construyepais.cl)).

De la Isla (2004) señala que el quehacer esencial de la universidad es proporcionar un ambiente que favorezca el desarrollo y la realización de todos sus integrantes y, a través de ellos, beneficiar a la sociedad entera, por lo que la ética universitaria tiene a su cargo mostrar los medios y

elementos más convenientes y debidos para la construcción de ese ambiente y el cumplimiento de sus fines. De allí, considero que es indispensable que se imponga la ética del conocimiento; pero también la universidad debe reivindicar dentro de su comunidad la ética del trabajo, de manera que ejercer esa ética sea asumir la responsabilidad de actuar, y también la de responder por esa actuación.

Es por ello que deberíamos hacer de la universidad una comunidad socialmente ejemplar, lo que redundaría en un doble beneficio del aprendizaje impartido: el estudiante aprenderá en la universidad su carrera, pero también aprenderá de la universidad hábitos y valores ciudadanos, ya que la práctica cotidiana de buenos principios y conducta fecunda es lo que revela en las personas sus valores éticos, fortaleciéndolos y haciéndolos ejemplo de vida.

Sin embargo, debo destacar que la verdadera riqueza que ha logrado la UNT en estos cien años es el haber generado recursos humanos profesionalizados para todo el NOA y, en el caso particular de la FAZ, el haber transformado la agricultura tradicionalista de usos y costumbres en una agricultura profesionalizada, basada en conceptos agroecológicos, en el que se busca producir conservando el ambiente, en sintonía con la sostenibilidad de su accionar.

Mirando en profundidad a la UNT en sus primeros cien años de existencia, a sus integrantes (alumnos, docentes, no docentes y egresados), hoy nos cabe tomar posición entre ser espectadores o protagonistas con actitud proactiva ante los nuevos desafíos que surjan durante el tiempo que nos toque participar en los próximos cien años de la UNT, si lo que pretendemos es mejorar esta institución e instrumentarla como agente capaz de mejorar, a su vez, la sociedad en la que vivimos.

# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Artes

ANA CRISTINA BADESSI\*

## Introducción

Siguiendo las pautas marcadas para la serie de conferencias organizadas por nuestra universidad al cumplirse su centenario y ahora reunidas en esta publicación, *La UNT por sí misma*, comenzaré, pues, respondiendo a la sugerencia de hablar sobre los motivos que me llevaron a escoger mi especialidad, los años de formación y las personas cuya influencia más peso tuvo en mi trayectoria como docente e investigadora. Con esta invitación, que me honra, y con la mirada retrospectiva que la tarea requiere, siento la necesidad de contar cuánto ha influido en mi vida en forma positiva y gratificante mi paso por más de cincuenta años por la Facultad de Artes.

\*Licenciada en Artes Plásticas (UNT). Profesora titular de las cátedras Práctica de Taller III, IV y V-Grabado de la Facultad de Artes, UNT.

Al egresar, en 1961, de mi querida Escuela Normal, no tuve dudas acerca de hacia dónde dirigiría mis expectativas y canalizaría mis inquietudes y vocación. Soy descendiente de artistas, tanto por rama materna como paterna: el más destacado, mi abuelo materno, Enrique Mario Casella, violinista, compositor, director de orquesta, fue el maestro de importantes músicos de nuestro medio. Por el lado paterno hubo también músicos de trayectoria en el extranjero. Y fue mi tatarabuelo, Ángel Paganelli, el primer fotógrafo en Tucumán con una obra relevante. Mi padre, ingeniero geodesta, egresado de esta universidad, marcó la diferencia; pero su posible influencia no llegó a acallar la clara atracción que el arte ejerció en mí al elegir un rumbo profesional. Así, sin dudarlo, me inscribí en el entonces Departamento de Artes.

Haciendo una revisión de la historia de la actual Facultad de Artes, tenemos que remontarnos a 1948, año de su creación como Instituto Superior de Artes, durante el rectorado del Dr. Horacio Descole, con el Prof. Guido Parpagnoli como su primer director. Era esa una época caracterizada por un importante accionar cultural, canalizado a través de instituciones y sociedades del medio, como la Sociedad Sarmiento, la Asociación Sinfónica, la Filarmónica. Es significativo que nuestra casa de estudios centralizara a partir de esa fecha prácticamente todas las manifestaciones artísticas.

Músicos profesionales llegaron de Europa para sumarse a los tucumanos que ya se habían formado en un ambiente propicio en décadas anteriores. Y así nació nuestra Orquesta Sinfónica.

Y llegaron también plásticos renombrados para ejercer la docencia en los talleres del Instituto Superior de Artes, que había comenzado sus actividades en el antiguo Teatro Belgrano —donde hoy se levanta la Casa de la Cultura—, que estaba a punto de ser demolido. Las grandes figuras de la plástica que habían sido contratadas



para enseñar, como Lino Eneas Spilimbergo, Lajos Szalay, Víctor Rebuffo, Lorenzo Domínguez, Pompeyo Audivert, entre otros, trabajaban con sus alumnos en los palcos del teatro, en los pasillos, en cuanto espacio encontraran para ubicar caballetes y mesones. Todo estaba muy disperso.

Es importante señalar que el tema edilicio fue una constante que hasta nuestros días provoca más de un dolor de cabeza a las autoridades. Después del Teatro Belgrano el establecimiento pasó a funcionar en la calle San Martín al 300, en una gran casa señorial que en poco tiempo resultó chica para esa institución, ya denominada Departamento de Artes, que crecía con rapidez.

En 1964 la universidad adquirió para el Departamento de Artes, cuya dirección ejercía el farmacéutico Ricardo Somaini, el predio que actualmente ocupa en Chacabuco y Bolívar y que había sido el Convento de las Hermanas Adoratrices: enormes salones propicios para grandes grupos, donde los talleres comenzaron a funcionar con mayor comodidad; los grandes espacios verdes invitaban a reuniones de estudiantes que, mate en mano, departían con sus maestros. Este nuevo edificio nos recibió con sus propios mitos y leyendas. ¿La más conocida? La de la monjita que se había suicidado y aparecía en el sector de primer año, zona donde habían funcionado sus dormitorios.

## **Cursando la carrera**

Ingresé cuando la Licenciatura aún estaba en calle San Martín. Allí tomé contacto con Luis Lobo de la Vega (Lobito, para todos), nuestro profesor de 1.º año. Luego, Alberto Balietti, Exequiel Linares y Pompeyo Audivert, el Maestro al que aposté para que me guiara en la especialidad grabado.

Si bien yo no tuve la suerte de vivenciar los años de gloria con Spilimbergo, Lajos Szalay, Lorenzo Domínguez,

el aura de estos grandes permanecía en el ambiente y esa impronta de creatividad nos desbordaba.

La parte práctica se cursaba en tres talleres: Pintura, Escultura y Grabado. Haré memoria de mi experiencia en el Taller de Grabado, aclarando que en Pintura y Escultura se trabajaba en forma similar.

Con Audivert —sin duda, el mejor grabador argentino— los horarios eran intensivos, mucho más de lo previsto por la carrera: exigente como ninguno, trabajaba a la par de nosotros, en su propia obra y en estar atento a las indicaciones que necesitaríamos. Y nada había como ver al maestro con sus herramientas, grabando y, eventualmente, aceptando nuestra colaboración para imprimir obras suyas reconocidas por todo el mundo del arte.

Era su quehacer un verdadero estímulo a la creatividad, al conocimiento de las técnicas, una verdadera labor de artesano para llegar a brillar como artista. Sobrevolaban en el Taller las palabras del ingenioso abogado estadounidense Luis Nizer: “El que trabaja con las manos es un operario, el que trabaja con las manos y la cabeza es un artesano, el que trabaja con las manos, la cabeza y el corazón es un artista”.

Audivert no solo nos guiaba en la práctica diaria, sino que nos alentaba a mostrar nuestra producción en exposiciones y salones de arte. Él mismo organizaba eventos para difundir nuestros trabajos. Las tareas de extensión que le competen a la universidad fueron siempre parte del quehacer diario de todos los talleres.

Si bien en un momento de la historia del arte el Romanticismo intentó separar el arte de la realidad social, las vanguardias históricas destruyeron este concepto, reinsertando el arte en la vida cotidiana: las obras cumplirían un rol social y se recompondría el diálogo directo con la gente. No olvidemos que la producción artística, elaborada en estrecho contacto con la cotidianeidad, se considera una prolongación del contexto social. Para el

psicoanálisis, el arte —como actividad creativa— es un refugio privilegiado que sostiene la subjetividad ante los embates de la vida cotidiana.

Veamos ahora cómo cumplíamos *la actividad docente* que la universidad espera de sus profesores:

Al jubilarse Audivert, el Taller de Grabado siguió trabajando con las que habíamos sido sus discípulas y auxiliares. Ejerció la jefatura Ana Matilde Aybar, integrando el equipo docente Elda Sarmiento, Nilda de Pelli y yo, quienes conformamos además el grupo “4 Grabadoras Tucumanas”, que nos llevó a exponer nuestras obras a nivel nacional e internacional.

Yo había comenzado mi carrera docente al ganar por concurso un cargo de auxiliar de 2.<sup>a</sup> en el Taller de Grabado, y continué concursando hasta llegar al cargo actual de titular. En esas funciones comprobé el difícil papel del docente cuando tiene que enfrentarse no solo al estudiante promedio, sino a extremos que a veces no imaginamos: un joven talentoso pero obstinado, reacio a las indicaciones o con pocas ganas de trabajar, o alguien trabajador y constante pero de escaso talento son ejemplos de la enorme diversidad de desafíos que enfrenta todo profesor, sin distinción de disciplinas, pero que en la enseñanza del arte la tensión se agudiza por el peso de la individualidad que caracteriza a la manifestación artística.

Por eso *la docencia en los Talleres* de la facultad tiene características muy particulares: no importa cuántos sean los alumnos, el docente tiene que dedicarle un tiempo especial a cada uno de ellos; puede dar, sí, una clase introductoria general de la técnica a desarrollar, pero a partir de ese momento cada estudiante tendrá una visión propia de la obra que tiene en mente y las técnicas deberán adecuarse a las necesidades de ese trabajo en particular, para lo que será asistido por el docente, en un seguimiento personalizado. El docente debe respetar las ideas del estudiante, su potencial creativo, mientras le sugiere los

cambios necesarios para mejorar la obra, lo que a veces es una ardua tarea, teniendo en cuenta la complejidad que nos atraviesa como sujetos.

De los alumnos que transitan por los talleres, con una carga horaria considerable —cuatro horas diarias—, muchos sabrán aprovechar los recursos que van adquiriendo en la práctica, cumpliendo las rutinas del Taller, y algunos se destacarán logrando verdaderos trabajos artísticos, superando a maestros y colegas con obras de gran valía, creando nuevas técnicas y utilizando los recursos compositivos según su propia creatividad lo indique. Y saldrán así de los talleres auténticos artistas que enorgullecerán a la facultad a nivel nacional e internacional, tales los casos de Nicolás Leiva, Guillermo Storni, Sebastián López, Roberto Koch, entre otros. Están aquellos para quienes será suficiente constatar que son capaces de crear y transmitir alguna emoción pasajera, sin ánimos de cambiar la historia, pero dejando la impronta de un hacer inspirado. Muchos de ellos volcarán lo aprendido en la enseñanza primaria, secundaria o especial, porque tal vez su vocación docente supera a la artística.

Las *asignaturas teóricas* también acompañaron el que-hacer creativo. En un principio, cursábamos asignaturas en la Facultad de Filosofía y Letras. Nos maravillábamos con Néstor Grau en Introducción a la Filosofía, en Psicología General con Ricardo Moreno, en aquellas clases dictadas en el Salón de Actos de esa facultad; Estética con Edmundo Concha, que también cursábamos con los alumnos de Filosofía y Letras. En nuestra casa se dictaban las distintas Historias del Arte y Morfología con el Dr. Oscar Koch y todas las otras materias que completaron y apuntalaron nuestra formación práctica para compenetrarnos con el inmenso legado artístico de la humanidad y también para crecer en la tarea de ver cada obra que producíamos como una totalidad capaz de resistir cualquier estudio y cualquier análisis.

Un recuerdo especial para la última materia que nuestra promoción debía cursar para egresar: Historia del Arte Americano y Argentino, materia que no tenía docentes designados para encararla. Gracias a la buena voluntad del arquitecto Alberto Nicolini, que reunió un equipo de colaboradores especializados en el tema, los arquitectos Carlos Paolasso y Roque Gómez y la licenciada Celia Terán, pudimos acercarnos a “nuestra” historia del arte, dictada de manera impecable. De esa experiencia salió formada para seguir a cargo de la materia la Lic. Celia Terán.

## Investigación

Como sabemos, otro de los fundamentos de nuestra labor universitaria es la investigación. Si bien en la práctica artística cada obra producida es el resultado de un proceso de investigación (de materiales, de herramientas, de técnicas) hasta la década de 1980 la investigación como un abordaje permanente no estaba organizada ni sistematizada en nuestra facultad. Fue la Prof. Marta Medina de Santos quien convocó a un grupo de interesados en hacerlo: nos hizo participar de cursos de metodología de la investigación, dictados con la mejor disposición por el Prof. Jorge Hernán Zucchi. De allí salieron nuestros primeros trabajos teóricos, que fueron reconocidos en congresos locales y nacionales, y la tarea continuó cuando creamos el Instituto de Investigaciones Estéticas, que comenzó a publicar nuestros trabajos en revistas propias —con referato—. Convocamos a las Primeras Jornadas de Reflexión sobre el Arte, que tuvieron mucho éxito en nuestro medio, y seguimos participando en congresos con nuestros trabajos.

Con Marta Medina de Santos escribimos los libros *Aurelio Salas* (1992) y *Marta Forté* (1993), obras donde investigamos exhaustivamente la vida y obra del dibujante tucumano y de la artista textil.

Ingresamos, pues, en el sistema universitario de investigación y casi sin darme cuenta me encontré dirigiendo proyectos. Conociendo las preocupaciones de algunos colegas por los problemas medioambientales, los convoqué para investigar de qué manera podíamos, desde el arte y con el arte, hacer algo al respecto, y surgieron así sucesivos proyectos sobre arte y ecología, todos avalados por el CIUNT.

Nunca imaginamos al comenzar todo lo que íbamos a descubrir de la conjunción entre ambas disciplinas, hasta ese momento impensada: desde estudiar lo enriquecedora que la naturaleza ha sido siempre tanto para las letras, la música o la plástica, hasta considerar cómo se puede documentar el hábitat a través de un producto artístico, como ocurre con los paisajes. También consideramos la resignificación de los materiales del ecosistema, como en las obras de los escultores Rodolfo Abella y Guillermo Rodríguez, por ejemplo; investigando cómo reemplazar materiales tóxicos por otros no peligrosos; estudiando a los artistas del arte conceptual y del *land-art*, llegando hasta lo más primitivo en esta imaginería como lo es reciclar papel: fabricamos nuestro propio molino y con la colaboración de estudiantes fuimos a escuelas de diferentes ámbitos sociales y a bibliotecas populares a brindar nuestro asesoramiento para que se continuara con la práctica. Cabe aclarar que el tema ya estaba siendo investigado en sus respectivos institutos por Celia Terán y Eduardo Rosensvaig.

También los estudiantes supieron interesarse por la investigación. Así, junto con ellos, participamos de las Jornadas de Trabajos Gráficos y la Introducción a la Problemática de las Artes Visuales dictados por el Arq. Gastón Breyer y el artista plástico Osvaldo Romberg, quienes introdujeron métodos de trabajo y conceptos de avanzada que hasta ese momento no manejábamos.

Escuchamos al Prof. Juan Acha, de México, disertar sobre la “Psicología de la producción de la obra de arte”,

mientras buscábamos conectarnos con grabadores del país o del extranjero para tener oportunidad de hacer cursos de actualización en técnicas que permanentemente se descubrían e iban incorporándose a las existentes o suplantando algunas. Así exploramos temas como enfoques alternativos del grabado, gráfica digital, monotypes, litografía en zinc, el papel como medio expresivo y otras novedades que fueron sucediéndose, ampliando el espectro y modificando en muchos aspectos la idiosincrasia del Taller de Grabado. Incorporamos computadoras e impresoras, armando así un gabinete básico de arte digital. Los grabados dejaron de hacerse exclusivamente con ácidos y gubias y se incorporó la “luz” en el proceso técnico. Los resultados fueron sorprendentes: estampas llenas de color y con texturas imposibles de conseguir con las técnicas tradicionales.

## Posgrado

En la facultad, cada vez más actualizada, comenzaron los estudios de posgrado en 1993, con los cursos de la maestría en Historia del Arte, con profesionales relevantes: Rosa Ravera, Néstor Braunstein, Marta Gerez Ambertín, Celia Aiczizon de Franco, María Eugenia Valentié, entre otros. A pesar de haber completado el cursado y aprobado todos los cursos de la Maestría, por distintas circunstancias no pude llegar a formalizar mi tesis; acá debo agradecer especialmente a la magíster Guigui Flores de Molinillo, miembro de la Comisión de Seguimiento, quien llegó a corregir el primer borrador y no se cansó de alentarme a seguir, a pesar de mi decisión de abandonar el intento. Lo que sí pude hacer, posteriormente, fue la carrera Especialización en Arte Contemporáneo, acreditada por la Universidad Nacional de Cuyo.

La oferta en posgrados de la Facultad de Artes hoy suma una Maestría en Museología, la primera en nuestro

país, y hay numerosos doctorados ya realizados y otros en vías de concretarse.

Sabemos que nuestra Universidad también invita a los estudiantes próximos a terminar sus carreras de grado a incorporarse a los estudios de posgrado y/o perfeccionamiento.

## Los estudiantes

La población estudiantil, desde la creación del Instituto Superior de Artes, fue siempre diversa, heterogénea en todos los sentidos: talentos, personalidades, temperamentos, franjas etarias, procedencia. Acompañando a los maestros que se habían contratado, arribaron Carlos Alonso, Eduardo Audivert, De la Motta y otros.

Poco a poco, de todo el NOA comenzaron a llegar alumnos a Tucumán: Juana Briones, de Santiago; Pedro Molina y Hugo Machado, de La Rioja; los había de Salta y Jujuy. Variedad y diversidad en los estudiantes que poblaban los espacios físicos.

Del sur de la provincia teníamos alumnos que con enorme sacrificio viajaban para cumplir con los horarios de Taller y asistir a las clases de las materias teóricas. Comenzó a gestarse así lo que llegaría a ser el DAPA (Departamento de Artes Plásticas de Aguilares), con cursos que se dictaban en esa ciudad. En 1984 se convirtió en lo que es hoy: una carrera independiente, con el mismo plan de estudios, el mismo título, pero sus propios docentes y sus propios espacios.

Como podemos apreciar, la institución fue ampliando su horizonte y sus ofertas: se sumaron cursos universitarios, que con el tiempo y el retorno de la democracia se transformaron en carreras: Danza Contemporánea, a la que ahora se agregan Danza Clásica, Teatro, Decoración



de Interiores (actualmente Diseño de Interiores y Equipamiento), Fotografía, Técnicas de Sonorización, Música.

Caso aparte es Luthería, que nació con el Instituto de Artes como taller-escuela bajo la dirección del M.º Alfredo Del Lungo, luthier formado en Italia. Su misión era en principio reparar los instrumentos de la Orquesta Sinfónica al tiempo que se iba preparando gente para suceder al Maestro. Esto se convirtió en una opción de estudio artístico que comenzaría a ponerse en valor a través de exposiciones, a la manera de las verdaderas producciones de arte.

Este “hacer” artístico-artesanal supo conquistar la mirada de la gestión pasada, que, buscando reconocerlo, organizó la Licenciatura en Luthería, a punto de ser aprobada por el Consejo Superior de la UNT.

Concluiría estas notas, incompletas pero cargadas de emocionado agradecimiento, haciendo mía una cita de Jaime Pahissa, músico argentino fallecido en 1969:

El arte tiene que ofrecer incesantemente obras frescas, sean o no de renovadoras tendencias, copien o no estilos conocidos, sean originales o comunes, brille o no el genio de ellas y, cuando más emoción haya sabido darles el autor, más tiempo guardarán el poder de satisfacer el ansia estética del hombre. (...) es que por medio del arte, la naturaleza va transformando la materia en espíritu; lejano y último destino de la evolución del universo.

A la hora de reflexionar sobre la tarea específica de la universidad me contextúo allá por 1988, cuando asistí al seminario “Teoría y análisis del sistema universitario”, dictado por el Dr. Augusto Pérez Lindo. Ya entonces el disertante afirmaba con mucho pesar que nuestras universidades se habían transformado en “guarderías de jóvenes” y proponía una serie de medidas para tratar de revertir esa situación, medidas que tal vez no se implementaron o no dieron el resultado esperado, porque todavía la situación se

mantiene. No hemos sido capaces de lograr que los jóvenes a quienes no les interesa realmente un estudio universitario encaucen su vida hacia otras actividades laborales u otro tipo de estudio no-universitario. Pero la universidad debe contenerlos de igual manera, concentrándose en fomentar las vocaciones, en brindar docencia de primer nivel, producción de conocimiento, transferencia al medio.

Al momento de pensar qué principios y valores deberíamos transmitir a los estudiantes, destaco una vez más una frase de Juan B. Terán: “Como toda fundación intelectual, la apertura de la casa es el punto de partida de una evolución indefinida”, evolución que deberemos pensar, teniendo en cuenta los actuales paradigmas que nos instalan en un mundo muy diferente para poder proyectar los cien años por venir.

Si bien por todo un siglo la universidad ha estado iluminando a través de estos encuentros, que reflejan un balance muy positivo, los universitarios que continúen nuestra tarea deberán repensar la universidad y considerarla como una institución más globalizada. Deberán acentuar la interdisciplinariedad, tratar de escapar de los compartimientos estancos, de unificar criterios y cátedras considerando siempre y como fin último la formación integral de las nuevas generaciones.

Pienso que los valores a transmitir no deberían cambiar, si bien tal vez hemos dejado de percibirlos de la misma manera que años atrás. Creo firmemente en la aplicación de sencillas lecciones de vida que he recibido en la familia y he tratado de transmitir a mis hijos y a todos mis estudiantes: creer firmemente en lo que uno hace, hacerlo lo mejor posible, no permitir que nada ni nadie nos haga desistir de nuestros proyectos y, fundamentalmente, actuar ética y solidariamente, con generosidad, responsabilidad, humildad, altruismo y la mirada siempre puesta en las estrellas, como nos lo propuso Juan B. Terán.

## Conclusión

Y es ahora el momento de decir que me siento deudora de agradecimiento, en primer lugar, a esta universidad que tanto me ha dado, a la que he encomendado mis hijos y la que me ha devuelto una psicóloga y un ingeniero civil muy bien formados, y también a la facultad donde ha transcurrido más de la mitad de mi vida. Es que estos cincuenta años han estado repartidos entre dos instituciones: la facultad y mi familia. Ambas me han hecho muy feliz, me han hecho sentir orgullosa de pertenecer a ellas; he procurado actuar de modo que ellas también se sientan orgullosas de mí. Espero haberlo logrado. Muchas gracias, querida Facultad de Artes, muchas gracias a mis hijos y mis nietitos.

Muchas gracias a quienes escucharon con tanta calidez esta presentación y a los que ahora la leen en estas páginas.



# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Medicina

ROQUE CARRERO VALENZUELA\*

## Los comienzos

La Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Tucumán fue creada en 1951. Según la Ley 13031, se esperaba que la universidad priorizara entre sus funciones la investigación orientada a la formación profesional, y contara mínimamente con facultades constituidas por cátedras dedicadas a la docencia e institutos orientados a la investigación científica, y con departamentos capaces de albergar y coordinar la investigación de las cátedras, institutos y centros de investigación afines de una facultad, de la universidad e incluso de universidades diferentes, *al margen de las actividades docentes de cada uno*. Los antecedentes inmediatos del proyecto, de comienzos de

\*Doctor of Philosophy in Human Genetics (Oregon Health and Science University School of Medicine). Profesor adjunto del Departamento Biomédico, Orientación Genética de la Facultad de Medicina, UNT.

la década previa, quedaron enmarcados en un proceso de departamentalización que en la UNT, a diferencia de lo que estipulaba la ley, se emprendió con *finis docentes*.

Los siguientes veinte años fueron testigos de la infancia compleja de la Facultad de Medicina, incluidas sucesivas modificaciones de la Carrera. En distintos momentos, se otorgaron títulos de Médico o de Médico Cirujano, e incluso el título de Doctor en Medicina podía obtenerse mediante la realización adicional de un trabajo de investigación y de la tesis doctoral. Tuvimos planes de estudio de 6 ó 7 años con ciclos básico-preclínico y clínico, incluyendo mayor o menor número de asignaturas científicas, de cursado intensivo, de promoción directa y/u optativas, por lo común con una práctica final obligatoria, pero sin favorecer la investigación.

La Facultad de Medicina experimentó la pérdida de escuelas e institutos fundacionales, y una disminución de la investigación intramuros. Pero incorporó, eso sí, las Escuelas de Odontología —luego Facultad—, y Enfermería —cuya transformación en facultad es una deuda pendiente—, las carreras de Kinesiología y de Fonoaudiología, y la Unidad de Práctica Final Obligatoria.

El ingreso ha sido en general más o menos restricto. Actualmente, el régimen de admisión incluye un Curso de Iniciación Universitaria (CIU) que se administra simultáneamente en diferentes provincias: pruebas estructuradas de Biología, Comprensión de Textos, Matemáticas y Elementos de Física y Química, con un cupo de 240 alumnos, y atención especial a los estudiantes de áreas con particular necesidad de desarrollo, como los Valles Calchaquíes.

## **La historia reciente**

La última reforma curricular de la carrera de Médico se concretó en 1989. La puesta en vigencia del Plan '89

conllevó cambios significativos, entre ellos el énfasis en la formación de los alumnos para la atención primaria de la salud, la reincorporación de la práctica final obligatoria y la articulación de ejes vertebradores cuyo desarrollo longitudinal es más apto para la construcción de competencias complejas que la simple sucesión ordenada de asignaturas. Sin embargo, fracasó en el intento de departamentalizar las cátedras —a las que llamó “orientaciones”—, integrar horizontal y verticalmente el plan de estudios, y con ello reducir el número de espacios curriculares.

El único departamento que ha continuado trabajando desde su origen ininterrumpidamente y hasta la fecha es el Departamento de Investigación, probablemente porque al nuclear sobre todo grupos acreditados de investigación y, en mucho menor número, orientaciones/cátedras afines ha podido desarrollar sus esfuerzos de vinculación y promover la investigación sin afectar el currículum ni amenazar la carrera ni la estabilidad de nadie.

### *El Caso de Genética Humana*

La orientación en Genética, del Departamento Bio-médico de la Facultad de Medicina, nació en 1990 con la misión de contribuir al cultivo disciplinar dentro y fuera de la UNT. Sin embargo, hasta hoy no ha logrado alcanzar la institucionalización completa, lo que será quizás la causa de que una vez que yo cese en mi cargo la Orientación Genética simplemente desaparezca.

La Orientación Genética nunca tuvo un rol curricular “a su nombre” en un plan de estudios. Las ventajas de esta integración “a priori” no han sido suficientemente valoradas. Esto le ha costado a la Orientación Genética el reconocimiento institucional que se le otorga a las cátedras y a la Institución, el desarrollo pleno del proyecto académico vinculado.

Pese a ello, la integración aludida me parece aún hoy la mejor opción, siempre que los contenidos de Genética Humana y los más específicos de Genética Médica puedan brindarse, en el grado, en un contexto curricular conveniente, como Biología, Bioquímica, Patología Médica y/o Medicina General, y que exista una carrera de especialización en Genética Médica adecuadamente articulada con las demás carreras de posgrado y con la formación médica continua.

## Experiencia personal

Me detendré aquí unos momentos en mi propia historia para referirme a las circunstancias más relevantes y a las personas que me ayudaron.

Soy el mayor de los dos hijos de un matrimonio de trabajadores que nunca en su vida de casados salieron del país. Mi padre, empleado ferroviario, y mi madre, maestra, nos enseñaron a mi hermano y a mí todo lo que pudieron, y con su ejemplo de laboriosidad y honestidad nos indujeron a adoptar estándares de conducta particularmente exigentes. El resto lo aportaron una educación primaria de muy buen nivel en la Escuela Mitre y, en mi caso, la Iglesia Católica: soy cristiano por crianza y educación —hice el secundario en el Colegio Sagrado Corazón de San Miguel de Tucumán—, y desde 1972 milito en la Acción Católica Argentina, la cual me ha llevado gradualmente a serlo también por convicción.

En marzo de 1973 ingresé a la Facultad de Medicina sin examen de admisión, sin cupo y junto con unos 1250 compañeros que, como yo, esperaban poder alcanzar, tras siete largos años —fueron nueve en mi caso—, el título de Médico.

Elegido delegado por mis compañeros, participé en reuniones del Centro de Estudiantes y en diversas asam-



bleas, pese a no tener filiación política alguna, y llegué a ser públicamente amenazado de muerte por uno de mis propios pares solo por expresar mi opinión. Menos de dos años después ocurrió el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. La vida continuó para la gran mayoría de nosotros pero, trágica y absurdamente, no para todos.

Más tarde fui alumno de Carlos Raúl Landa y Juan Francisco Villalonga, quienes, desde posiciones ideológicas antagónicas, coincidieron en delinear sin palabras el modelo de médico dedicado, estudioso, experimentado, cercano y honesto que me ha guiado desde entonces. En diciembre de 1981 me gradué.

En el año de mi ingreso, 1973, había tenido la fortuna de conocer a una maestra extraordinaria, la persona que más influyó en mi carrera académica: Rita Wasserman de Cunio, a la sazón profesora adjunta a cargo de Biología, Genética y Embriología, responsable de la transformación de esa cátedra en una unidad de docencia, investigación, extensión y formación de recursos humanos que ya por entonces excedía la definición usual de cátedra.

Fue ella quien ese mismo año me invitó a entrar a la Escuela de Ayudantes de la cátedra y, un año más tarde, superado mi primer concurso de antecedentes y oposición, me recibió como auxiliar docente estudiantil. Ella fue quien, mientras yo cursaba 6.º año, me propuso especializarme en Genética —área que yo había tenido oportunidad de explorar gracias a Félix Berman, oftalmólogo, genetista aficionado y decano de los jefes de trabajos prácticos de la cátedra—.

Fue la Dra. Cunio quien gestionó para mí una pasantía del Consejo de Rectores de Universidades Nacionales y el cargo de jefe de trabajos prácticos con dedicación exclusiva que permitieron a un par de recién casados comenzar en 1983 su especialización profesional en Mendoza —mi esposa en Oftalmología y yo en Genética Médica—. Ella fue también la persona de la Facultad de Medicina que

más decididamente apoyó nuestras dos estancias en Oregon —casi siete años en total—, y la que en 1990 me hizo designar profesor adjunto de la novísima Orientación Genética, y quien en 1999 me permitió asumir la mayor responsabilidad de gestión que he tenido hasta ahora: secretario administrativo de la Facultad de Medicina.

Mi regreso de Mendoza fue ocasión para que la Dra. Cunio diera un primer paso hacia la institucionalización de la Genética en la Facultad de Medicina en 1984: la creación de la Sección Genética como entidad diferenciada dentro de la que desde hacía pocos años había pasado a denominarse cátedra de Biología. Julio Alberto Olmos fue su primer y —hasta su muerte— único coordinador. Su siguiente paso fue la creación de la Orientación Genética del Departamento Biomédico mediante mi designación como profesor. Por último, entre 2000 y 2002 ella concretó la creación del Centro de Genética Julio Olmos como dependencia de esa orientación.

*La ayuda adicional* continuaría llegando: la iniciativa de viajar al extranjero para continuar mi especialización tampoco fue mía, sino del Dr. Ángel Luis Bonatti, a la sazón gobernador del Rotary Club. La beca de la Fundación Rotaria que él gestionó para mí —mediante varios concursos de antecedentes y un par de exámenes, por supuesto— fue imprescindible para que la Oregon Health Sciences University me aceptara en 1986 en su programa de doctorado en Genética Humana y para que mi esposa y yo sobreviviéramos el primer año en Portland, Oregon. Sin embargo, no puede subestimarse el apoyo material que me brindó la Facultad de Medicina de la UNT durante el decanato del Dr. Fernández, con la Dra. Cunio como secretaria académica, tanto en 1986/1987 como en 1993/1994, esta vez para comenzar mi posdoctorado en Genética Clínica y Molecular.

## Orientación Genética del Departamento Biomédico

La Orientación Genética nació para desarrollar un proyecto académico de docencia, investigación, extensión y formación de recursos humanos, que si bien continuó el de la Sección Genética de Biología y el de la antigua cátedra de Biología, Genética y Embriología, los ha superado por completo.

En cuanto a la *docencia*, la Orientación Genética ha compartido con la Orientación Biología del Departamento Biomédico el dictado de Biología en la carrera de Médico, y aún interviene en el dictado del espacio curricular correspondiente en la carrera de Ingeniería Biomédica. Los contenidos abarcan temas de genética humana, genealogía, genética molecular, genética bioquímica, citogenética y bioética. Procuramos que los alumnos empleen con fluidez los conceptos básicos de la disciplina, que logren cierta familiaridad con las técnicas de diagnóstico más comunes y puedan interpretar sus resultados. Actualmente, los contenidos de Genética implican el dictado anual de seis clases teóricas de dos horas a mi cargo, cinco trabajos prácticos de tres horas en Medicina a cargo de personal de Biología —auxiliares estudiantiles de docencia y/o jefes de trabajos prácticos—, y un examen parcial.

En el posgrado, tuve a cargo un curso teórico-práctico de treinta horas de Genética en Anatomía Patológica, cursos teórico-prácticos de Biología Molecular en Odontología —UNT, treinta horas— y en la Universidad Nacional de Rosario —once horas—. Dirigí y colaboré en el dictado de un curso de genética médica (diecisiete horas y media) en la Universidad Nacional del Comahue. Además, dicté temas de Genética en las carreras de especialización en Medicina del Deporte y Medicina del Trabajo, y en las Maestrías en Oftalmopediatría y Salud Pública y de Bioética y genética en un curso de posgrado organizado por el Foro de cátedras de Histología, la carrera de Especialización en Anatomía

Patológica y la Secretaría de Posgrado de la Facultad de Medicina.

En cuanto a lo concerniente a la investigación, la Orientación Genética ha sido desde 1998 sede del Proyecto de Investigación Factores Genéticos en Enfermedades Humanas, subsidiado desde el principio por el CIUNT. Este proyecto comenzó como un esfuerzo de investigación básica que priorizaba la evaluación de polimorfismos genéticos como factores de riesgo en la población local, y contaba con un número considerable de jefes de trabajos prácticos de Biología en el grupo de investigación. En 2005, las circunstancias determinaron que el grupo de investigación quedara reducido a la mínima expresión, lo que me indujo a replantear el proyecto como una iniciativa de investigación en extensión aplicada principalmente al estudio de casos familiares accesibles de enfermedades genéticas que por su interés nos permitieran establecer colaboraciones con otros grupos de investigadores en el país y en el extranjero.

Así fue posible continuar tareas que antes desarrollaba el Centro Julio Olmos, enriquecer la investigación y ampliarla merced al esfuerzo conjunto con investigadores de las universidades nacionales del Comahue, Córdoba y Cuyo, de la Universidad Austral, de las universidades de Bochum, Hannover, Praga, Ottawa, Yale, Columbia, Emory y Duke, y al concurso de colegas de los hospitales de Niños y Padilla de Tucumán, Castro Rendón de Neuquén, y a la asistencia de diversos laboratorios nacionales y extranjeros.

He contado para ello con la invalorable colaboración de las médicas Ángela Sara Álvarez Sanguedolce —ex-becaria de Iniciación, ex-estudiante del doctorado en Epidemiología Genética en la Universidad de Pittsburgh y especialista en Psiquiatría—, y Constanza Eliana Lorente —ex-becaria estudiantil, ex-pasante de Citogenética Molecular en Harvard y actual residente de Patología en el CEMIC—, de la odontóloga Analía Josefina Palermo

Castaño —ex-Becaria de Iniciación, hoy especialista en Odontología Forense—, y de los estudiantes Carolina María Correa, Gabriela María Silenzi Usandivaras —hoy licenciadas en Biología—, Tristán Adolfo Antelo y Valeria Hasbani —futuros médicos—.

En lo que hace a *extensión*, la Orientación Genética recibe en interconsulta pacientes de nuestro medio y del NOA, a quienes ofrece una evaluación clínico-genealógica, el muestreo —por lo común a cargo de bioquímicas de la Orientación Biología—, la remisión de muestras con o sin previa extracción y purificación de material para análisis genéticos de diagnóstico clínico o investigación de paternidad, cuya gestión incluye la recuperación y comunicación de los resultados y el asesoramiento genético. Desde 2004 las prestaciones se han realizado sin cargo, y la Orientación se ha beneficiado por ello con donaciones de empresas privadas de nuestro medio.

Entre 2002 y 2004, la colaboración de la Dra. Abdala permitió extender la oferta asistencial por vía de concurrencia regular a los Hospitales de Maternidad Nuestra Señora de las Mercedes y del Niño Jesús, para atender gratuitamente pacientes de Genética hasta once horas semanales en total.

La extensión docente ha contado con el valioso aporte del estudiante de Medicina Tristán Adolfo Antelo —coordinador de todas nuestras acciones en tal sentido desde 2003— y de la estudiante de Biotecnología Sofía Inés Giacosa —licenciada en Biotecnología, ex-Encargada del Laboratorio del Dr. Raúl Mostoslavsky en Harvard, y estudiante de doctorado en Francia—, cuya iniciativa nos proyectó fuera de la Facultad, hacia el NOA e incluso más allá.

La Orientación Genética ha tenido por mi intermedio la oportunidad de asistir a la Justicia Provincial mediante dictámenes periciales, y a la Honorable Legislatura de Tucumán en temas como Protección de la Información

Genética y Registro Provincial de Huellas Genéticas. He colaborado varias veces con la Comisión por el Derecho a la Vida del Colegio de Abogados de Tucumán y, en diversas ocasiones, he precisado públicamente que el ser humano comienza su existencia con la formación de su primera célula. Y en la reunión anual de 1997 de la Sociedad Americana de Genética Humana en Baltimore, pude sentar en nombre de la Argentina la única posición en contra de la agenda eugénica de control global de población que muchos genetistas apoyan.

Debido a su institucionalización incompleta, la Orientación Genética nunca pudo ser el ámbito de una carrera docente ni ofrecer un programa estable de formación de recursos humanos —como una Escuela de Auxiliares de Docencia e Investigación o una Carrera de Especialización, por ejemplo—, por lo que resulta difícil medir su eficacia en lo que concierne a la *formación de recursos humanos*. Ha tenido, eso sí, pasantes, becarios y tesisas estudiantiles y graduados, y colaboradores voluntarios de muchos años. La producción acumulada refleja esta situación, y reconoce el aporte puntual de cada colaborador, alumno o graduado, perteneciente a la UNT o no, argentino o extranjero. En este sentido, no se ha hecho más que continuar una tradición vigente ya en la Sección Genética de Biología, en el marco de la cual hubo una interacción muy activa con algunos graduados, como las Dras. Fontenla y Pintos, pero sobre todo con Auxiliares Estudiantiles de Docencia e Investigación, como Mirta Esther Abdala y Silvia Adela Ávila —quienes continuaron tal interacción mientras hacían la Residencia en Pediatría, y hoy son especialistas en Genética Médica, una en Tucumán y la otra en Neuquén—, y Raúl y Gustavo Mostoslavsky —hoy profesores en las universidades de Harvard y Boston, respectivamente, quienes cada vez que nos visitan comparten generosamente sus logros y a quienes varios de nuestros jóvenes graduados deben el primer paso en sus carreras internacionales—.

Finalmente, deseo subrayar lo negativo y contraproducente de algunas políticas en lo que hace a esta función de la universidad, como la reducción de la planta de auxiliares estudiantiles a cambio de incrementar el número de cargos de auxiliares graduados y/o jefes de trabajos prácticos, la exclusión de los estudiantes como miembros plenos de los grupos de investigación, y la imposibilidad legal de hacer simultáneamente una carrera de grado y el doctorado —el “MD/PhD” de los estadounidenses, por ejemplo—.

## **La misión de la universidad, ayer, hoy y mañana**

Creada en el siglo XII como repositorio del saber, la institución universitaria ha ido adquiriendo a través del tiempo funciones cada vez más amplias y diversas, pero también ha sacrificado aspectos esenciales de su misión. Así, en el siglo XIX hizo propia la generación del conocimiento a costa de su transmisión integral; en el siglo XX se abocó a satisfacer demandas puntuales de la sociedad en desmedro de la libertad académica, y en el siglo XXI ha comenzado a servir a la globalización descuidando cada vez más la preservación de la identidad cultural de la comunidad a la que se debe primariamente.

Mirando hacia el futuro, la UNESCO ha anticipado que hasta 2020 el acceso a la información irá preparando la conciencia del hombre para su ingreso a la sociedad global; que hasta 2060 las grandes mayorías serán educadas en lo humano y en lo técnico mediante la aplicación de los medios de comunicación a propósitos formativos, y que solo entonces podrá desencadenarse el potencial creador de la humanidad. El desafío más grande será hacerlo manteniendo la diversidad de la que hoy nos enorgullecemos.

La universidad del futuro no podrá ser una torre de marfil, ni un “enseñadero”, ni una empresa de servicios,

ni una escuela del pensamiento único. Deberá integrar la enseñanza, la investigación, la extensión y la formación de recursos humanos en función del desarrollo autónomo de la población a la que primariamente sirve —la del NOA—, siempre respetando su identidad cultural. Y deberá hacerlo a un ritmo cada vez más acelerado: Salomón Schachter predijo que en 2050 la vida media del conocimiento médico será de setenta y dos días. Ello requerirá agilizar la estructura y funcionamiento institucionales, potenciar la participación, diversificar la capacidad de respuesta y optimizar la gestión.

Podemos dar unas pinceladas de la posible imagen de la universidad del futuro. La institución funcionará las 24 horas del día, los 365 días del año; hará un uso más eficaz de su infraestructura y equipamiento, y será en gran parte virtual. Habrá más carreras, que serán más cortas, la mayoría a término. Los alumnos podrán aspirar a más de un título en forma simultánea o sucesiva. Se priorizará el desarrollo de competencias y el reentrenamiento de los egresados, apoyando los sucesivos cambios que deberán hacer en su vida profesional.

Las cátedras actuales devendrán unidades interactivas estables pero abiertas de docencia, investigación, extensión y/o formación de recursos humanos, dedicadas al cultivo disciplinar. Cada miembro de lo que hoy se denomina planta docente pertenecerá a una o más de tales unidades.

Los planes de estudio cambiarán con significativa frecuencia, y los espacios curriculares obligatorios u optativos por ellos definidos estarán a cargo de miembros de una o más de las unidades de la Institución, o de profesores invitados. Tales espacios consistirán en cursos teórico-prácticos similares a los actuales, pero también en experiencias curriculares que se realizarán en el marco de proyectos de investigación, extensión y/o formación de recursos humanos. Los ámbitos para hacerlo podrán



pertenecer a diferentes unidades, facultades o instituciones, y ubicarse incluso en países distintos.

En mis cuarenta años en la institución, he tenido la fortuna de participar en varias iniciativas que me han ayudado a esbozar la visión que acabo de compartir con ustedes y a convencerme de su factibilidad, entre ellas, el Centro de Genética Médica Prof. Dr. Julio A. Olmos de la Facultad de Medicina. Este Centro aunó personal de las Orientaciones Biología y Genética —Ana María Cena, las Dras. Abdala, Fontenla y Pintos, y yo mismo—, la cartera de pacientes y el equipamiento de mi propiedad antes empleado en el Centro de Genética Médica y Oftalmología que mi esposa y yo habíamos abierto en 1997, contando con la eficaz colaboración de la Dra. Pintos, y cerrado poco antes de la inauguración del Centro Julio Olmos—, el uso de equipos de la Sección Genética y del cuarto oscuro, los sanitarios y algo del equipamiento de Biología. Ello permitió activar, a un costo mínimo en infraestructura adicional, sendos Laboratorios de Citogenética, Genética Bioquímica y Genética Molecular, un Consultorio de Genética Médica y una sala de espera.

Dirigí el Centro Julio Olmos como unidad de extensión autofinanciada dependiente de la Orientación Genética, desde su inauguración en 2002 y hasta 2004. En setiembre de ese año el Decanato lo cerró de hecho, por lo que toda su operación quedó privada de recursos propios, sin personal y sin financiamiento. Decidí entonces asumirla desde la propia Orientación Genética, lo que fue posible replanteando el proyecto de investigación mencionado más arriba, la incorporación de la extensión asistencial como parte de este y la tercerización de la mayoría de las prestaciones.

Mi vida académica en la Facultad de Medicina me ha vinculado estrechamente a dos de los departamentos creados en la reforma curricular de 1989: el Departamento Biomédico, en cuya Comisión me desempeñé en 1990

como representante de la Orientación Biología en la que yo trabajaba como jefe de trabajos prácticos, y luego en mi condición de referente de la Orientación Genética; y el Departamento de Investigación de la Facultad de Medicina, cuya comisión integro desde 1998 como director de un proyecto de investigación acreditado.

Frutos del trabajo del Departamento de Investigación han sido, entre otros, la multiplicación de proyectos de investigación acreditados, la categorización de más investigadores, la incorporación de cientos de miles de pesos en equipo al patrimonio de la facultad, y la realización anual de una reunión científica que ha convocado a investigadores no solo de la facultad, sino de la UNT, de otras instituciones e incluso de otras provincias.

La Unidad de Microscopía Espectral de la UNT surge en 2003. En base a una sugerencia planteada en el seno del Departamento de Investigación por el entonces secretario de Ciencia y Técnica de la Facultad de Medicina, Prof. Dr. Cristian Daud, y en sociedad con otros siete grupos de investigación pertenecientes a la universidad, el Sistema Provincial de Salud y la Fundación Miguel Lillo, pusimos en marcha el Proyecto 228 del PME 2003.

La Prof. Dra. Georgina Torres Nieto de Mercau y, más adelante, yo coordinamos inicialmente el proyecto, orientándolo a constituir un sistema multicéntrico de alta complejidad para realizar estudios histológicos, citológicos, cromosómicos y moleculares. Con dinero del BID, de la Provincia de Tucumán y de la UNT, logramos adquirir, montar y poner en marcha un citómetro de flujo, equipamiento principal de la Unidad de Citometría de Flujo de la UNT (UCF) —en pleno funcionamiento desde hace varios años bajo la dirección del Dr. Juan Carlos Valdez—, y una estación de trabajo de microscopía espectral para Patología y Citogenética Molecular, la de la Unidad de Microscopía Espectral de la UNT (UME), completamente operacional

desde fines de 2014 y dirigida por la Dra. Silvia Colombo de Holgado.

Entre 2005 y 2006, desde Tucumán concebimos y comenzamos a armar el Proyecto *GENRED*, una red argentina de Centros Académicos de Genética Humana que puede extenderse indirectamente a centros no académicos, y que procuraremos que crezca hasta abarcar todo el país.

*GENRED* se orienta al desarrollo conjunto de los planes institucionales de formación de grado y posgrado en Genética Humana, proyectos colaborativos de enseñanza-aprendizaje, investigación, extensión, formación de recursos humanos y desarrollo institucional, iniciativas de formación médica continua y educación pública, programas concertados de control de calidad, y actividades orientadas a la expansión de la Red.

Todo ello y la diligencia de la Dra. Ávila han permitido, además de una fluida y fructífera colaboración en lo que hace a la investigación de afecciones genéticas familiares y remisión internacional de muestras a laboratorios de referencia, concretar en 2007 la primera edición del Curso Transregional Anual de Genética Médica, que la Universidad Nacional del Comahue avaló como curso de posgrado.

Por iniciativa de la Secretaría de Ciencia y Técnica, desde hace unos años funciona la Comisión de Bioética de la UNT, integrada por representantes de varias facultades y docentes que se acercaron motivados por sus propias inquietudes, ninguno de ellos especialista en Bioética, y que se dedican a formarse mientras difunden la temática y promueven acciones concretas orientadas a la incorporación de la disciplina en la universidad en todos sus niveles. Por su pluralidad, apertura, continuidad y dedicación, esta Comisión es para mí un modelo de interdisciplinariedad proyectado hacia el desarrollo de una transdisciplina, al que solo falta incorporar especialistas formados en esta última para completar la matriz institucional indispensable

para asegurar a la bioética como disciplina un lugar en la UNT del futuro.

Para tal fin, es concebible que los Comités de Bioética que ya funcionan o están en vías de formación en distintas facultades lleguen a articularse con la Comisión y algún otro organismo aún por crear —como el Instituto de Bioética propuesto por la Dra. Cristina Bulacio—, en un futuro Departamento de Bioética.

## Los principios y los valores

En cumplimiento de su misión, la universidad del futuro deberá enfocarse cada vez más no solo en la construcción de competencias académicas y profesionales, sino en formar los ciudadanos que la Argentina y el mundo tanto necesitan, éticamente confiables, intelectualmente honestos y profundamente comprometidos con su comunidad.

El universitario del siglo XXI no deberá limitarse a realizar su propio trabajo a conciencia. Docentes, no docentes, estudiantes, egresados comprometidos con la universidad y funcionarios de carrera o políticos tendrán que verse a sí mismos como personalmente corresponsables de cumplir la misión última de la institución, que es la de servir a su comunidad.

Aunque esto valdría para todos, superada o no la inestabilidad presente y como condición para la promoción individual en las filas de la institución, la planta docente en particular deberá seguir priorizando su cuidado por la formación continua, y aún intensificarlo. Ello le permitirá adaptarse con más facilidad a las exigencias rápidamente variables de una demanda en evolución permanente.

Sin perjuicio de todo esto, el futuro hará cada vez más necesario que la universidad y la comunidad en la que ella se inserta implementen y tengan presentes ciertos principios y valores atinentes a su interrelación.

La universidad deberá mantener una conciencia operante acerca de su identidad y misión, lo cual le requerirá volver sobre ellas cada vez con mayor frecuencia para rememorarlas, resignificarlas según las circunstancias y corregir el rumbo si es necesario. Para la UNT, cuya vocación fundacional de servir a la región dista mucho en mi opinión de estar agotada, ello implicaría constituir redes de cooperación que integraran a instituciones públicas y privadas en pos de objetivos comunes, en un marco regulatorio que propendiera a la cooperación y previniera entre otras cosas la competencia innecesaria o desleal.

Semejante visión requeriría también un cambio concertado que permita una integración más eficiente de la universidad, por ejemplo, con las expresiones políticas dentro de su ámbito y con las intervenciones de las asociaciones gremiales que representan a sus miembros.

La política tiene un lugar único en la Universidad estatal argentina desde hace casi un siglo, pero aún no hemos logrado asimilarlo hasta el punto de que no pueda interferir como lo hace con la vida académica habitual; nuestra inmadurez en su ejercicio sigue causando enfrentamientos personales innecesarios y enemistades perdurables, y pone en duda nuestro potencial como escuela de participación democrática. Y los gremios no constituyen aliados ventajosos, sino molestias apenas toleradas como poco más que PYMES productoras de huelgas, sin percibir que, por su naturaleza misma, ellos pueden llegar a ser la única garantía de que los cambios de la globalización se efectúen “a medida humana”, esto es, respetando la dignidad de cada uno de los involucrados.

Y para salvaguardar la eficacia de la universidad como instrumento de su desarrollo, la comunidad deberá influir más y más sobre ella, brindándole apoyo económico, oportunidades de cooperación, demanda de servicios, exigencia traducida en estándares de práctica, y definición activa del marco cultural de la interacción, ya que una comunidad

orgullosa de su historia, que valore y cuide celosamente los tesoros culturales que tiene para ofrecer al mundo, es la mejor garantía de que su universidad cumplirá su misión de servicio sin ceder a tentaciones mesiánicas, agendas extrañas ni apresuramientos imprudentes.

# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Educación Física

DOLORES REYNOSO DE ZELAYA\*

## Introducción

Pensar sobre mi experiencia docente me resulta incómodo y emocionante a la vez. Cada recuerdo que viene a mi memoria evoca momentos, anécdotas, escenas familiares y personales en las que puedo enlazar significados válidos. Escribir o hablar sobre mi trayectoria me llega profundamente y mi experiencia universitaria se diluye un tanto ante la imposibilidad de dar cuenta de todo lo vivido. He elegido, pues, resaltar hitos significativos, cambios, reformas, considerando sobre todo lo que ha impactado a la Facultad de Educación Física.

\*Licenciada en Ciencias de la Educación (UNT). Profesora titular de la cátedra Problemática Pedagógica y Sistema Educativo, Facultad de Educación Física, UNT.

Advierto, luego de construir este relato, que ha sido mi necesidad por establecer lazos, crear puentes, establecer relaciones sociales lo que me hizo crecer profesionalmente, potenciando mi vocación por trabajar en el plano de las políticas integracionistas de la región.

## Los valores iniciales

De la mano de mi abuelo, inmigrante español, aprendí a amar la lectura, a reconocer el valor de una biblioteca. Junto a él recité poemas de Federico García Lorca. De hecho, conocía la historia de España más que la de mi país.

Toda mi formación escolar se la debo a la *educación pública*. Inicié mis estudios secundarios en la Escuela de Comercio, pero luego ingresé a la Escuela Normal Juan Bautista Alberdi, donde me recibí de Maestra Normal Nacional. Ahí me encontré con los primeros Maestros, así, con mayúscula, que influyeron significativamente en mi vida. Fue muy importante conocer al Prof. Luis Eduardo Salinas, rector de la Escuela Normal, quien me alentó para que continuara mis estudios como maestra. Y las profesoras... Ana María Sosa de Reynaga, Ana María Cipollatti, Regina de Schliserman, y también el Prof. Mario Santamarina, entre otros. Proseguí mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, en la carrera de Ciencias de la Educación.

Siempre sentí vocación por la docencia. No he dejado de observar y pensar la escuela desde muy joven y definiendo la educación pública. Ingresé a la carrera de Ciencias de la Educación, y allí mi primera Maestra fue la Prof. Josefa Margarita Sastre de Cabot, referente importante que me orientó a lo largo de mi carrera, así como en mis primeros trabajos de investigación. Digna de admirar por su formación y sobre todo por la relación que establecía con sus estudiantes, sus clases transmitían el amor por el conocimiento. Me permitió ingresar a su admirable biblio-



teca. Con el Prof. Salinas y otros docentes de la Facultad de Filosofía y Letras, se identificaban con una corriente pedagógica nacional: el Movimiento de Síntesis. Uno de sus representantes, el Prof. Gustavo Cirigliano, dictó brillantes conferencias en Tucumán.

En esos años, en el campo de la pedagogía, estaban en pugna el Movimiento Positivista y la Corriente Espiritualista. En este contexto, el Prof. Salinas, desde su mirada de la política educativa, y la Prof. Sastre de Cabot, desde la didáctica, se identificaban con un Movimiento de Síntesis, que concebía una pedagogía argentina para argentinos. También se plegaron a esta tendencia los Profs. Atilio Billone, Néstor Grau, Victoria Dappe, Mario Santamarina, José Raúl Mansilla, entre otros.

Como estudiante universitaria, me incorporé en la cátedra de Sociología de la Educación, con la Prof. Beatriz Aiziczon. Allí eran centrales el conocimiento de la realidad, la experiencia del trabajo de campo y las problemáticas sociales. Mis primeras experiencias de investigación me acercaron a la infancia: hijos de peones, trabajadores de la caña. Mi preocupación inicial fue qué hacer para que la educación llegara a todos los niños. Siempre estuve convencida de que la escuela debe ser inclusora.

Finalicé mis estudios, y con orgullo lo digo, tomé conciencia de ser la primera nieta en mi familia en obtener un título universitario.

## **La creación del Departamento de Educación Física**

El 12 de febrero de 1947, el señor interventor de la Universidad Nacional de Tucumán, Dr. Horacio R. Descole, por Resolución N° 85-130-947, creó el Departamento de Educación Física, destinado a impartir enseñanza a los alumnos de las distintas facultades y escuelas de la UNT. Una publicación de la UNT, las *Memorias 1947*, se titula

“La Universidad sale al encuentro del Pueblo” y se destaca entre sus acciones la creación del Departamento de Educación Física, cuya finalidad sería brindar servicios de actividades físicas y deporte a los estudiantes de las escuelas de la universidad. Años después tal finalidad se proyectaría a toda la comunidad.

El 11 de diciembre de 1953 se creó el Instituto de Educación Física. Su organizador fue el Prof. Enrique Carlos Romero Brest, prestigioso docente, autoridad en el ámbito nacional e internacional y representante de la Educación Física de avanzada. Fue interventor organizador del Departamento de Educación Física y el Prof. Nicolás Russo, su primer director. El 16 de marzo de 1956 se pone en vigencia el nuevo Plan de Estudios para la carrera de Profesor de Educación Física, con algunas variantes respecto del anterior. Ese año, 1956, se graduó la primera promoción de profesores de Educación Física.

## Los inicios en la carrera docente universitaria

El diario *La Gaceta* publicó una convocatoria de la Escuela de Educación Física para cubrir las asignaturas de Introducción a la Educación aplicada a la Educación Física y de Historia de la Educación aplicada a la Educación Física. Me presenté a la inscripción de interesados. Integraban el jurado los Profs. Mario Toscano, Estela Barboza de Guchea y José Raúl Mansilla.

Pasaba el tiempo, y un día me encontré con la Prof. Barboza de Guchea, destacada docente y miembro del jurado. Le pregunté sobre el resultado de la convocatoria. Me miró: “No sabemos si tu juventud va a permitir que te desempeñes en esta Escuela”, me dijo. El jurado definió el nombramiento y empecé mi carrera docente en mi querida EUDEF.

Asumí las cátedras propuestas de Introducción a la Educación y de Historia de la Educación, aplicadas ambas a la educación física, y advertí cuán imbuidas estaban las asignaturas de la corriente netamente espiritualista, sin incluir lo social. De a poco fui introduciendo cambios que se fueron afianzando lentamente.

Cuando ingresé, los profesores Juan Carlos Vildoza, Osmar Mendoza, Pedro Mario Toscano, Nardo Mercado y Beatriz Aiziczon fueron quienes me enseñaron a comprender y amar la educación física. Generosamente compartieron conmigo distintas bibliografías y su valiosa experiencia. El Prof. Juan Carlos Vildoza me traía sus libros más preciados. En esos años, los Profs. Vildoza y Mendoza eran considerados verdaderos Maestros. Recién llegada, observaba las clases de Gimnasia y me parecían tener una perspectiva muy técnica, pero luego el Prof. Vildoza me explicaba toda la fundamentación que sostenía la clase. En cambio, el Prof. Toscano representaba en la Escuela un enfoque más social. Con su apoyo inicié proyectos hacia la comunidad. Los intercambios y los cuestionamientos se hacían en esas líneas, dándoles su mayor riqueza. Los “nuevos” de la Escuela nos deleitábamos escuchándolos.

La universidad de esos años era eso, compartir el saber, ser generosos, comprometernos con la institución y con la formación de los jóvenes. Fueron años de formación y de estudio junto a esos maestros y estudiosos de la disciplina. Ya entonces se destacaba también el profesor Mario Alfredo Abaca, desde la perspectiva de la Vida en la Naturaleza.

Me impactó el tipo de cultura institucional de la EUDEF. Por ejemplo, se tocaba el timbre para marcar entradas y salidas de clase, y la estructura académica no se organizaba en departamentos y cátedras, sino más bien en asignaturas. Advertí dos perspectivas fuertes en la formación del profesor en educación física, que se fueron traduciendo en los diferentes planes de estudio de la Facul-

tad. Una línea, eminentemente práctica, es la técnica que predominaba en la formación del profesor de educación física en el plan de Estudios de los años 60, vigente hasta 1993. Era un plan eminentemente práctico, centrado en el hacer y en la técnica más que en la epistemología de la educación física.

El año 1976 es el año en que el gobierno militar interviene con fuerza y hasta con violencia en la vida universitaria. Tiempos oscuros los del Proceso. El profesor Juan Carlos Vildoza es retirado de su cargo, así como el profesor Luis Eduardo Salinas, de la Facultad de Filosofía y Letras, entre tantos otros.

La Escuela Universitaria de Educación Física cerró sus puertas y los profesores tomábamos exámenes en la Facultad de Filosofía y Letras.

## **Reapertura democrática y crecimiento institucional**

Los intelectuales argentinos estábamos en defensa de la democracia en la Argentina. El rector normalizador fue el profesor Luis Eduardo Salinas, y se designa director de la Escuela de Educación Física al Prof. Alfredo Merino.

En la década de 1980, con la reapertura democrática, la EDEF floreció, comenzando una etapa ascendente. Se registraron significativos aumentos en la matrícula. En 1981 la población estudiantil era de 281 estudiantes y en 1988 se incrementó a 683 estudiantes.

En 1984 continuaba en mi carrera docente en las cátedras a las que había accedido. Siendo rector el Ing. Eugenio F. Virla, la EUDEF ingresa como institución asociada a la UNESCO. Sin duda, un impulso singular y valioso. Era importante que la Escuela se relacionara con otros organismos y entidades del mundo. La UNESCO pone el acento en la declaración universal de los derechos humanos y en trabajar por la paz en el mundo, y es por estos conceptos

que el programa de la EUDEF hace referencia al derecho del uso y disfrute del tiempo libre.

La Escuela aceptó integrarse a las escuelas asociadas a la UNESCO. Visitó la Escuela Universitaria de Educación Física la representante de UNESCO Argentina, licenciada Esther de Zabaleta, quien facilitó mi iniciación en el campo internacional.

## **Inicios en la investigación**

Me inicié en la investigación en 1986, integrando el proyecto de investigación “Análisis y evaluación del sub-sistema de enseñanza media en la provincia de Tucumán”, y me dirigió la Prof. Sastre de Cabot. Aquí fui ahondando en la tarea del investigador, y mi primer objeto de estudio apuntó al campo de la formación docente en la escuela secundaria.

Debo destacar que en esta función de investigadora también me proyecté hacia otros campos disciplinares, siempre focalizando en cuestiones vinculadas con las ciencias sociales. Ya se discutía acerca de la importancia de conformar equipos interdisciplinarios para generar conocimiento frente a problemáticas culturales. Así, participé como investigadora en el Instituto Miguel Lillo de la Facultad de Ciencias Naturales en el programa “Procesos de cambio y adaptación en el Desarrollo Histórico y Cultural en el noroeste argentino”, cuyo director fue mi gran maestro, el Dr. Víctor Núñez Regueiro, y en el que continué hasta 2002. Fue tiempo de producción y generación de ideas frente a problemáticas de desarrollo histórico y cultural del NOA.

El Dr. Víctor Núñez Regueiro me permitió profundizar en metodologías de investigación, en perspectivas y enfoques interdisciplinarios, y me hizo advertir la importancia del trabajo de articulación entre los distintos

campos del conocimiento y la necesidad de sostener redes institucionales. Estas ideas, surgidas a finales de los 80, se iban instalando en la vida universitaria.

A mediados de los 80 fui becada por el gobierno de España: una pasantía en el Ministerio de Educación y Ciencia de España. El contacto con el Instituto de Educación Física de Madrid me permitió generar intercambios con la Escuela Universitaria de Educación Física. Me sentía cada vez más comprometida con la proyección internacional de la carrera de Educación Física y las nuevas perspectivas que había observado en Europa.

En 1988 fui propuesta como directora de la EUDEF. El entonces rector de la UNT, el Dr. Rodolfo Campero, inició un incipiente proceso democrático en la Escuela, permitiendo a los docentes elegir sus autoridades. Se envió a Rectorado la nómina de los tres docentes más votados y, estando mi nombre en primer lugar, como docente con mayor número de votos, fui designada directora de la EUDEF. Por primera vez, los docentes participábamos en la elección de las autoridades de la EUDEF, hasta entonces designadas directamente por el Rectorado. En segundo lugar figuraba el Prof. Luis Menin, a quien solicité que me acompañara en la gestión como secretario académico.

### **Consolidación en la gestión de la escuela. Directora normalizadora de la Escuela Universitaria de Educación Física (período 1988-1994)**

Me desempeñé como directora de la EUDEF en el período 1988-1994. Todo lo logrado en aquel período no habría sido posible sin el apoyo sostenido de todos los profesores que me acompañaron en esos años difíciles en los que los movimientos iniciales que imprimieron el modelo económico y social del neoliberalismo alteraron la

identidad de la estructura universitaria. Quiero destacar el apoyo académico y financiero del Dr. Rodolfo Campero.

Lo primero que hice al asumir como directora fue suspender el timbre que se seguía usando para el cambio de hora. Pusimos la mira en la Escuela, centramos todos nuestros esfuerzos y proyectamos una organización más ligada a las características propias del nivel universitario. Como notas sustantivas que imprimimos en la gestión puedo mencionar que:

- 1) Se definieron nuevos lineamientos para las prácticas institucionales.
- 2) Se pusieron en funcionamiento dinámicas más democráticas que acompañaran la toma de decisiones.
- 3) Se recuperó el lugar de la Escuela como productora de conocimientos reflexivos y críticos y como transformadora de las prácticas sociales instituidas.
- 4) Se profundizaron los niveles de participación y de comunicación intra-institucional e inter-institucional, superando la tradición del trabajo institucional aislado.
- 5) En ese sentido, las acciones sustantivas que se realizaron fueron:
- 6) Creación del Consejo Asesor con la fuerza de Consejo Directivo.
- 7) Organización de cátedras para el desarrollo de las disciplinas y asignaturas.
- 8) Normalización de las cátedras a través de concursos. Habían pasado veinte años sin que los docentes concursaran sus cargos.
- 9) Se incrementó la planta docente: de 73 docentes se pasa a 143, y se aumentó la cantidad de dedicaciones.
- 10) Se reformó el Plan de Estudio, que era del año 1962. Para ello se imprimió un trabajo sostenido a través de comisiones curriculares, sin precedentes en la escuela, y así avanzamos y logramos el Plan de Estudio

del año 1993. Se crea en esta oportunidad la Licenciatura en Educación Física.

- 11) El Plan de Estudio de 1993 fue un cambio significativo en cuanto focalizó la formación del profesor buscando un vínculo sostenido entre la teoría y la práctica.
- 12) Se creó el Departamento de Graduados, cuyo propósito inicial fue fortalecer la formación continua de los egresados. Desde ese departamento se dictó una diversidad de cursos de actualización.
- 13) Se reabrió el Departamento de Educación Física con acciones de extensión y proyección a la comunidad. Se realizaron programas especiales de verano para la comunidad con servicios de gimnasia, natación, atención a personas con necesidades educativas especiales, problemáticas de motricidad, colonia de verano, apoyo a entidades del medio, Hospital Obarrio, Colonia de Menores, funcionamiento de la Escuela de Buceo y actividades subacuáticas, entre otras acciones.
- 14) El Departamento de Educación Física trabajó con diferentes empresas del medio con esa concepción de servicios que imprimió la Ley de Educación Superior. Ganamos convocatorias de venta de servicios con TELECOM, SCANIA, entre otras.
- 15) Reinició sus funciones el Gabinete de Evaluación, con la coordinación del Prof. Mario Toscano.
- 16) Se participó en el Proyecto Universitario de Promoción Comunitaria (PUPC), cuyo director fue el Dr. Carlos Fernández, con variadas prácticas deportivas y recreativas a cargo de la Prof. Cristina Parajón. Propuestas de proyección de la educación física en ámbitos rurales.
- 17) En relación con la publicación, en esta gestión se vuelve a reeditar, después de 15 años, en julio de 1992, la revista *Gymnos*, que estaba suspendida. También nos suscribimos a otras revistas nacionales



e internacionales: por ejemplo, la revista española *Perfiles*.

- 18) Se organizaron eventos científicos de diferente alcance: regional, nacional, internacional. Era claro nuestro propósito de hacer trascender las tareas de la EUDEF proyectándonos a nivel nacional e internacional.
- 19) Participamos en intercambios científicos y tecnológicos en el campo de la educación física a través de la Asociación Nacional de Escuelas de Educación Física y el Deporte en España, Francia, Bélgica y Alemania.
- 20) En el plano internacional, se tomó contacto con universidades que ofrecían la carrera y con académicos prestigiosos. Producto de estas acciones fue el Congreso Internacional de Educación Física en Tucumán, al que me referiré más adelante.
- 21) Realizamos el III Encuentro Latinoamericano de Directores de Escuelas de Educación Física y Deporte.
- 22) Se recuperó infraestructura edilicia y se construyeron estructuras nuevas con presupuesto y licitaciones del rectorado.
- 23) Se logró organizar la estructura académica y administrativa adecuada a los requisitos y criterios de funcionamiento de la universidad.

En el proyecto de nuestra gestión estaba la idea de convertir la Escuela en facultad. Creo que sentamos las bases que prepararon a la EUDEF para transformarse en facultad.

### **Proyección de la Escuela Universitaria de Educación Física en procesos de integración regional, nacional e internacional**

En 1995 participamos en el Foro Mundial de la actividad física y el deporte, en Quebec, Canadá. Surgió allí

como tema central la necesidad de generar marcos jurídicos que regulen y sostengan programas con la práctica de deportes y actividad física para mejorar la calidad de vida en toda la población. La discusión giró en torno a la incidencia del deporte y la práctica de actividad física en la mejora de la salud de la población. Hoy esta discusión está superada, habiéndose llegado a conclusiones rotundamente positivas.

En 1995, el señor rector, Dr. César Catalán, me designó representante de la UNT para integrar el grupo de Argentina en el Proyecto de Formación de Recursos Humanos para América Latina y el Caribe en el campo de la Educación Física. Esta designación permitió a la Escuela Universitaria de Educación Física participar en los Congresos Panamericanos realizados en distintos países de América Latina (Perú, Chile, Venezuela, Ecuador, Brasil, Panamá). Un grupo de colegas de la escuela, que me incluía, tuvimos el gusto y el honor de representar a nuestra casa en esos foros internacionales.

En 1996, en Barquisimeto, Venezuela, se llevó a cabo el Primer Congreso Internacional Panamericano de Mujer y Deporte. En ese Congreso presentamos en coautoría con la profesora Cristina Parajón la ponencia “La Mujer y el Deporte en Tucumán”. El estudio consistía en verificar hábitos deportivos de la mujer entre los 15 y los 50 años.

En 1997 se realizó en Quito, Ecuador, el Congreso Panamericano de Educación Física y se aprobó una moción relevante para la UNT: el II Congreso Internacional de Educación Física, Deporte y Recreación para la Mujer se realizaría en Tucumán. Para nosotros, organizar ese evento de alcance internacional fue realmente un orgullo y generó un espacio de reflexión, de comunicación, de investigaciones, centradas en la incorporación de la mujer en la práctica de la educación física en nuestra provincia. Fue signo del inicio de un camino que hoy ya está consolidado. Lo prueba el hecho de que en nuestro país, por primera vez, se pensó en

una secundaria con orientación en Educación Física. Y que hoy contamos con diversos espacios públicos habilitados y condicionados para que toda la población acceda a esta práctica. El Congreso, en el que participaron representantes de México, Venezuela, Chile, Brasil, Ecuador, Perú, etc., así como de España, Bélgica y otros países, se realizó durante la gestión, como director, del profesor Mario Abaca, a quien acompañé como miembro de la coordinación general de dicho evento.

En 2001 la Prof. Cristina Parajón y yo representamos a la Argentina en el Movimiento Internacional Arco Iris. Impulsamos la concreción del Programa de Intercambio de Jóvenes del movimiento internacional Arco Iris, financiado por la Unión Europea, desde la EUDEF. Se eligieron jóvenes provenientes de diferentes países, con el objetivo de mejorar la calidad de vida a través de la práctica de la educación física. La Unión Europea nombró una delegación de estudiantes (Alemania, Francia, España, Portugal, Grecia, Italia) que intercambiaron visitas con nuestros estudiantes.

Profesionalmente me fui afianzando en el campo internacional, al tiempo que continué con los estudios en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNT en Relaciones Internacionales. El director del IDELA, Prof. Dr. Jorge José Torres, me dio la posibilidad de ingresar a su equipo, tarea que llevé a cabo como extensión de mi cátedra de la EUDEF. Así, cumplí tareas de asesoría pedagógica en los primeros cursos de portugués que se dictaron en la Facultad de Derecho, con alto impacto en la comunidad universitaria y a nivel local. Además, comencé a dictar los primeros cursos de Mercosur Educativo en la provincia de Tucumán. En ese marco participaron diferentes académicos de prestigio a nivel nacional, entre los que destaco la participación del Dr. José Luis Coraggio, ex-rector de la Universidad General Sarmiento.

Estudiar Relaciones Internacionales fue muy importante para mi desarrollo profesional. Como parte del pro-

grama de estudio realicé dos pasantías significativas muy positivas: una fue en la Embajada Argentina en Santiago de Chile y la otra consistió en otra pasantía en el consulado argentino de San Pablo, Brasil.

## **La transformación de la escuela universitaria a Facultad de Educación Física**

Proyectarme hacia experiencias que superaron las fronteras de lo disciplinar y lo territorial fue fuente de inspiración y consolidación profesional. Siempre trabajé para la transformación de la Escuela Universitaria en facultad, lo que se concretó durante la gestión del profesor Mario Abaca, y la Escuela Universitaria de Educación Física pasó a ser la primera Facultad de Educación Física en la República Argentina.

Durante el decanato del profesor Mario Abaca se afianzó el Postgrado, poniendo en funcionamiento, en articulación con la Universidad de Salamanca, el primer Magíster en Educación Física. Paralelamente, iniciamos la elaboración del diseño curricular de la Maestría de Educación Física y Calidad de Vida, que se abre en la facultad entre 2009-2010, como parte del Comité Académico de esa carrera. Realizamos experiencias entre cátedras: por ejemplo, la cátedra de Problemática Pedagógica y Vida en la Naturaleza y la de Educación Ambiental, participando con los estudiantes en un proyecto denominado “Mejorando la calidad educativa en las escuelas de Alta Montaña”.

Representé a la Facultad de Educación Física en el Consejo de Relaciones Internacionales de la UNT, potenciando la oportunidad de brindar becas a nuestros estudiantes dentro de los programas SCALA y GYMA.

Debo destacar el profundo compromiso de la actual decana, la Prof. Susana Villarruel, con el fortalecimiento del Postgrado y los avances en el campo de la investiga-

ción. La facultad cuenta hoy con proyectos evaluados y aprobados en el marco de las políticas implementadas por el CIUNT. Se firmaron numerosos convenios, entre los que debemos destacar el de crear un Centro de Evaluación de Alto Rendimiento con el Comité Olímpico Argentino.

A nivel de gestión institucional, se modernizó la estructura edilicia y se informatizó el área administrativa. La revista *Gymnos* se encuentra digitalizada en la página de la facultad para consulta de toda la comunidad. Se avanzó en la publicación de trabajos científicos y de tesis, entre otros aspectos.

El trabajo con proyectos de voluntariado se ha consolidado. Se destaca que estos proyectos están orientados a las prácticas de deportes y actividades físicas para sectores de alta vulnerabilidad.

Como política universitaria, nuestra facultad adhirió a la posibilidad de que el personal no docente realice la Tecnicatura Superior en Gestión Universitaria y que continúe estudios secundarios y superiores.

La educación física hoy es un campo complejo, ya no limitado a prácticas de actividades físicas en un espacio definido, como lo fue en sus orígenes la escuela, sino que se valoran otros espacios y otros tiempos para desarrollar la actividad física y deportiva. Recientemente, nuestra sociedad ha tomado conciencia de que la práctica deportiva se vincula plenamente con la salud, la recreación, el cuidado del medio ambiente; en definitiva, con mejorar nuestra calidad de vida. Estos son los aspectos que debemos revisar en los nuevos diseños curriculares de la carrera.

## **Nuevos compromisos y desafíos actuales**

A lo largo de la historia de las universidades siempre existió la tensión acerca de qué le ofrece la universidad a la sociedad. Creo que esta discusión debe mantenerse viva,

y debe resignificarse y actualizarse continuamente. Es una pregunta que debe interpelar nuestra tarea como académicos, como profesores, como intelectuales responsables de las instituciones democráticas. La universidad debe trascender en lo que brinda a la sociedad, en dar respuestas a las problemáticas que estructuralmente afectan a ese entramado que nos contiene y determina.

Creo que hay una idea que marcó la creación de aquel Departamento de Educación Física: “la universidad sale al encuentro del pueblo” y esto tendríamos que recuperar hoy. El principal desafío de la FACDEF como actor político y social trascendente será, sin lugar a dudas, tender un puente hacia nuestra sociedad. Llevar *universidad, educación y conocimiento* adonde no los hay, ya que la legitimación social de la universidad permitirá enfrentar los crudos desafíos de estos tiempos, sobre todo el de *la inclusión social*.

Si entendemos a la educación superior como un *bien social y público*, y al Estado como el principal responsable de su gestación, es inevitable concluir en que la igualdad de oportunidades es el principal reaseguro para llevar desarrollo, progreso e inclusión a la mayor parte de nuestros ciudadanos.

Estoy firmemente convencida de que la *universidad* no es solo el tramo del sistema educativo donde los jóvenes se gradúan y certifican su futuro profesional. La *universidad* debe ser la garantía de la igualdad de oportunidades de hecho, donde la tecnología sea factor de socialización y no de exclusión, y en donde la idea de *bien público* sea una realidad.

Además, insisto en la importancia de tender lazos y puentes entre distintos campos disciplinares. Es tiempo de romper la lógica de la disciplina aislada. Con cien años cumplidos, tenemos suficiente experiencia de trabajo interdisciplinario como para avalar la riqueza que tal abordaje al conocimiento significa.

Por otro parte, tender a la integración regional y la proyección nacional e internacional deben ser metas a consolidarse. Que profesores y estudiantes se enriquezcan con otras experiencias, agudizando su sensibilidad a los cambios de la sociedad.

¿Cuáles son, pues, los desafíos que la formación universitaria debe afrontar en el actual contexto?

Creo que debemos volver a discutir acerca de la necesidad de flexibilizar la curricula, abrir los múltiples campos profesionales de las carreras al abordaje interdisciplinario. Analizar experiencias innovadoras en cátedras universitarias integradas regionalmente y desde ahí, generar trabajo cooperativo promoviendo el intercambio de información, conocimientos y experiencias acerca de la realidad institucional del nivel universitario al nivel regional y nacional. Orientar las prácticas de investigación en relación a responder a problemáticas locales y regionales. Creo que es necesario recuperar la experiencia de vivir la universidad desde adentro, implicados, comprometidos, pero también proyectando la sociedad que queremos construir.

Cuando esta presentación fue leída en el Ciclo que organizara la Comisión del Centenario de la UNT, me dirigí a cada uno de los presentes, colegas, compañeros, autoridades, profesores, estudiantes, egresados, no docentes, público en general, reconociendo en muchos de ellos el haber puesto al servicio de la Facultad su generosa acción.

Quiero expresar, a través de estas líneas, mi agradecimiento a quienes lean estas páginas y mi apuesta al crecimiento de nuestra casa de estudios. Tengo la mayor esperanza puesta en la juventud que la transita.

Para finalizar, quisiera compartir un fragmento de una carta que el Dr. Juan B. Terán en abril de 1921 dirige al Dr. José Ignacio Aráoz y demás colegas de la UNT:

La mayor esperanza es que podamos mezclar otra vez, muchas veces, nuestro esfuerzo, al calor de los recuerdos comunes, antes de la hora melancólica en que las luces

comienzan a apagarse, como invitando al sueño, en otras obras, cuyo tema siga siendo el del lema fundador: Los pies sobre la tierra, la frente hacia las estrellas.



# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Ciencias Naturales

ALFREDO GRAU\*

## Los primeros cincuenta años

*1914: Cuando se fundó la Universidad Nacional de Tucumán, la concentración de CO<sub>2</sub> de la atmósfera oscilaba alrededor de 300 ppm, apenas un 10% más que la concentración que existía a comienzos de la revolución industrial, y que había permanecido relativamente constante durante milenios. La Argentina, que apenas producía petróleo y casi no tenía automóviles, vendía sus granos a un mundo cuya población se acercaba a dos mil millones de habitantes y estaba liderado económicamente por Inglaterra. Mientras tanto Tucumán, con 332 000 habitantes, vendía su azúcar al resto de la*

\*Doktor der Naturwissenschaften, Fachbereich Biologie der Universität Hamburg, Alemania. Profesor asociado de la cátedra Biología Vegetal, Facultad de Ciencias Naturales, UNT.

*Argentina. Buena parte de los bosques y selvas de la llanura tucumana ya habían sido transformados, principalmente para el cultivo de la caña, o talados intensamente para obtener energía para los ingenios. Sin embargo, en las montañas extensamente cubiertas de bosques y selvas abundaban todavía el cedro, el nogal, el lapacho y otras maderas valiosas. Los últimos jaguares y tapires recorrían esos bosques, escapando de los cazadores. En los pastizales de las laderas más altas del Aconquija y las Cumbres Calchaquíes, tropas de guanacos y de tarucas pastaban al lado de rebaños de ovejas y vacas. La palabra ecología no formaba parte todavía del lenguaje académico, ni en la Argentina, ni en casi ninguna universidad del mundo.*

Tucumán es como es por la caña de azúcar y la industria azucarera. La UNT fue también un subproducto de esa industria y de los intelectuales que estaban o que surgieron alrededor de ella. Miguel Lillo fue uno de esos intelectuales. Ya antes de la fundación de la UNT había comenzado sus estudios sistemáticos de la naturaleza. Luego, desde la UNT, creó el núcleo intelectual y físico inicial para las ciencias naturales. Miguel Lillo, en gran medida autodidacta y sin estudios universitarios, fue el emergente de una sociedad que había crecido con los recursos generados por la industria azucarera y con la visión de insertarse más en el mundo. Un ejemplo de la visión estratégica de esa sociedad fue la creación de la Estación Experimental Agrícola (actual EEA Obispo Colombes), la primera en su tipo en la Argentina y América Latina. El comienzo del estudio de la naturaleza y las ciencias naturales fue aparentemente más romántico y aventurero, y menos racional. Tal vez porque la naturaleza de Tucumán y en mayor medida la de las Yungas y del Chaco, en el norte argentino, parecía a todas luces extensísima e interminable. Algunos abanderados de las ciencias naturales de entonces son a nuestros ojos personajes casi mitológi-

cos: Stewart Shipton, primer intendente de Concepción, promotor del fútbol local, cazador, coleccionista de aves embalsamadas y único administrador de ingenio que tuvo una casa de descanso a 2700 m de altura en las laderas del Aconquija, cerca de La Ciudadita incaica. A lo largo de la senda rumbo a esa casa de Shipton, muchos naturalistas coleccionaron decenas de especies de animales y plantas, por primera vez para la ciencia. Por allí cabalgó Carl Rudolf Schreiter, alemán arribado a la Argentina en 1901, empleado en contabilidad de empresas, hasta su interacción con Miguel Lillo a comienzos del siglo xx, cuando fue curador y, a partir de 1931, director interino del Museo de Historia Natural de Tucumán (futuro Instituto Lillo). Formaba parte del equipo de campo de todos estos naturalistas, Miguel Lillo incluido, una escopeta o un fusil.

El primer medio siglo que podríamos considerar “de Oro” de las ciencias naturales en la UNT comienza a cerrar con Horacio Descole. Doctor en Farmacia, interventor y rector de la UNT (1946-1955), Descole tenía también una visión estratégica. Contrató numerosos académicos, varios de ellos refugiados de la posguerra europea, que pusieron al Instituto Lillo en el mapa de la academia mundial, y sus publicaciones pasaron a ser referencia preferencial de la botánica y zoología sudamericanas. El impacto fue especialmente sólido y duradero en el campo de la zoología, con representantes como Claes Olrog (aves), Abraham Willink (insectos), o más tarde Raymond Laurent (reptiles y anfibios), y sus discípulos, quienes dejaron una huella continental durante la segunda mitad del siglo xx y hasta el presente. Por otro lado, Descole planteó un crecimiento edilicio en una escala que el tiempo mostró insostenible. Las obras arquitectónicas monumentales inconclusas que dejó tuvieron un correlato bibliográfico: El *Genera et Species Plantarum Argentinorum*. Esta publicación intentó ser una enciclopedia que describiera e ilustrara todas las especies de plantas de la República. Comenzando en 1943,

se editaron cuatro tomos, de unos treinta proyectados, cada uno con cientos de ilustraciones de gran valor científico y estético. Cada tomo, con entre 300 y 600 páginas, de unos 80 x 60 cm, 15 a 20 kg de peso, exige una mesa entera y libre para ser consultado y constituiría probablemente la publicación botánica más bella (e impráctica) que se hubiera editado en la Argentina. Intentaba emular a la *Flora Brasiliensis* (1840-1906), monumental e igualmente impráctica hasta que Internet la pusiera al alcance de todos.

Aunque pueda discutirse, tal vez el naturalista individual más influyente de esos primeros cincuenta años “de oro” de las ciencias naturales, en los cincuenta años siguientes para la UNT y la región, fue precisamente un naturalista buscador de oro y otros metales. Abel Peirano, farmacéutico de formación, encargado de la sección Botánica del Museo de Historia Natural (futuro Instituto Miguel Lillo), recorrió en la década de 1940, con su mula, las montañas de Tucumán y Catamarca en busca de riquezas geológicas, y las encontró. Peirano, como Lillo, Shipton o Schreiter, recorrió la región como un naturalista integral, coleccionando plantas, animales y rocas. Sus descubrimientos y acciones tuvieron un rol trascendental en la explotación de la riqueza minera de la región. Si esas riquezas fueron y serán utilizadas sabia y castamente por la UNT, la sociedad de la región y el estado argentino, es un tema importante a discutir profundamente, pero fuera del objetivo de estas páginas.

## Cuatro décadas en la UNT y casi una fuera de ella

*1964: La concentración de CO<sub>2</sub> atmosférico alcanzaba unas 320 ppm (hacia cuatro años que había empezado a ser medido de manera sistemática en la cumbre del volcán Mauna Loa, Hawaii). Argentina, con una industria automotriz activa y mayormente autosuficiente en petróleo,*

*aunque a menores precios relativos que en 1914, vendía sus granos al mundo, que superaba los tres mil millones de habitantes y era liderado económicamente por Estados Unidos. Tucumán, con 750 000 habitantes, tenía problemas para vender su azúcar al país, y la caña de azúcar alcanzaba en la década su máxima superficie cultivada. Por otro lado, sus limones eran intrascendentes económicamente. Los bosques en la llanura tucumana eran cada vez más escasos, transformados, e insuficientes para abastecer de maderas nobles o combustible, mientras que los bosques en las montañas se mantenían en bastante buen estado. En cambio, los dos grandes mamíferos tropicales, el tapir (anta) y el jaguar (tigre), habían desaparecido dejando solo rastros en la geografía (Anta Muerta, Laguna La Tigra). Las tarucas, que en otras épocas también dieron el nombre al paisaje (Taruca Pampa), habían desaparecido de la llanura y eran muy raras en las montañas. Los guanacos, en cambio, seguían huyendo, en tropas nutridas, de los cazadores por los filos y las quebradas altas. En Estados Unidos, dos años antes, en 1962, Rachel Carson había publicado su libro Primavera Silenciosa, que se estaba transformando en una especie de biblia ambientalista, a la vez que la ecología invadía los ambientes académicos del mundo.*

Aunque suene redundante, la experiencia en el colegio secundario es clave para la etapa universitaria y la orientación en ella. En ese sentido, mis años en el Gymnasium Universitario (1966-1974) fueron el agregado ideal para una vida que ya tenía, por razones familiares, mucha afinidad con los valles y montañas del NOA y su naturaleza. Los condimentos de un bachillerato humanista —como las clases de Historia y Geografía con Perico González; Lengua y Literatura con Roberto García, la Pirucha García de De Mitri y José María Bruguera; o Filosofía y Lógica con Lito Schkolnik— no interfirieron en absoluto. Quevedo,

García Márquez o Borges no están contraindicados para las ciencias naturales; mucho menos Horacio Quiroga.

La orientación inicial hacia la agronomía me la dio el Dr. Francisco Barbieri, amigo de la familia y de alguna sufrida caminata en las montañas. Desde el mundo que él caminaba a sus anchas, el de academia y laboratorio, me sugirió que tener una alternativa de trabajo “liberal” (mejor agrónomo o bioquímico, dijo) era un buen reaseguro en una Argentina siempre complicada en lo económico (se avecinaba entonces lo que se conoció como “El Rodrigazo”). La Facultad de Agronomía y Zootecnia había sufrido algunas trágicas purgas políticas, pero felizmente para mi generación (1975-1981) seguía teniendo un plantel docente excelente en muchos campos, y particularmente en las ciencias básicas. El “retorno” hacia las ciencias naturales “puras” empezó muy temprano en agronomía, ya que el profesor titular de Botánica General en la Facultad de Agronomía, el Ing. Agr. Lionel Giusti, dictaba también Botánica General en la Facultad de Ciencias Naturales. En el laboratorio de Giusti encontré el sabor especial de la biología de las plantas y me familiaricé con los trabajos de los grandes botánicos argentinos, muchos de ellos ingenieros agrónomos.

En el Instituto Lillo las charlas, algunas interminables, con el Dr. Federico Vervoorst, geólogo de formación y probablemente el mejor botánico de campo en los 60 y 70, y el Dr. Peter Seeligmann, me dieron, respectivamente, una visión de la geografía de las plantas y de las plantas por dentro. También en esos tiempos fue especialmente motivadora la interacción con Stephan Halloy. Belga por nacionalidad y tucumano por adopción, Halloy era entonces, y es todavía, un digno heredero de aquellos primeros naturalistas lilloanos, sin el fusil, y en su lugar parecía llevar un ejemplar de *Primavera Silenciosa* bajo el brazo. Con el entusiasmo de la vuelta de la democracia y liderados por Halloy, se llegó a presentar en el congreso de la Nación

(1984) una propuesta de protección integral para todas las montañas de Tucumán, que incluía sectores de Catamarca y Salta aledaños, retomando viejas ideas que ya habían sido planteadas por la generación fundadora de la UNT. Todo fue infructuoso.

Una comparación bastante simple de fotografías tomadas décadas atrás por distintos autores me permitió detectar que los bosques aliso de las montañas de Tucumán estaban en franca expansión. Esta observación, publicada en 1985 y confirmada en décadas siguientes por trabajos de varios colegas, usando fotografías aéreas e imágenes satelitales, fue muy estimulante. Era una muestra de que las tendencias negativas de transformación, descritas por Carson y tantos otros, no son siempre un destino ineludible. Curiosamente, mi entusiasmo no fue a veces compartido por algunos: “Eso no puede ser cierto”; “Eso nos quita argumentos para defender los bosques”. La deforestación, inexistente en la mayoría de las montañas tucumanas, es un útil chivo emisario, responsable, según muchos, de las inundaciones que de tanto en tanto afectan la llanura y que, en cambio, en más de un caso obedecen a la urbanización desordenada y sin planificación. Cabe agregar que, si se deforestaran las montañas tucumanas, la situación probablemente sería mucho peor.

La estadía como becario del Servicio Alemán de Intercambio Académico en la Universidad de Hamburgo, Alemania (1985-1988) fue una agradable excursión a la investigación sin las limitaciones materiales que caracterizaban a la Argentina de esos años. Fue también una buena enseñanza para reconocer que, aún sin limitaciones de recursos científicos, las plantas tienen su tiempo biológico para crecer, que los experimentos no reflejan necesariamente la realidad y que uno puede no entender los resultados. Un par de visitas a Berlín me permitieron un inolvidable y fugaz pantallazo de la República Democrática Alemana, autodenominada el “real socialismo existente” (*der real*

*existierende Sozialismus*), cuyas alambradas de púas, guardias y perros de policía recordaban demasiado a nuestro “proceso” militar en los meses previos a su sorprendente (y por muchos todavía no bien comprendida) desaparición, tras la caída del Muro.

La vida en Nueva Zelanda (1991-1995), trabajando en el Invermay Research Centre, me permitió una visión diferente de las plantas y la agronomía sudamericana, y de cómo la inventiva de los granjeros puede revolucionar la producción y la economía de un país. Fue una sorpresa conocer allí, en Nueva Zelanda, cultivos sudamericanos que eran desconocidos o simplemente despreciados (y en algunos casos todavía lo son) en las facultades de agronomía sudamericanas. Pero tal vez más valiosa fue la comparación social, política y económica. Nueva Zelanda es como la Argentina y, más aún, un país agrícola ganadero alejado de sus principales mercados. Como la Argentina, tuvo en Inglaterra su socio y mercado excluyente hasta la segunda guerra mundial, a Estados Unidos como su socio mayor en la segunda mitad del siglo xx, y al sudeste asiático y China como principal mercado en la actualidad. Como la Argentina, fue influida fuertemente por varios de los “ismos” que circularon desde el siglo xix en adelante, el estatismo y el neoliberalismo, en particular. A diferencia de la Argentina, sin embargo, nunca se dejó bambolear tanto. Logró ya hace tiempo una sociedad sin pobreza, austera, modesta, respetuosamente nacionalista solo cuando de rugby se trata, que cualquier observador externo calificaría de socialista, fuertemente protectora de la naturaleza, y en la que florece una dinámica capitalista innovadora y emprendedora envidiable.

Las últimas casi dos décadas de mi trabajo en la Argentina podrían separarse en dos campos. Uno de ellos enfocado en el estudio del yacón, un cultivo nativo de los Andes y de la propia Argentina, que curiosamente muchos argentinos desconocen y que yo conocí por primera vez en



1991 en Nueva Zelanda. Formando un grupo multidisciplinario amplio de investigadores y becarios, con el especial liderazgo de las Dras. Sara Sánchez y Susana Genta y el Dr. César Catalán, hemos podido precisar y cuantificar moléculas activas, propiedades y potencialidades alimenticias y farmacológicas en el yacón y sus parientes silvestres, que quizá le reserven un futuro agronómico y económico mucho más importante que el actual. Si existe, ese futuro está al lado de productores y empresarios dispuestos a invertir, trabajar y esperar, en una Argentina tantas veces demasiado incierta.

El otro campo ha sido el análisis de la problemática ambiental del noroeste de Argentina, y en especial de sus áreas montañosas. El análisis y la interacción con dos grandes proyectos regionales, el Gasoducto NorAndino y el proyecto Minero Agua Rica, colaborando con el Dr. Alejandro Brown en el primero y el Dr. José Sosa Gómez y el MSc. Álvaro Bravo en el segundo, ha sido un ejercicio que estuvo más allá de las ciencias naturales. En ambos, así como en todos los de esa magnitud, es necesario integrar la naturaleza con los componentes de demandas sociales, intereses económicos y políticos. Sin desmerecerlas, podría decirse que las dos etapas de las ciencias naturales descriptas hasta aquí fueron relativamente sencillas: los primeros cincuenta años consistieron en describir y catalogar las riquezas biológicas y geológicas que nos rodeaban; los segundos cincuenta se centraron en tratar de entender mejor el funcionamiento de esos sistemas y preocuparse por las transformaciones que estaban ocurriendo. Ahora hemos entrado en una etapa de jugar al “aprendiz de brujo” tratando de ordenar el espacio, donde deben coexistir naturaleza y biodiversidad con seres humanos (cada vez más numerosos) y sistemas productivos y económicos funcionales para satisfacer sus demandas (cada vez más numerosas).

## Y ahora, ¿qué?

*2014: Hace ya un año (mayo 2013) que la concentración de CO<sub>2</sub> de la atmósfera ha tocado por primera vez 400 ppm en la cumbre del volcán Mauna Loa, y continúa con tendencia ascendente. Argentina vende sus granos al mundo, especialmente a China, que lo lidera económicamente. Tucumán, con un millón y medio de habitantes, vende su azúcar al país, sus limones y su soja a un mundo que ha superado los siete mil millones de habitantes. Casi todos los bosques de la llanura tucumana han sido transformados en caña, soja, citrus (¡todas ellas plantas de origen asiático!), o ciudades. Con transportes públicos deficientes y un parque automotor privado enorme, que torna intransitables los centros de sus principales ciudades durante varias horas al día, la Argentina se debate en medio de una de sus mayores crisis energéticas. No por falta de hidrocarburos en el subsuelo, sino por la falta de inversión para extraerlos. Los guanacos mantienen poblaciones saludables en las montañas, especialmente en las cumbres Calchaquíes; las tarucas, aunque tal vez más numerosas que hace cincuenta años, se encuentran todavía en grave riesgo. No hay jaguares en Tucumán y es improbable que reaparezcan. Tampoco hay tapires, aunque se está analizando su reintroducción. Los bosques de montaña están en mejor estado que hace cincuenta o cien años. Simultáneamente, toda la llanura chaqueña sudamericana (de Argentina, Paraguay y Bolivia) se encuentra en un proceso acelerado de transformación en campos de soja y ganadería. La ecología ha invadido todos los espacios académicos y ha trascendido a la política, perdiendo, con frecuencia, mucho o todo su significado.*

Podrían plantearse cuatro aspectos esenciales en la tarea de una universidad, aquí enumerados no necesariamente en orden de importancia: generar información, almacenar información propia o de otras fuentes, evaluar

y discutir la información generada o adquirida de otras fuentes y, por último, transmitirla.

Aunque puede haber lugar para una autocrítica sobre la calidad o cantidad en determinados campos, en general la generación de información en el campo de las ciencias naturales por parte de la UNT ha sido voluminosa. La cantidad y calidad de información sobre ciencias naturales almacenada en biblioteca y colecciones fue notable en los primeros cincuenta años de la UNT. La biblioteca del Instituto Lillo se contaba entre las mejores de América del Sur. En cambio, los siguientes cincuenta años han sido, salvo breves interrupciones, de lenta y continua decadencia, con la consecuente reducción en la adquisición de publicaciones periódicas y libros. Desafortunadamente, casi lo mismo puede decirse de todas las bibliotecas dependientes de la UNT. Nuestras bibliotecas universitarias no resisten comparación, no ya con el primer mundo, sino con Brasil o Chile. Si no hubiera sido por la asombrosa irrupción de Internet, la situación sería trágica y desesperada.

La trasmisión de la información es claramente el proceso más complejo, que implica necesariamente la modulación y el entrenamiento de los receptores, estudiantes, especialmente, y sociedad en general. El éxito de este proceso es un poco difícil de valorar con precisión. Si fuéramos a juzgar solo por nuestros mejores graduados, con frecuencia competitivos hasta en el campo global, el resultado podría considerarse bueno. Pero si incluimos algunos odiosos indicadores demográficos y económicos, ingreso, egreso, costo por estudiante y otros, saldríamos bastante desalentados.

Asociada a la trasmisión de información en sentido amplio, una función de la universidad debería ser el establecimiento y la promoción de bases de datos públicas. La existencia de bases públicas, con financiamiento público, mixto o privado (por ejemplo, Google Earth, WRI, Flora Argentina, etc.), con datos confiables, es una herramien-

ta esencial. La información generada por universidades debería estar en gran proporción en esas bases de datos, fuera del alcance manipulativo de los intereses políticos sectoriales y del propio Estado. Poseer información veraz es esencial para desarrollar cualquier investigación, cualquier plan o política. Desarrollar políticas en el campo de la ecología (así como en economía), con sistemas altamente complejos, es casi siempre difícil y tiene resultados azarosos. Pero intentar hacerlo sobre datos falsos es sencillamente imposible.

Indudablemente, las tecnologías de información y comunicación disponibles aportan herramientas con las que no soñábamos hace apenas unos años, que usualmente manejamos con más dificultad cuanto más viejos somos. Estamos ante el desafío de usar eficientemente eso que llamamos genéricamente *Internet*, y no sabemos muy bien cómo. Por eso pienso cerrar esta sección con una idea conservadora: una parte esencial del conocimiento universitario se trasmite ahora como lo hacía Sócrates hace unos dos mil quinientos años, sentado en su cátedra (un simple banquito), en el ágora (un amplio espacio céntrico que servía de mercado, con vendedores de aceitunas y pescado, al lado de religiosos que predicaban y políticos que arengaban). Allí Sócrates trataba, con preguntas orientadoras y discusión, que cada discípulo encontrara el conocimiento que, según él, estaba dentro de uno mismo.

Pienso que Sócrates pudo tener varias razones para poner su cátedra en el ágora. Quizá una de ellas era que los discípulos pudieran escuchar al vendedor de aceitunas, al predicador, al político (y en el túnel del tiempo a Facebook y a Wikipedia), y analizaran críticamente sus dichos.

## De aquí a veinticinco años

2039: *La concentración de CO<sub>2</sub> oscila alrededor de 450 ppm (un 50% más que a comienzos de la revolución industrial), la temperatura media anual en Tucumán es alrededor de 1° C superior a la medida por Miguel Lillo a comienzos de la UNT (pero todavía alrededor de 1° C por debajo de la media de ciudades norteañas como Orán y Tartagal en el siglo xx). Ambos parámetros (concentración de CO<sub>2</sub> y temperatura) van a seguir aumentando y la Argentina probablemente está todavía solo medianamente preparada para ello. Por otro lado, sigue exportando sus granos al mundo, especialmente a China, la mayor potencia mundial, y cada vez más a India, el país más populoso del mundo. Tucumán produce azúcar y limones, y las fábricas asociadas a estas industrias son mayormente autosuficientes en energía, a través de la combustión de biomasa y biogás. El mundo (China e India, en especial) reciben también minerales de los Andes y la Puna argentina, extraídos con un impacto moderado, a partir de minas integradas en una matriz de áreas protegidas, donde las llamas domésticas, vicuñas silvestres e imponentes paisajes altoandinos se mantienen casi como hace miles de años, aunque a veces pasan turistas, montañistas y “ecoatletas”. Esos minerales son refinados dentro de la República Argentina, usando energía comparativamente barata, proveniente de los yacimientos de gas y petróleo no convencionales, que se cuentan entre los más extensos del mundo. Una porción relevante de las ganancias derivadas de esos recursos energéticos y mineros, indefectiblemente no renovables, se invierten en un fondo fiduciario similar a lo que hizo Noruega a comienzos del siglo XXI, para beneficio de las generaciones que vivirán cuando esos recursos ya no existan. El gran chaco argentino ha sido en buena medida transformado por el cultivo de granos y la ganadería. Sin embargo, se mantienen grandes corredores biológicos,*

*especialmente a lo largo de los grandes ríos: el Pilcomayo, el Bermejo y el Juramento, que conectan extensas reservas, como la de Copo y La Fidelidad, donde prosperan pecaríes, osos hormigueros, jaguares, yacarés, suris y decenas de otras especies. Los bosques y selvas de yungas cubren extensamente las montañas de Tucumán, estabilizando sus laderas, fijando al menos parte del CO<sub>2</sub> y contribuyendo a un funcionamiento estable de sus cuencas hídricas, que aseguran energía sin generación de CO<sub>2</sub> por medio de una red de centrales hidroeléctricas y, mucho más importante, agua para las ciudades, industrias y cultivos del llano. Algunas parejas de tapires recientemente reintroducidos y sus crías se esconden en esos bosques y selvas. Más arriba, nutridas tropas de guanacos y tarucas recorren los pastizales de aibes y de iros, como cuando don Miguel Lillo los recorría juntando plantas, con su escopeta a cuestas.*

# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Psicología

ESTELA IRENE ROSIG\*

## Introducción

Hechos históricos, testimonios y vivencias se entrelazarán en esta presentación para exponer lo que ha sido y es la psicología, como disciplina y como objeto de enseñanza, en nuestra universidad. Para ello y a fin de ordenar la exposición, establecí tres tiempos: el inaugural, seguido por el de la creación de la carrera de Psicología y su organización en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras y, finalmente, el período de creación y organización de la Facultad de Psicología.

\*Licenciada en Psicología (UNT). Profesora asociada de la cátedra Psicopatología II, Facultad de Psicología, UNT.

## Tiempo inaugural

En 1937, el Dr. Manuel García Morente dicta dos cursos en el Departamento de Filosofía, creado por el doctor Risieri Frondizi: un curso de Filosofía y otro de Psicología.

Un grupo de taquígrafos toma notas para que, una vez transcritas, puedan ser publicadas. Así sucedió con *Lecciones preliminares de filosofía*, texto fundado en las conferencias de García Morente en su curso de Filosofía. El Prof. Manuel Gonzalo Casas usaría este texto, junto a otros, en el dictado de su curso de Introducción a la Filosofía en 1961, año en que cursé la materia.

Con respecto al curso de Psicología, las notas del Sr. García, integrante del grupo de taquígrafos, aún no fueron transcritas. Es una pieza histórica, invaluable, en la que estamos interesados muchos psicólogos, particularmente los integrantes de la Asociación de Historia de la Psicología y el Psicoanálisis en la Argentina. Este curso fue el primero dictado sobre esta disciplina en el ámbito de la UNT. Su versión taquigráfica es un incunable para la historia de la psicología en Argentina.

En 1948, durante el rectorado del Dr. Horacio Descole, siguiendo la tradición francesa de instituciones dedicadas a la enseñanza de la psicología aplicada al campo del trabajo, se crea el Instituto de Psicotecnia y Orientación Profesional. Su director fundador fue el Dr. Benjamín Aybar, doctor en Filosofía. Sus ideas en el campo de la antropología y la ontología dieron el marco humanista para la formación de los licenciados en Psicotecnia y Orientación Profesional. Entre sus graduados podemos nombrar a los licenciados Santiago Germano, Luisa Peralta de Gavrilof, Luis Rojas Aspiazu, Jorge M. Bianchi, Olga A. Doz Costa de Plaza, María Marta García Vece, Stella Maris Garbarino, Estela del V. Cattáneo y muchos más.



Quiero aquí destacar a dos profesores del Instituto de Psicotecnia cuyas enseñanzas se imbrican con la creación de las carreras de Psicología en el país entero y se desempeñaron como docentes en la carrera en la UNT: son ellos el Dr. Oscar Oñativia y el Dr. Mijail Neme.

El Dr. Oscar V. Oñativia estudió con el Dr. Emilio Mira y López, destacado psiquiatra y psicólogo español, y fue contratado para dictar Orientación Profesional en el Instituto de Psicotecnia y Orientación Profesional. De relevante actuación en el Congreso de Psicología de 1954, fue profesor de Orientación Profesional en la carrera de Psicología, en 1968.

El Dr. Mijail Neme, médico neurólogo de sólida formación, egresado de la Universidad de Córdoba, fue un humanista, un hombre de una gran cultura, como lo reflejaba tanto en su práctica profesional como en sus enseñanzas. Dictaba Neurobiología en el Instituto de Psicotecnia y en la carrera de Psicología. En esta carrera también era el profesor responsable de Psicopatología e Higiene Mental.

Recuerdo que en 1961, enseñando Neurobiología a los ingresantes a Psicología, nos explicaba las diferentes teorías sobre la evolución del hombre, y en esas clases escuché por primera vez la teoría de Theilard de Chardin. Su claridad en los conceptos y el entusiasmo que imprimía a su exposición hicieron inolvidables sus enseñanzas. Sus exposiciones sobre el funcionamiento del sistema nervioso se fundaban en una concepción dinámica, más allá de la dura lógica de la anatomía y la fisiología.

Su concepción antropológica y fenomenológica se reflejaba en su modo de transmitir los contenidos de las tres asignaturas. En Psicopatología utilizaba la técnica de presentación de enfermos, acentuando la relación entre médico y paciente, por lo que muchas veces sus clases se dictaban en el Hospital Nuestra Señora del Carmen. Su jefe de trabajos prácticos, el Lic. Santiago Germano,

nos instruía en las técnicas de evaluación psicológica, sus relaciones y aplicaciones a los diferentes cuadros clínicos. En Higiene Mental visitábamos lugares donde el psicólogo podía desempeñarse como higienista mental.

La otra línea de la enseñanza de la psicología en la UNT era el Instituto de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras, dirigido por el Prof. Ricardo Nassif. En 1952 contrató al Prof. Ricardo Moreno, con destacada actuación en La Plata y en la Provincia de Buenos Aires en los campos de la educación primaria y el de niños con necesidades especiales. Había sido dejado cesante por rehusar afiliarse al partido peronista. El Prof. Moreno también se formó con el Dr. Mira y López, cuya obra completa atesoraba en su biblioteca. Junto con el Dr. Oñativia, tuvo una destacada labor en el Congreso de Psicología de 1954. En Ciencias de la Educación enseñó Psicología Educacional y dictó entre los años 1953 y 1954 un seminario bianual sobre el psicodiagnóstico de Rorschach. En la carrera de Psicología fue profesor de Introducción a la Psicología, Métodos y Técnicas de la Exploración Psicológica, Psicodiagnóstico, y entre 1965 y 1966 dirigió un seminario sobre el psicodiagnóstico de Rorschach.

En 1953, por iniciativa del Prof. Ricardo Nassif, los integrantes del Instituto de Ciencias de la Educación y del Instituto de Psicotecnia y Orientación Profesional inician la preparación de un encuentro que luego devino en el Primer Congreso Argentino de Psicología, realizado entre el 13 y el 23 de marzo de 1954 con la participación de distinguidos profesionales argentinos y extranjeros. Los secretarios institucionales, en función de organizadores del Congreso, fueron el Prof. Moreno (Instituto de Ciencias de la Educación) y el Dr. Oñativia (Instituto de Psicotecnia y Orientación Profesional), el Sr. Jorge Bianchi (aún estudiante) y el director del Instituto de Filosofía, Prof. Diego Pro. Por iniciativa de los profesores Moreno y Oñativia, en ese Primer Congreso se firmó una Declaración en la cual se

recomendaba la creación de las carreras de Psicología en las universidades argentinas con *una orientación humanista y antropológica* más amplia que la mera aplicación de la ciencia psicológica al campo del trabajo. Se proponían los títulos de Licenciado y Doctor en Psicología, titulaciones académicas orientadas hacia la investigación.

A partir de 1956 las carreras de Psicología se multiplicaron en el país. La primera, en 1956, en la Universidad Nacional de Rosario, siguiendo La Plata, Buenos Aires, Córdoba, San Luis y finalmente Tucumán. El contexto sociopolítico era propicio: modelo económico desarrollista y en la Presidencia de la Nación, el Dr. Arturo Frondizi.

## Creación de la carrera de Psicología en la UNT

En 1959 se abre el ingreso a la carrera de Psicología y se funda el Departamento de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Integran su cuerpo docente maestros fundadores y pioneros de la enseñanza de la psicología en la UNT y en el país: los profesores Ricardo Moreno, Mejail Neme, Jorge Galíndez, Raúl Mansilla y Jorge Bianchi. Los licenciados Olga Doz de Plaza y Santiago Germano se desempeñaban como jefes de trabajos prácticos.

El Plan de Estudios 1959 tenía dos orientaciones: Psicólogo Clínico-Laboral o Psicólogo Pedagógico-Social. Se le atribuye al Dr. Neme la idea de que el título fuera de Psicólogo en lugar de Licenciado. Su opinión era que el graduado debía ser un profesional en el mismo nivel que el médico. Este título profesional se mantuvo hasta 1969, al producirse la tercera modificación del plan de estudios, que otorgaría el título de Licenciado. Igual titulación fue para aquellos que se graduaron con el Plan de Estudios 1981.

El carácter del título, académico o profesional, ¿tendrá relación con el contexto político? Los planes de 1969 y

1981 se aprobaron justamente cuando el ejecutivo nacional estaba ocupado por gobiernos militares.

Ingresé a la carrera de Psicología en 1961, junto a otros sesenta compañeros. Todo un récord, ya que el ingreso a las demás carreras de la Facultad de Filosofía y Letras registraba cifras bastante inferiores.

Lo humanista y antropológico de la Declaración de 1954 se evidenciaba en la formación: las primeras asignaturas, cursadas en la Facultad de Filosofía y Letras, eran Introducción a la Filosofía, Introducción a la Literatura, Lengua Española, Introducción a la Psicología y Sociología. Además, nuestros profesores nos trasmitían y practicaban el respeto por el hombre más allá de sus ideologías, las instituciones democráticas, el valor de la palabra, la solidaridad, la responsabilidad en los compromisos tomados y la defensa de los principios. Esto se reflejaba en los vínculos que establecían con estudiantes, los que cultivaban entre ellos y los que creábamos nosotros entre compañeros, tanto en el estudio como participando en el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (CEFYL) o en la Agrupación Humanista de Filosofía y Letras (AHFYL).

Otro ejemplo de esa posición humanista y antropológica y de los vínculos imperantes entre profesores y estudiantes fue cuando se concretó el cambio del plan de estudios. Corría el año 1965 y en un aula del pasillo “00”, donde teníamos muchas de las clases, nos reunimos docentes y estudiantes. Los doctores Galíndez y Neme, frente a la concurrencia, con un Plan 1959 en mano, escribían en el pizarrón y, con la participación de los presentes, se decidía lo que se conservaba y lo que se cambiaba. Fue una expresión de lo que recomienda la especialista mexicana Alicia de Alba cuando señala que “el Curriculum es una cuestión de todos”. En el Plan 1965 intervinimos los claustros docente y estudiantil. Se actualizó la estructura curricular adecuándola a los avances del conocimiento psicológico y se cambió el título por el de Psicólogo (con

orientación clínica, pedagógica o laboral). En general, los graduados con ese plan optaron por las orientaciones clínica o laboral.

El Dr. Jorge Galíndez ejercía la docencia desde la época del Instituto de Ciencias de la Educación. Era el profesor responsable de las asignaturas Psicología Evolutiva, Caracterología, Corrientes Contemporáneas de la Psicología y después de 1965 incorpora Psicología Médica. A cargo de Psicología Evolutiva estaba la Prof. Olga Doz de Plaza y en 1965 se desistió de la enseñanza de la Caracterología.

El Dr. Galíndez era médico y profesor en Filosofía y fue quien mejor supo transmitirnos la posición humanista y antropológica cuando nos enseñaba las diferentes corrientes psicológicas en Psicología Contemporánea y la relación médico-paciente en Psicología Médica. Riguroso en su pensamiento, nos exigía precisión y exactitud en nuestras exposiciones.

En 1963 se incorpora al equipo docente el Dr. Andrés Nader, quien llegaba de completar su formación en psicoanálisis en Alemania. Se hizo responsable de las asignaturas Psicología Profunda I y II.

En 1965 el rector Eugenio F. Virla contrata al Lic. Omar Menéndez, formado en Orientación Vocacional en el instituto dirigido por el Prof. Nicolás Tavella en la UBA, como director del Centro de Orientación Vocacional y Profesional (COVYP); en ese año dicta la asignatura Orientación Profesional en Horco Molle a estudiantes de Psicología y Ciencias de la Educación.

En el COVYP se realizaban procesos de orientación vocacional a los alumnos secundarios que lo solicitaban. El Prof. Jorge M. Bianchi integraba el equipo de dirección del Centro como responsable del área de psicometría e investigación. En febrero de 1966, concurso mediante, fui seleccionada entre otros ayudantes graduados y estudiantiles para integrar el equipo que, durante marzo y abril, realizaría una experiencia de Pedagogía Universitaria

con docentes de la Facultad de Ciencias Exactas. Bajo la dirección del Prof. Bianchi participamos en la preparación del material y en las reuniones con los profesores de Ciencias Exactas para abordar el tema de la evaluación de la enseñanza. En mayo de ese mismo año fui contratada como auxiliar de orientación, permaneciendo en dicho centro hasta 1969.

Trabajar en el COVYP me permitió estrechar vínculos y formarme en investigaciones psicométricas y en psicología con el Prof. Jorge Bianchi. Sus enseñanzas, su generosidad para transmitir sus conocimientos, su dedicación, hicieron de brújula para mi práctica profesional. En 1967 había ingresado al Gabinete Psicopedagógico y de Estudios Sociales del Consejo de Educación de la Provincia. Desde 1966 y 1967, mi práctica como estudiante avanzada y luego como graduada tuvieron dos ejes: las investigaciones en psicología y en psicometría y la práctica de psicología educacional aplicada a la educación primaria común y a la de niños con capacidades diferentes.

La carrera de Psicología nos preparó teóricamente y en el campo de la práctica psicológica. Mencioné ya la enseñanza de las técnicas psicológicas, al diagnóstico diferencial de las patologías mentales, y fue el profesor Raúl Mansilla quien, además de enseñar Psicología Social, nos formaba en Dinámica de Grupos. Convocó a quien quisiera desempeñarse como coordinador de grupo en un proyecto del Consejo Federal de Inversiones: la erradicación de familias en la cuenca del Río Salí-Dulce, ya que la construcción del dique Frontal traería como consecuencia un importante desplazamiento poblacional. Esta experiencia de trabajo en un ambiente fuera de los claustros universitarios fue muy enriquecedora.

Como campo de aplicación, el Gabinete Psicopedagógico y de Estudios Sociales fue para mí un laboratorio donde pude usar elementos que venían de mi formación

en investigación en psicología, en orientación vocacional y en la dinámica de los pequeños grupos.

En mayo de 1968 inicié mi carrera docente en la UNT, accediendo por concurso al cargo de jefe de trabajos prácticos interino para Orientación Profesional. Para el dictado de la asignatura se contrató al Dr. Oñativia, quien había vuelto a su Salta natal al terminar el ciclo 1955. Allí se dedicó a la psicología educacional y fundó el Gabinete de Psicología Educacional, donde creó instrumentos de medición de capacidades cognitivas y de maduración para el aprendizaje de los escolares. Estar en contacto con él constituyó para mí una experiencia sumamente valiosa. Este maestro, fundador de la carrera, era un humanista que enriqueció mi modo de analizar las cuestiones psicológicas. Hombre cordial, compartía con el Prof. Ricardo Moreno un constante despliegue de actividad. Pienso hoy que ese rasgo de personalidad que compartían fue un motor que los empujó a llevar a cabo lo propuesto por la Declaración de 1954 para la creación de las carreras de Psicología en las universidades argentinas. Estos dos maestros tenían otros rasgos en común: saber trabajar con los grupos humanos y desplegar una gran capacidad de organización. Posiblemente estas preocupaciones por la educación de los niños también contribuyó para que la tarea docente con el Dr. Oñativia dejara en mí huellas profundas.

Aún siendo estudiante, por influencia de las actividades que realizábamos con el Prof. Bianchi en el COVYP, comencé a colaborar en las cátedras Psicoestadística y Teoría de los Tests en la carrera de Psicología. En agosto de 1968 ingresé, por concurso, como auxiliar graduado para esa asignatura, y es por ello que me alejé de Orientación Profesional.

En 1970 se creó el Laboratorio de Investigaciones Psicométricas, cuyo primer y único director fue el Prof. Jorge Bianchi, a quien rindo homenaje y reconozco como mi maestro en la práctica docente y de investigación.

El Laboratorio desarrolló una intensa actividad. Brindaba servicios a la Facultad de Medicina, a la Escuela Normal, al Instituto de Genética Médica de Buenos Aires y al Gabinete de Psicología Educacional de Salta, entre otras instituciones. Siempre en el campo de la evaluación psicológica y de las investigaciones que se derivaban a partir de la utilización de instrumentos psicométricos. A título de ejemplo, la investigación conjunta con el Gabinete de Psicología Educacional de Salta, dirigido por el Dr. Oñativia, consistía en analizar las características psicométricas del “test de Maduración Salta”. El trabajo respectivo fue presentado en el III Congreso Argentino de Psicología realizado en Rosario en 1968.

El Dr. Eduardo Castilla, director del Instituto de Genética Médica de Buenos Aires, contactó al Prof. Bianchi para investigar el nivel mental de albinos. Habían descubierto que Aicuña, un pueblito en las sierras riojanas a 16 km de Villa Unión, poseía la mayor tasa argentina de albinismo. En el saber médico existía una tesis: déficit en el nivel mental de albinos. Viajamos en dos oportunidades y las indagaciones que realizamos en terreno promovió una articulación entre investigación antropológica con investigación del nivel mental. Por el Instituto de Genética estaba la Dra. Lezana, docente de la Facultad de Medicina, y por el Laboratorio, el Prof. Bianchi y los integrantes del Laboratorio. El trabajo de campo lo realizamos Lezana, Bianchi y yo, y consistía en entrevistas a albinos y no albinos, y observaciones en terreno. Administramos pruebas psicológicas y observamos la conducta de los sujetos durante la prueba. Descubrimos que no se trataba de un déficit intelectual sino de un déficit visual, lo que traía aparejado dificultades para manejarse adecuadamente en el espacio, afectando en lo cognitivo la organización espacial, la cual (al medirse el nivel mental con tests tradicionales) arrojaba resultados por debajo del promedio.



Participar en una investigación antropológica fue toda una experiencia y evoco con nostalgia los atardeceres con los Andes como telón de fondo cuando regresábamos a Villa Unión.

Mi actuación como docente e investigadora en la carrera de Psicología estuvo también impregnada de participación en la vida universitaria. Quizás por las marcas, las huellas dejadas por los maestros fundadores de la carrera, no podíamos estar ausentes y pasivos en las movilizaciones docente-estudiantiles que existían desde 1969. Como resultado de ello fue que, junto con otros docentes auxiliares de diversos departamentos de la Facultad de Filosofía y Letras, creáramos la Asociación de Docentes Auxiliares de la Docencia. A través de ella logramos representación en el Consejo Interdepartamental y éramos los voceros de los docentes auxiliares ante las autoridades de la facultad. Allí conocí a la Prof. Olga Doz de Plaza, a quien rindo homenaje. Fue mi maestra en el gestionar para construir, afianzar y fortalecer la presencia de los psicólogos tanto en la facultad como en la sociedad.

Un hito histórico tuvo lugar en diciembre de 1969. En la Sala de Profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, convocados por la Sra. de Plaza, nos reunimos un grupo importante de psicólogos y licenciados en Psicotecnia y Orientación Profesional para fundar el Colegio de Psicólogos de Tucumán. En el Estatuto del Colegio se otorgaba equivalencia entre los dos títulos porque las carreras tenían cinco o más años de duración. La primera presidenta del Colegio fue la citada psicóloga.

La organización institucional que tenía como misión formar psicólogos era el Departamento de Psicología, coordinado por el director de Departamento, acompañado en su gestión por un secretario. Mantenía una relación estrecha con los otros departamentos de la Facultad de

Filosofía, con el Decanato y participaba del Consejo Interdepartamental.

Así llega la noche negra y tormentosa del 24 de marzo de 1976. El 30 de marzo de ese año se suspende la inscripción a la carrera de Psicología. No solo en la UNT, sino en todas las universidades nacionales, con excepción de la de San Luis. Conversando con profesores y colegas puntanos, sonriendo decían que era probable que no hubieran suspendido la inscripción en San Luis debido a que cuando instrumentaron el decreto se olvidaron de que la Universidad Nacional de San Luis incluía la carrera de Psicología.

Fui declarada cesante en abril de 1976, bajo la Ley de Seguridad Nacional, como tantos docentes de la UNT y de todo el país.

Los que quedaron continuaron enseñando según el Plan de Estudios 1969. Encontraron un modo de resistir organizando algunos eventos científicos y profundizando las tareas de investigación. El rectorado del Dr. Carlos Landa fue la época propicia para formular un nuevo plan de estudios, Plan 1981, y reabrir la inscripción a la carrera de Psicología. El ingreso fue cupificado. Tanto en 1982 como en 1983 el cupo era de veinte ingresantes por año. En 1984, restitución de la democracia y vigencia del ingreso irrestricto, se produce una explosión en la matrícula, con una inscripción de unos cuatrocientos jóvenes.

Cesante, debí ausentarme de los claustros universitarios y de toda actividad en los organismos públicos provinciales y nacionales. Esta situación vivencial y laboral me impulsó a realizar una reorientación: abandonar la práctica de la investigación psicológica y de la psicología educacional y empezar una formación en psicoanálisis, lo que trajo aparejada la práctica de la clínica psicoanalítica.

Fui reintegrada a mis funciones universitarias por resolución del rector Prof. Luis E. Salinas en abril de 1984. En diciembre de 1983, por decisión de la Corte Suprema

de Justicia de Tucumán, ya había sido reincorporada al Gabinete Psicopedagógico y de Estudios Sociales.

En mayo de 1984, nuevamente en la cátedra de Teoría de la Medición en Psicología, el Prof. Bianchi me invita a integrar su proyecto sobre psicología ambiental, aprobado y subsidiado por el CIUNT. Ingreso, pues y, recurriendo a la hermenéutica crítica, al decir de Carlos Cullen, hago “entrar en conversación los núcleos de significación encontrados con conceptualizaciones freudianas”.

En agosto de 1986 concuro el cargo de profesor adjunto de Psicopatología. Tomo posesión de la cátedra en diciembre de ese año e inicio el ciclo lectivo 1987. Continuaba enseñando Psicometría con el Prof. Bianchi; y regularicé el cargo concursando para profesora adjunta de Teoría de la Medición en Psicología, en 1987.

En el programa de Psicopatología incorporo contribuciones psicoanalíticas. Desde 1994, reforma curricular mediante, Psicopatología II es la psicopatología psicoanalítica de orientación fundamentalmente freudiana.

## **Organización institucional de la enseñanza de la psicología en la UNT**

En muchas reuniones de claustro docente se discutió la conveniencia de transformar el Departamento de Psicología, dependiente de Filosofía y Letras, en Escuela Superior de Psicología y, si así fuera, si dependería de la Facultad de Filosofía y Letras o del Rectorado. Finalmente se adoptó la decisión de continuar dependiendo de la Facultad. De todos modos, fue el primer movimiento de autonomía en la formación de psicólogos dentro de la UNT. Este tiempo de institucionalización nos prepararía en lo administrativo, en lo académico, en la práctica de la investigación y en las tareas de extensión para una total autonomía de la institución que nos albergara casi

cuarenta años. Se constituyó un Consejo Consultivo con los estamentos docentes, estudiantiles y la participación de graduados. En 1991 se publicó el primer número de la revista *Psico-Logos*. Se firmaron convenios para las tareas de extensión con el SIPROSA, con la Secretaría de Educación y con el Ministerio de Bienestar Social. Se organizaron las líneas docencia-servicio, primer antecedente de lo que actualmente se denominan prácticas profesionales supervisadas. Ya se había fusionado el Laboratorio de Investigaciones Psicométricas en el Instituto de Investigación. El resultado de la fusión fue el actual Departamento de Investigaciones en Psicología, que canalizaría toda la tarea de investigación.

En diciembre de 1994, el Honorable Consejo Superior crea la Facultad de Psicología. Nombra como decana interina a la Prof. Olga Doz de Plaza. Durante 1995 se completa la autonomía administrativa de la Facultad de Filosofía, si bien seguíamos compartiendo la Biblioteca y las aulas de clases.

En mayo de 1996 se constituye el primer Honorable Consejo Directivo, según el Estatuto de la UNT. Se elige por fórmula a decano y vicedecano. Este primer HCD estuvo presidido por la Psic.<sup>a</sup> María Luisa Rossi de Hernández y, como vicedecana, la Dra. María del Carmen Gil Moreno, reelegidas en los períodos 1998 y 2002. En estos decanatos se crean las primeras carreras de posgrado. En 1996, la maestría en Psicología Educacional; en 2000, el doctorado en Psicología y en 2002, la maestría en Psicología Social (orientación Grupos e Instituciones).

Las tres carreras de posgrado se encuentran acreditadas y categorizadas y otorgan títulos reconocidos y de validez nacional. Se mantienen las actividades de extensión a través de las líneas docencia-servicios, se organizan cursos de extensión para alumnos avanzados y graduados. En 1998 se edita el primer número de la Revista *Investigando en Psicología*, publicación anual del Departamento de Investigación.

En docencia se continúa implementando el Plan de Estudios 1991, aprobado por el Honorable Consejo Superior en la época de la Escuela Superior de Psicología. Lo que sí se inicia en 1999, con la creación del Departamento de Evaluación y Curriculum, es una modificación y ciertos ajustes al Plan 1991. Dirigí el Departamento de Evaluación y Curriculum desde 1999 hasta 2002.

Lo más destacado de este período es que se inicia con la construcción de la *casa propia*. Primero fue el Anfiteatro “Olga Doz de Plaza”, luego cuatro aulas anfiteatros, lo que nos permitió independizarnos de Filosofía y Letras en cuanto a infraestructura. Posteriormente se construyó una quinta aula y las oficinas administrativas de Despacho Académico, Secretaría Académica y Decanato.

En mayo de 2006, la Mg. Adela Estofán de Terraf y yo somos elegidas como decana y vicedecana, respectivamente. Fuimos reelegidas en 2010.

Nos propusimos afianzar y fortalecer lo alcanzado en los períodos anteriores y concretar anhelos propios.

Entre ellos destaco:

- 1) Diseñar e implementar un nuevo Plan de Estudios (aprobado en 2012).
- 2) Acreditar la carrera de Psicología de la UNT por CONEAU (meta lograda en 2014).
- 3) Tener una biblioteca propia que fuera además un centro de documentación de avanzada (inaugurada en 2008).
- 4) Desarrollar una cultura extensionista a través de la prestación de servicio psicológico a la comunidad, estimular la participación docente en proyectos de extensión, ampliar el número de pasantías estudiantiles, organizando así un *practicum* al insertar a estudiantes en organismos gubernamentales y de la sociedad civil.

- 5) Poner en marcha un Sistema Institucional de Tutorías Académicas como modalidad y complemento de la actividad docente y acompañamiento de los estudiantes en sus estudios desde primero a quinto año.
- 6) En el área de posgrado, se crearon dos carreras de especialización: Evaluación y Diagnóstico Psicológica y Clínica con niños y adolescentes, orientación Psicoanalítica, las que fueron acreditadas y categorizadas por CONEAU.
- 7) Ampliamos la estructura edilicia con tres aulas anfiteatros y nueve oficinas para el funcionamiento de cátedras.
- 8) El jefe de Informática, Sr. Carlos Gramajo Chacón, diseñó un sistema de gestión de alumnos, el sistema AXIS, que es el que se utiliza con los estudiantes que se encuentran inscriptos en el Plan 1991 y es con el que aún opera para todas las gestiones la Dirección de Alumnos de nuestra facultad. En fechas futuras se utilizará el Sistema de Gestión de Alumnos SIU Guaraní; se aplicará inicialmente con los alumnos que cursan el Plan 2012 y luego se irán incorporando las cohortes correspondientes al Plan 1991.

Todos estos logros fueron frutos del trabajo, dedicación y pertenencia institucional del equipo de gestión que nos acompañó desde cada una de las secretarías, del personal de apoyo administrativo, del trabajo docente, de la participación de estudiantes y graduados. Para todos ellos, mi agradecimiento y mi afecto.

Seguramente la nueva gestión fortalecerá las acciones que desarrollamos y tendrá sus logros en cada una de las áreas de trabajo.

# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Odontología

ISIDRO MARTÍN ÁVILA\*

## Un poco de historia

Tuve la suerte de cursar mis estudios de Odontología en los años del rectorado del ingeniero Eugenio Flavio Virla. Durante su gestión (1958-1966) la Universidad funcionó conforme a los principios de la Reforma, el co-gobierno tuvo realidad efectiva, los concursos constituyeron el fundamento de la carrera docente, su excelencia académica era reconocida a nivel nacional e internacional, se adquirió el Teatro Alberdi, se creó el Canal 10 de televisión, se fundó la Reserva de Horco Molle y, fundamentalmente, se vivió una sana convivencia democrática. Corresponde reconocer esta como una de las más brillantes épocas de nuestra universidad.

\*Odontólogo (UNT). Profesor titular de la cátedra Técnica de Prótesis, Facultad de Odontología, UNT.

Argentina era líder en la enseñanza de la odontología. Toda Latinoamérica, España y Portugal estudiaban en tratados de maestros argentinos. Pedro Saizar, Adalberto Rebossio, Luis A. Camani Altube, Jorge Erausquin, Oscar Maisto, Araldo Ritacco, Guillermo Ries Centeno, Héctor Maddalena, Fermín Carranza, Antonio Guardo y —desde la medicina—, Manuel Litter y el Premio Nobel Bernardo Houssay.

Permítanme mencionar a mis maestros del secundario: Jean Marie Tapie, Gaspar Risco, Adalberto Villecco, que me enseñaron a pensar y fueron sembradores de un humanismo respetuoso y plural. Y de la facultad, quiero recordar a Teodoro Combes, por la disciplina en el análisis de los procesos. A Domingo Demarchi, por la claridad del maestro que hace fácil lo difícil. A Miguel Ángel Arcuri, por su rigor académico. A León Gorban, por su entusiasmo por la profesión. A Juliana Tierno de Häel, por su calidad humana.

No puedo dejar de evocar a Evaristo Villafañe, que junto a Arcuri, Gorban y Rafael García Zavalía fueron los gestores de nuestra Escuela de Odontología.

La valiosa huella de esos años tiene que ver con el profundo respeto que reinaba entre docentes, no docentes y estudiantes, con la clara aceptación del esfuerzo como base insoslayable para lograr nuestros objetivos. Nadie cuestionaba que para aprobar había que estudiar o para ingresar había que pasar un examen de ingreso.

Hoy tenemos especialidades, maestrías, doctorados, investigación sistemática, publicaciones con referato, acreditación, páginas web. Pero ¿tenemos pertenencia? ¿Tenemos el orgullo de ser universitarios?

## Dos pasiones

Quisiera hablarles de dos pasiones: la odontología y la docencia. Y compartir algunas reflexiones y experiencias.



Soy alguien que en momentos venturosos de la vida se contagió del entusiasmo por aprender, gracias a personas que me supieron transmitir una pasión. Entre ellos, Francisco Le Pera, profesor de la Universidad de Buenos Aires, quien con sus investigaciones, sus enseñanzas y su ejercicio clínico me inició en el camino de la prótesis y la oclusión. Le Pera concibió su escuela oclusiva basada en la arquitectura ósea cráneo-facial, los músculos predominantes y las formas de los dientes y de los arcos dentarios, según el biotipo del paciente. Sus propuestas conciliaban y desafiaban las escuelas de su época. Otro gran maestro, Peter Dawson, del Instituto Pankey-Mann-Schuyler de Miami, me iluminó el camino hacia una práctica profesional integrada. Enseñaba que gran parte de las cefaleas crónicas de origen desconocido tenían que ver con el estrés y la oclusión, y que en muchos casos podían resolverse con intervenciones odontológicas mínimas, lo que me llevó a profundizar el tema de los movimientos mandibulares, sus registros y su reproducción. En un seminario con Dawson en EE. UU. pude constatar las profundas coincidencias entre estos dos maestros. De ellos aprendí la diferencia entre los principios y las técnicas, y reafirmé como criterio fundamental del arte de curar el mandato hipocrático *primum non nocere*: lo primero, lo más importante, es no dañar.

Otra pasión fue la docencia. En la maestría en Docencia Superior Universitaria que dirigieron Alicia Villagra y Clotilde Yapur conocí excelentes profesores, entre los que destaco a Augusto Pérez Lindo, Eduardo Remedi y Pedro Krosch.

Lo que me impulsó a hacer la maestría en Docencia fue mi interés por el cambio curricular y por clarificar aspectos de la enseñanza que no sabía analizar ni expresar. Muchas inquietudes relacionadas con la universidad y también con lo cotidiano de la cátedra se iluminaron y pude encarar una docencia y luego una gestión más ricas en ideas y en recursos. Frecuentemente se ofrece mucho per-

feccionamiento docente, pero se producen pocos cambios. Con ese posgrado pionero, finalmente pudimos aprender a producir esos cambios.

En su cursado confirmé —entre otras cosas— que los conflictos no son ni buenos ni malos, sino que para resolverlos, lo primero es aceptarlos y que conviene tener conflictos más inteligentes y más informados. Que las evaluaciones no son solo instrumentos de control, sino herramientas que posibilitan los cambios. Que los currículos, si no son flexibles, no sirven, porque no se pueden adaptar y van siempre atrasados. Que cuando una carrera planificada para cinco años dura ocho de promedio, hay que revisar qué pasa, porque algo está mal.

Se aprende no solo en las aulas, sino en las situaciones comunes de la vida. Hace un tiempo, un joven docente de Física me contó que al final de su clase un alumno le preguntó: “Profesor, ¿qué es el fuego?”. “Bueno, es el producto de la combustión del oxígeno”. “No, yo le pregunto desde el punto de vista físico, no químico, porque no veo que sea sólido, ni líquido, ni gaseoso”. El profesor quedó dudando y al ver que no tenía respuesta le dijo: “Lo veremos en la próxima clase”. Y, como frecuentemente sucede, se olvidó. A la clase siguiente, nuevamente el alumno: “¿Qué es el fuego?”. Y el profesor: “Mire, no lo sé, lo averigüemos juntos”. Y así se enteraron de que el fuego es un estado plasmático de la materia. Gracias a la honesta aceptación de su desconocimiento el joven profesor llegó a hacer su tesis doctoral sobre los plasmas de alta atmósfera.

La honestidad intelectual es uno de los pilares de la ética universitaria. La ética no está y no es necesario que esté como una asignatura: debe transmitirse con las actitudes y las conductas.

## La universidad virtual

En los comienzos de la universidad como institución, hace varios siglos, había un solo libro y el maestro era el único que lo podía leer. Los alumnos solo tenían acceso a los comentarios y lecturas del maestro. Fue la época de oro de la clase magistral y de la cátedra, que quiere decir “estrado”: el estrado donde el maestro se instalaba para enseñar.

Ahora los tiempos, las modalidades y costumbres han cambiado.

Luis Fernández, un colega de cátedra, en un estudio sobre tecnología multimedia señala que los procedimientos no se agotan en un Power Point bien logrado, sino que las posibilidades son múltiples: incluyen videos, páginas web, enseñanza virtual. En otra investigación busca determinar el grado de desconexión entre teoría y práctica sufrida por los alumnos de nuestra cátedra y analiza la incidencia de los multimedia en la superación de dicha desconexión.

En nuestra cátedra un trabajo práctico se extiende por varias sesiones de tres horas. Es muy común que al final del proceso el alumno diga: “Sólo ahora entiendo por qué me pedían esto o aquello en los primeros prácticos”.

La tecnología multimedial posibilita que el alumno, desde su casa, desde cualquier computadora, solo o en grupos, pueda volver sobre lo escuchado, sobre lo visto en clase, avanzar, comprender según su propio ritmo, retroceder, ampliar o investigar en la Web con enlaces adecuados. Con muy bajo costo el alumno puede acceder a distintos medios (textos, fotos, esquemas, videos, audio, etc.) para el estudio de un tema. Para esto el docente debe estar capacitado. Los docentes deberíamos aprender las técnicas de la comunicación y los recursos multimediales.

## La escalera y la red

Una representación metafórica ampliamente difundida es la del aprendizaje como una escalera: no puede subirse al segundo escalón sin haber pisado antes el primero. En Odontología esto significa que primero deben hacerse las materias básicas, después las técnicas y solo al final las clínicas donde se atienden pacientes. Con este criterio, en una facultad donde se tienen que estudiar aspectos de la salud para la vida, se comienzan los estudios frente a un cadáver, con un preparado de anatomía; el estudiante no ve un paciente antes del tercer año y no lo atiende antes del cuarto.

Sin embargo, con una cámara de video y una pantalla de televisión, alumnos de cualquier curso podrían ver la atención de un paciente e interactuar con el docente que lo atiende. La experiencia sería altamente enriquecedora, motivadora, disparadora, por ser un aprendizaje holístico basado en la realidad y en el interés que ella despierta. Se podrían observar casos de enfermedades prevalentes y de otras infrecuentes.

Cuando se asimila un concepto, se encienden en la mente sucesivos puntos de luz; luego se van estableciendo relaciones entre los distintos puntos luminosos y, cuando los puntos de luz rodean un área, se conforma un marco conceptual. El sistema al fin se entiende globalmente; pero falta profundizarlo, hacer más tupida la trama. El proceso es una red, no una escalera; es el modo como aprendemos cuando niños.

Para las ciencias médicas, tal vez lo conveniente no sea una escalera, sino una visión holística del aprendizaje. La Facultad de Medicina de McMaster, en Canadá, se inspira en este sistema.

## El currículo

En la Facultad de Odontología se forman odontólogos que tienen buen desempeño en la práctica profesional y en concursos de nivel nacional. Desde sus comienzos la atención de pacientes no solo ha sido un modo de aprendizaje, sino también un servicio a la sociedad, que se ha ido enriqueciendo con la puesta en marcha de la Práctica Final Obligatoria con un enfoque clínico integral.

En la Facultad de Odontología se ha tenido siempre presente la extensión al medio, desde las Experiencias Extra Muros de los años 60 hasta las Jornadas en Los Sazos, en los Valles Calchaquíes, y las acciones en los hospitales públicos y las campañas en las escuelas.

La Facultad de Odontología ha hecho un meritorio camino hacia adelante: ha modificado su sistema de ingreso, sus reglamentaciones para alumnos, sus planes de estudio; ha desarrollado programas de investigación, consolidado su posgrado con el doctorado y las especialidades y sus aspectos administrativos al punto de merecer la acreditación por seis años, avalada por la CONEAU.

Pero todos sabemos que la universidad es como un transatlántico y que le cuesta cambiar de rumbo, y la Facultad de Odontología no es la excepción. En la Autoevaluación de 1998 se señalaba como retraso una tendencia al enciclopedismo. Se puede afirmar que la tendencia se mantiene.

Hace un par de años el educador inglés Ken Robinson sostenía: “Si usted trabaja en educación, pregúntese cómo será el mundo en 2065”. ¿Educamos para el futuro? La imprevisibilidad es extraordinaria. Cuando me gradué, egresábamos con una muy buena formación; sin embargo, a los cinco años de egresado la ciencia, las técnicas y los materiales habían cambiado y resultaba imperioso remozar conceptos fundamentales. Ese fenómeno hoy se produce en menos tiempo y obliga a un cambio profundo de conceptos

y procedimientos en los docentes. No pretender enseñarlo todo, sino organizar el marco conceptual, establecer el vocabulario y adiestrar en la búsqueda de información, que es lo que el profesional deberá hacer toda su vida. En el mundo, la tendencia es acortar las carreras de grado y dar impulso al posgrado. Tendría que apoyarse este criterio.

## La endogamia

Otro problema es el crecimiento endogámico. En los años 40 la Universidad Nacional de Tucumán era exogámica; por el exilio desde los países europeos incorporaba muchos profesores extranjeros. Luego, no.

Si dos o más generaciones se forman en la misma universidad, se genera un problema de endogamia y no se produce la actualización científica ni se renuevan las actitudes ante los cambios.

Evitar esta forma de endogamia trae como beneficio un alto potencial en dirección a promover el intercambio científico, la innovación de métodos y teorías como así también la instalación de sistemas de organización más flexibles. Nos permite percibir nuestra realidad de modo más objetivo y confiable.

La solución a la endogamia es la movilidad docente y estudiantil. En nuestro país se hace muy difícil el tránsito de una universidad a otra. Las equivalencias entre carreras, facultades y universidades se presentan como verdaderas vallas burocráticas.

Habida cuenta de las observaciones referidas, puede defenderse la necesidad de plantear un currículo abierto, basado en un sistema de créditos, con una libreta universitaria nacional o del Mercosur, que posibilite cursar materias en otras universidades y pasar de los compartimentos estancos a la idea de red.

La Universidad española impone por ley que el estudiante tenga un 10% de materias electivas y un 10% en cualquier lugar del mundo, fuera de su facultad. Si es en un país de idioma distinto, mejor.

Permítanme una enumeración breve de elementos del currículo oculto que subyacen en nuestra facultad y que se pueden superar: horarios demasiado prolongados, falta de estímulo de actividades culturales, deportivas, etc. Cada tanto, en vez de las clases habituales, los alumnos deberían poder asistir a conferencias de invitados ilustres. Todos estos elementos hacen a la universidad como centro de calidad de vida.

## **Perfil del egresado**

Cuando la Comisión de Cambio Curricular de la Facultad de Odontología reinició su tarea, en abril de 2000, se realizó una jornada taller en la que participamos la totalidad de los docentes. Se nos pidió que expresáramos cuáles debían ser las competencias de los egresados y se concluyó que era necesario:

- 1) Cimentar una clara orientación ética en sus conductas.
- 2) Procurar entrenamiento y disposición para el trabajo en equipo.
- 3) Cultivar una actitud humanitaria y de compromiso social.
- 4) Apuntar a una formación no solo profesional, sino abierta a la cultura.
- 5) Capacitar para la gestión de la salud pública en el nivel provincial y regional.
- 6) Enfatizar lo preventivo en el ejercicio profesional.
- 7) Estimular una formación básica en investigación y vocación por esta.

- 8) Despertar la conciencia y el compromiso de la educación continua y auto-responsable.
- 9) Lograr que sea capaz de elaborar planes de tratamiento y de resolver problemas odontológicos de los pacientes.

De estos parámetros tendrían que surgir los objetivos de la carrera.

Llena de orgullo que los docentes de nuestra facultad hayan reclamado como fundamentales estos aspectos tan descuidados en la formulación de los planes de estudio y que sin embargo van mucho más allá de la formación técnica. Y me entristecen los olvidos de estos aspectos que atañen a la formación de los egresados como personas.

## **El gasto de la universidad**

Para algunos autores, el origen de la universidad no estaría en la Edad Media, sino en Alejandría, en el siglo IV a. C. cuando el rey Tolomeo, discípulo de Aristóteles, la convirtió en una ciudad cultural, que llegó a tener la biblioteca más grande de la Antigüedad. El modelo futuro del acceso al conocimiento ya estaba allí, libre como Internet y puesta a disposición de todo el mundo: egipcios, hebreos, griegos, indios. Allí se hablaban unas cuarenta lenguas distintas. El “gasto” que el rey hacía se veía compensado por el comercio y las industrias que surgían a impulso de los conocimientos que allí se manejaban.

En el siglo V d. C. nace en la India la Universidad de Nalanda, fundada por monjes budistas, que también fue ecuménica y multicultural. Ocho siglos después, en el siglo XIII, nacen Bolonia, Oxford, Cambridge y París. Todas ellas fueron un buen negocio, como lo son hoy las universidades virtuales españolas, norteamericanas o privadas argentinas.



*El modelo argentino. La globalización.  
El modelo argentino padece de rigidez*

Hay toda una producción cultural que se compra afuera y que podría ser producida en nuestro territorio. En este sentido conocemos intentos muy valorables, pero se necesitan muchos otros. Resulta necesario crear una conciencia mayor que genere la masa crítica. Hasta ahora la docencia ha sido demasiado local en tanto que la investigación es más universal. Sin embargo, existen caminos para que la docencia pueda globalizarse.

El éxito de una institución depende de la articulación con el medio que se logra por la extensión, el servicio y la investigación.

En 1984, al crearse la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Tucumán se produjo un significativo incremento de los proyectos de investigación en todas las disciplinas.

Sería bueno que la investigación se haga ambiciosa para avanzar hasta la frontera de la ciencia y perforarla; que su objetivo sea mucho más que la publicación de “*papers*”.

Por otra parte, la universidad no debe desvincularse de su medio. Nuestra universidad ha sido creada para escrutar los problemas de la sociedad y aportar soluciones inteligentes. Industrializar la basura, apoyar la ecología, elaborar planes de salud, estudiar la contaminación o la violencia social son materias plausibles de investigación. Si tiene pertinencia social, todo proyecto es doblemente bueno, aunque corresponde poner de relieve que esto no debe significar un abandono de la investigación básica.

El informe de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual revela que en el año 2013 Estados Unidos presentó unas 57 000 solicitudes de patentes internacionales, seguido por Japón con 44 000 y China con 22 000. Latinoamérica totalizó unas 1000, de las cuales

solo 26 fueron de Argentina y solo una de Venezuela. En consecuencia, la pregunta será: ¿cuál es el modelo que queremos seguir?

El desafío es crear un “ecosistema intelectual” donde pueda florecer la innovación, y este objetivo puntual implica un buen sistema educativo, incentivos fiscales y políticas que favorezcan la movilidad de personas calificadas. Argentina es un país de ingreso medio, y su obligación ética debería centrarse en invertir más en investigación y desarrollo.

## La visión de Juan B. Terán

Juan B. Terán fundó la Universidad para beneficio de la región. En sus escritos sobre “El árbol y la patria” expresa:

Como sabéis, la conservación y cuidado de los recursos naturales, plantea un problema moral de solidaridad. ¿Es permitido a las generaciones presentes destruirlo? (...) No hay, pues, actos más hostiles, más destructivos del porvenir grandioso (...) que el descuido y el derroche de nuestro patrimonio natural, o, si queréis más simplemente, no hay actos más antipatrióticos que cortar árboles y talar bosques (...).

Es una obra secular, que en poco tiempo puede desaparecer (Terán, 1916 b, pp. 67 y 68).

Y en “Origen de la Nueva Universidad”, agrega

Al proyectar la Universidad he entendido considerar otro problema capital de nuestro momento histórico: el problema moral que plantea nuestra civilización que se desarrolla sin ideales (Terán, 1916).

Lamentablemente, un siglo después, esas palabras siguen teniendo vigencia.

¿Qué diría hoy Juan B. Terán frente a las relaciones de la UNT y la minera La Alumbraera, denunciada por contaminación?

## Juramento hipocrático

En la antigua Grecia, cuatro siglos antes de Cristo, Hipócrates, padre de la medicina, compone el primer escrito ético para los médicos. En él los hace prometer bajo juramento respetar a los maestros, actuar siempre en beneficio del ser humano y no para perjudicarlo, y guardar el secreto profesional. Como profesionales del arte de curar, los odontólogos participamos de ese juramento.

En Ginebra, después de la terrible experiencia de la Segunda Guerra Mundial, al juramento se agregaron estas frases: “No permitiré que entre mi deber y mi enfermo se interpongan consideraciones de religión, nacionalidad, raza, partido o clase. Tendré absoluto respeto por la vida humana. Aún bajo amenazas, no utilizaré mis conocimientos contra las leyes de la humanidad”.

Y en una versión posterior, muy utilizada actualmente en los países anglosajones, se agrega:

No me avergonzaré de decir “no lo sé”, ni dudaré en consultar a mis colegas de profesión cuando sean necesarias las habilidades de otro para la recuperación del paciente. No jugaré a ser Dios. Recordaré que no trato una gráfica de fiebre o un crecimiento canceroso, sino a un ser humano enfermo. Si no violo este juramento, pueda yo disfrutar de la vida, ser respetado mientras viva y recordado con afecto después.

No sería justo terminar estas reflexiones con motivo del Centenario sin un agradecimiento profundo a la UNT y a sus fundadores, por haber guiado mi rumbo y el de tantos. Hago votos por su futuro.

Gracias al decano de la FOUNT, Daniel García, por haberme propuesto esta tarea, que me acerca a los maestros, colegas, discípulos y amigos con quienes compartí tanto. Y gracias a Dios, a mis padres, a mi esposa y mis hijos, por la paciencia y el amor cotidiano.

# La UNT por sí misma desde una perspectiva de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo

OLGA PARTERLINI DE KOCH\*

## Mi primera relación con la universidad

Para encarar esta reflexión necesito partir de la experiencia personal. La mirada resultará para muchos superficial, de seguro será fragmentaria, pero es eso... una mirada a la que iré desgranando en primera persona, intentando usar el “nosotros” antes que el “yo”, porque entiendo que nunca los caminos que se recorren pueden hacerse en forma individual. Es probable que el “yo” aflore más de lo deseado, ya que se trata de la mirada de un observador, de un informante tal vez “calificado”, como decimos en nuestras investigaciones, porque ha acumulado puntos de vista, conocimiento, recuerdos, en su extensa e intensa relación con la universidad.

\*Doctora en Arquitectura (UNT). Profesora titular de la cátedra Historia de la Arquitectura, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UNT.

Ingresé a la Facultad de Arquitectura y Urbanismo en 1965. ¡Hace casi cincuenta años! Eran esos años a los que Eric Hobsbawm caracterizó como los “dorados” del siglo xx. Los que iniciábamos el capítulo de la educación superior no éramos conscientes de las características del momento histórico por el que transitábamos, ni tampoco todo era tan dorado, pero sí experimentábamos que teníamos a nuestro alcance oportunidades para nuestros sueños... que estaban allí... que eran parte de nuestra vida, y teníamos casi la certeza de que podíamos acceder a ellos. Esos años dorados se habían iniciado para mí, y para muchas otras niñas de mi generación, en la Escuela Sarmiento, a la cual ingresé en 4.º grado, aprobando un examen gracias a la formación que traía de una excelente primaria pública. No puedo tener mayor agradecimiento a quienes desearon esta escuela para mí, mi familia ampliada, porque en esa época opinaban desde los tíos hasta los abuelos y me imagino que mis padres, un poco acorralados con el tema, no sé si tan convencidos, tuvieron que aceptar una decisión casi familiar.

En ese pequeño ámbito universitario, la Escuela y Liceo Vocacional Sarmiento, me impregné de universidad; recibí cariño, valores, conocimiento y destrezas y pude, por sobre todo, desarrollar una responsable libertad. Nada de esto habría sido posible si no hubiera existido un pensamiento diagramado para ser transitado en colectivo, en grupos integrados por las siempre “chiquitas” de María Elena Saleme y de María Elena Dappe, grupos naturales que se formaban en y entre los diversos cursos, con las profesoras, siempre dispuestas a darnos mucho más que una hora de clase, atendiendo planteos a veces insólitos, mientras absorbíamos líneas atractivas de conocimiento que, al menos en mi caso, fueron orientando casi inconscientemente, pero conciencia, conductas de trabajo y hasta mi futuro quehacer profesional. También la universidad amplió nuestras fronteras hacia las otras “escuelas piloto”,

como nos identificaban en esos años. Compartir con los chicos del Gymnasium y del Técnico fue casi una rutina; de hecho, estoy muy felizmente casada con un chico del Gymnasium, con quien iniciamos nuestro camino antes de cerrar el secundario.

La universitaria Escuela Sarmiento fue una potente incubadora; representó un derrotero de experiencias con encuadre colectivo en el que aprendimos autodisciplina, nos acostumbramos a fundamentar y a defender nuestras ideas, a explicar perspectivas propias sobre un tema específico; adquirimos destrezas tales como tomar apuntes, fichar los libros; aprendimos idiomas y a conocer otras culturas y no solo a través de la *curricula* formal, sino en el compartir con becarios extranjeros o con las hijas de los profesores que contrataba la universidad y que se integraban a nuestros cursos. Éramos mimadas... En esa escuela piloto subyacía la idea de ir siempre más allá. Quienes nos conducían eran de vanguardia en el pensamiento y en los hechos. Nunca se pronunció esta palabra, tampoco la de modernidad, pero nuestra vida era eso, moderna. Todo se vivenciaba, se experimentaba a pleno en esos grupos pequeños de veinte a veinticinco personas, llenando de vida un edificio que se había empezado a construir allá por 1685. De esta pequeña escala, con la beca de American Field Service, salté a una escuela estadounidense donde tenía... ¡cuatrocientos compañeros en una clase! La experiencia, un poco sorprendente al comienzo, me fue útil en el tiempo para valorar la diversidad y los talentos que puede incluir la universidad de la masividad en la que nos debatimos actualmente.

El crecimiento extraordinario de la población mundial en esos años inquietó el funcionamiento educativo de muchos países, situación por la que nosotros transitamos actualmente. Algunos, como Ernst Gombrich, definieron el fenómeno como la principal característica del siglo xx, interpretándolo como una catástrofe, un desastre... “No

sabemos cómo atajarla”, expresó. En lo que nos toca, observo que el crecimiento de nuestra población universitaria ha generado una masividad que en muchas ocasiones puede parecer anómica o estar poco valorada, aunque en realidad subyacen en ella criterios tácitos de funcionamiento, basados en las relaciones humanas, en las relaciones entre los grupos, en un respeto no explícito, lo que ha permitido a la institución capitalizar, y en algunos casos hasta potenciar, los valores de la diversidad. La institución ha hecho un gran esfuerzo para “atajar”, como diría Gombrich, las dificultades. En este momento en el que transitamos por una difícil crisis en el sector docente, considero necesario destacar cuánta vocación, inteligencia y esfuerzo hemos aportado desde la universidad para atenuar los efectos del crecimiento institucional.

## Eligiendo caminos

En 1965, como ya lo mencionara, ingresé a la Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Me gustaba la geografía (mi primer regalo especial en 2.º grado fue un atlas que aún conservo, como así también tengo en la biblioteca el libro de geografía *La tierra y sus recursos*). Pero me gustaba la geografía matizada con la historia, la del arte y la de la arquitectura. La Prof. Vicky Dappe tuvo mucho que ver en esto. Además deseaba dibujar. Con el tiempo, mi formación como arquitecta fue tomando el color de una perspectiva cultural gracias a Integración Cultural, materia de primer año que dictaba el Arq. Alberto Nicolini. Así llegué por fin a la historia de la arquitectura y del urbanismo que he enseñado desde entonces. A partir de los años 80, este conocimiento se encauzó naturalmente hacia el patrimonio y su salvaguarda, al que entiendo como expresión identitaria y tangible de nuestra historia social.



A mediados de los años 60, al igual que en el resto de Latinoamérica, no eran muchos los que ingresaban a la universidad. En mi familia, de hecho, yo fui la primera en finalizar esta etapa. Algunos estudios realizados indican que entre un 21 y un 38% de estudiantes latinoamericanos entrevistados por investigadores estadounidenses a mediados de los años sesenta, en varios países, creía que así conseguiría un nivel económico superior al de su familia (Liebman, Walker y Glazer, 1972). Recuerdo haber aconsejado a muchos a ingresar a la universidad, pero no recuerdo haber mencionado esta idea del progreso personal que sin lugar a dudas estaba latente en esos años y tal vez por eso mismo era un argumento innecesario. Mi recomendación se sustentaba, en realidad, en la posibilidad de hacer en la vida lo que a uno le gustaba y no que fuera la vida la que eligiera qué hacer con nosotros. No he cambiado de opinión. También estoy convencida de que quienes cumplieron con el desafío de ser universitarios adquirieron una riqueza especial más amplia que la mera formación profesional, lo que es importante hasta para la crianza de los hijos, ejerciendo o no la profesión. Criterios, juicios, equilibrio para la toma de decisiones son resultado de un largo entrenamiento que puede contribuir a distender situaciones complejas de la vida personal.

Los ingresantes éramos pocos, como dije antes; en mi curso, unos cuarenta, pero en ese conjunto, las mujeres solo representábamos una cuarta parte. En mi generación tuvimos problemas con algunos profesores que pensaban que la arquitectura no era carrera para mujeres, y así nos lo decían. Había muy pocas docentes arquitectas; entre ellas recuerdo con respeto a Carmen Pagés de Hill. Este era también un fenómeno mundial; en 1960, las mujeres no habían llegado a constituir la mitad de la población estudiantil en ningún país europeo ni en los Estados Unidos, lo que en los años 80 estaba totalmente superado. Pensemos que en nuestra universidad han pasado cien años hasta que una

mujer, la Dra. Alicia Bardón, llegó al Rectorado, y nueve decanatos de los trece están actualmente administrados por decanas. Considero que la universidad ha contribuido mucho a posicionar a la mujer en la vida pública. Claro que allí se abrió otro capítulo, pues no ha resultado fácil conciliar *carrera-trabajo-matrimonio-familia*. En mi caso, tengo una enorme deuda con la universidad, pues el ser docente me ha permitido, con la comprensión del profesor titular y de mi familia, sostener la actividad en forma permanente con un cierto grado de equilibrio y satisfacción.

## Los años de formación y las valiosas influencias

Cerraba mi último año de secundario y mientras jugábamos al voley en el patio de la Escuela, se dictaba un curso sobre Historia del Arte, organizado por la Sra. de Novillo, nuestra profesora de Dibujo. Con curiosidad asomábamos al aula y con cierto asombro veíamos que un grupo de personas explicaban períodos y obras de arte y de arquitectura, leían poesías, pasaban diapositivas. Uno de ellos, en el descanso, salió al patio y se puso a jugar al voley con nosotras. Al año siguiente ingresé a la facultad y... ¡allí me encontré con este equipo! La materia era esta Integración Cultural que me causara tanto asombro; el jefe de cátedra era Alberto Nicolini, el querido Nico, y con él estaban Julita, Carlos Paolasso (¡el de las poesías!), Diego Lecuona y unos muy jóvenes estudiantes de arquitectura, Raúl Di Lullo y Ricardo Salim. Desde el primer momento esta materia fue mi favorita. Un año después concursé para ser ayudante estudiantil; ingresé formalmente en 1967 y desde entonces estoy en Historia de la Arquitectura. Solo tuve dudas cuando, en los años 70, se puso en tela de juicio la enseñanza de la historia para formar a un arquitecto; se congeló al Instituto y sus actividades y, en este jaqueo, me detuve a pensar si era esto lo que yo quería hacer o

si lo hacía por el entusiasmo que emanaba del equipo de cátedra. Si mi decisión hasta entonces había sido por entusiasmo, la nueva que adopté tuvo una alta dosis de racionalidad. Esto era lo que yo deseaba hacer.

Nicolini ha sido siempre un jefe de cátedra motivador, generoso y con alta dosis de intelectualidad disciplinar. En esos primeros años también nos enriquecía la palabra de Julita, que venía de la filosofía. Ambos eran de la UBA y ¡tenían escasos treinta años! Nico nos hacía sentir muy bien, casi agrandados, pues tenía una especial confianza en nosotros y nos estimulaba a mejorar y a desarrollar las aptitudes de cada uno. Tengo una anécdota que me marcó para seguir la docencia, cuando tuve que dictar mi primera clase teórica. Estaba en 5.º año. Tres meses antes, Nicolini llegó con una canasta santiagueña llena de una cantidad de libros para prestarme, gesto que considero una valoración de lo nuestro. Quedé helada, y pense... “Caramba... se ve que para dedicarse a esto hace falta estudiar bastante y por largo tiempo”. El mensaje estuvo claro y ha sido transmitido del mismo modo a lo largo de los años.

Carlos Paolasso me enseñó a querer a la ciudad y al patrimonio urbano, así como a fortalecer las ideas propias. Con él iniciamos la investigación sobre los pueblos azucareros, tema que me deparó enormes satisfacciones. Sus clases se desgranaban entre el conocimiento disciplinar y la realidad de nuestro medio; usaba ejemplos de la vida cotidiana que me ayudaron a conformar un pensamiento crítico y práctico que luego me resultó muy útil para resolver desafíos específicos. Con el tiempo, Ramón Gutiérrez y Jorge Hardoy, dos profesores de Buenos Aires y del mundo, enriquecieron mi formación. El primero nos fue transmitiendo el valor del mundo latinoamericano, lo que era un signo más del despertar de esta parte del continente. Con el segundo comprendí mejor la investigación de los temas urbanos; valoré en él su capacidad para adelantarse a los cambios, abriendo con ellos nuevos problemas para la reflexión.

La facultad funcionaba en el parque 9 de Julio, en el actual Centro Prebisch. Teníamos cuatro pabellones del Hogar de Ancianos que nunca llegó a funcionar, y nuestro contacto era el ómnibus 4. Mario Fernández Bravo, a quien considero “El Arquitecto” de mi generación, dibujaba su proyecto en el boleto del viaje. Para el funcionamiento de los talleres se habían conectado los hipotéticos dormitorios y en los placares guardábamos la regla “T” y el resto del instrumental. Cumplíamos estrictos horarios de trabajo, pero el bar era una cita infaltable. Durante las entregas, muchos se quedaban toda la noche haciendo las famosas parrillas. Dibujábamos con plumín y con grafos y en lámina pegada hasta que aparecieron los equipos de Rotring. Aprendimos a usar la acuarela, la témpera, derivamos hacia el uso de coladores de té, de yerba mate... y de tantas otras cosas, para hacer la representación de nuestros diseños más expresiva. Cada entrega de taller involucraba a la familia, a los amigos...

En los primeros años de facultad teníamos al alcance una pequeña librería que administraba el Centro de Estudiantes. Nuestros recursos eran escasos, pero muchos comprendimos el valor de empezar a armar nuestras bibliotecas. Ya en 5.º año nos sentíamos pertenecientes a un grupo potente, con conciencia propia. Nos visitaban muchos docentes de otras universidades, en especial de la UBA, y estábamos siempre informados de los avances de la arquitectura, de las teorías, de las nuevas obras. Nuestro mundo giraba siempre en torno a la facultad. En 1968, se produjo el Mayo Francés y entre *la imaginación al poder*, el *Prohibido prohibir*, compartido con el deleite de la música de los Beatles, de pronto... fuimos adultos. No pertenecíamos ya a una fase preparatoria para el mundo adulto, sino que era nuestra fase culminante del pleno desarrollo de la formación. En 1969 se hizo el Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos en Buenos Aires. ¡Asistió la facultad completa! Éramos

ciento ochenta alumnos de 1.º a 6.º año y el congreso se extendió por tres semanas, dedicándose a los estudiantes, los profesionales y los urbanistas. Esto significó para nosotros la oportunidad para entrar en contacto directo con la vanguardia arquitectónica europea, la cubana y la de otros países latinoamericanos, con cuyos protagonistas compartimos unos días de particular riqueza.

Hasta ese momento, mucho de lo nuestro fue “recibir de la universidad”. Lo absorbíamos todo, pero también participábamos activamente con nuestras opiniones y ampliábamos nuestras fronteras del aprender. Cuando egresamos, en 1971, y llegaba el momento “de devolver” con mayor intensidad, puesto que varios éramos ya docentes y otros aspiraban a serlo, comenzamos como país a sumergirnos en una profunda confusión que derivó a su vez en una profunda afectación de la universidad. Muchos de los que estamos aquí transitamos ese difícil y prolongado período. Deseo rescatar la memoria de los que ya no están y que fueron nuestros amigos y compañeros, así como a quienes tuvieron que iniciar su actividad profesional en otros territorios. Le queda a la universidad, en este caso, la gratificación de que lo hicieron con la mayor dignidad, en muchos casos en forma sobresaliente, gracias a la sólida formación que habían recibido. Han transcurrido décadas y el profundo cariño y respeto mutuo que cultivamos como compañeros ha continuado a lo largo del tiempo y sigue en pie más allá de las circunstancias.

## **Trayectoria: la docencia y la investigación como desafíos**

A partir de 1967, he transitado todos los niveles de la docencia, desde ayudante estudiantil hasta profesor titular. He rendido todos los concursos necesarios y algunos más también. Recuerdo haber tenido temor por algún resul-

tado, pero en general cada concurso significó un desafío que me permitió crecer en el manejo de mis temas y en mi forma de pensar. Nicolini era estricto: tomaba notas con lápices de diferentes colores, lo mismo que en las clases, y al final nos hacía la devolución, siempre enriquecedora. Pienso retrospectivamente... ¡cuánto tiempo nos dedicaba! Aunque lo intenté, cuando me tocó guiar la cátedra, ¡no recuerdo haber sido tan paciente y generosa con mis propios alumnos!

Considero valioso haber transitado, en forma sucesiva, por las tres materias de la disciplina. Me centré finalmente en la Historia de la Arquitectura Moderna y Contemporánea, materia atractiva para los estudiantes que están siempre ávidos por conocer el hoy. También tuve la suerte de participar en la creación del Magíster, hoy Maestría, en Historia de la Arquitectura y del Urbanismo Latinoamericano. Allí fuimos transfiriendo los resultados de investigaciones que habíamos iniciado... ¡en 1968! Hoy he asumido otras responsabilidades en esta carrera y últimamente se me ha confiado el Doctorado, en el que aún no he hecho los méritos suficientes.

Como muchos docentes de la UNT, he tenido experiencias externas, en el país y en el exterior, tanto para enseñar, como para investigar y publicar. Mi primer trabajo es de 1974, cuando Nicolini, generosamente, integró un pequeño esfuerzo personal en uno de sus artículos. El libro sobre los pueblos azucareros significó un importante esfuerzo; el que trata de las Localizaciones Universitarias y últimamente el del Patrimonio Arquitectónico de la UNT me dieron también muchas satisfacciones. Este trabajo nos reveló que la historia completa de San Miguel de Tucumán está reflejada en el patrimonio universitario. Tenemos cien años de funcionamiento, pero... ¡una identidad arquitectónica de casi cuatrocientos treinta años! Muchos de nuestros trabajos han sido publicados solo parcialmente, lo cual constituye una deuda pendiente.

Desde el Instituto de Historia hemos abierto camino a nivel nacional sobre temas de historia y preservación urbana. La UNT es un referente en la materia y se nos consulta constantemente. Me considero muy afortunada de haber participado en proyectos como el Centro Histórico de Salta, el Centro Histórico de Tucumán, la Villa de Medinas, el patrimonio cultural de los Valles Calchaquíes, la Quebrada de Humahuaca y la Puna de Jujuy. Varios se concretaron, otros fueron la base de futuras intervenciones. La declaratoria de la Quebrada de Humahuaca como Paisaje Cultural de la Humanidad se basó en un trabajo que hicimos con Marta Silva, Alberto y Andrés Nicolini. Hoy tenemos mucha actividad en marcha y hemos posicionado a la universidad como el referente en temas de patrimonio cultural. Otra deuda con la comunidad refiere a producir un muy buen libro del patrimonio provincial; quizás gestionándolo para el Bicentenario de 2016. ¡Sería una excelente actividad de nuestra universidad!

## **La tarea de la universidad**

Probablemente todos coincidiremos en que nuestro objetivo es formar profesionales que puedan resolver con calidad e idoneidad las necesidades de la sociedad. Pero no podemos dejar de considerar a quiénes y dónde van a contribuir nuestros egresados. Aquellos años dorados en los que yo me formé, fueron sucedidos por un mundo en crisis e incertidumbre, donde la disolución o sustitución de las normas y valores sociales tradicionales está presente. En paralelo experimentamos una prodigiosa velocidad de cambio tecnológico y científico.

Todo ello incide en la arquitectura y, en lo que a la universidad respecta, en la formación del arquitecto. Del plumín para dibujar saltamos a la computadora (¡menos mal!) y a programas informáticos que nos permiten invo-

lucrarnos con nuevas formas de percepción, visualizar el futuro como si ya estuviera construido... ¡Soñar! Es que la universidad debe permitirnos todo esto, sin perder de vista que las necesidades del mundo global y del local son distintas y diversas. Nuestro estudiante, en esa mezcla entre comprender y atender la realidad sin claudicar de sus sueños, debe ser capaz de responder a ambos mundos. Además de César Pelli, muchos de nuestros egresados están trabajando a nivel internacional. Mientras tanto, con sensibilidad y responsabilidad social muchos otros trabajan para optimizar el habitar de nuestros sectores más vulnerables.

La ARQUITECTURA con mayúsculas es una sola y un buen arquitecto puede recibir el premio Pritzker —el equivalente al premio Nobel— por hacer un Museo Guggenheim en Bilbao como Frank Gehry, o tener su reconocimiento internacional por trabajar en las favelas de Río de Janeiro como el argentino Jorge Jáuregui. Entiendo que en ese movimiento pendular reside el desafío de nuestra actual universidad.

## Herencia de principios y valores

Atravesamos tiempos de una asombrosa expansión de la información teórica y práctica. Sin embargo, este gran caudal de conocimiento *no nos hace mejores ni más felices*, como alguien dijo. Necesitamos capitalizar todo esto que silenciosamente se ha ido gestando, armando, orquestando durante cien años, y darlo a luz, porque son pocos los que conocen cómo se sostiene esta universidad, donde priman la creatividad y la vocación de quienes la integramos. Más allá de la falta de espacio, de las carencias, de las dificultades, prima la voluntad de superar los escollos, de estar en el mundo y de atender al que nos necesita, al que está al lado nuestro.



No deseo extenderme más en estas reflexiones, y quiero cerrar citando a Edgar Morin cuando nos habla de formar cabezas bien puestas más que bien llenas, de meditar sobre la condición humana, de iniciar en la vida y enseñar a transformarse en ciudadanos, a lo que agrego: ciudadanos, sí, responsables y fortalecidos por un comportamiento profundamente ético.



## PALABRAS DE CIERRE

En un poema titulado “La suma”, Borges nos cuenta acerca de un hombre que se propone trazar en una pared el mundo entero: dibuja ángeles, bibliotecas, laberintos, anclas, Uxmal, el infinito, el cero; habiendo alcanzado su propósito, descubre, en el instante de la muerte, que esas líneas son la imagen de su cara. Así como los hombres son responsables de los actos de su vida, en palabras de Borges, y son capaces de trazar —con rigurosa pincelada— el pasado que los condiciona, la tradición que los sostiene y alimenta, además de lograr palpitar su destino, las instituciones suelen recorrer trayectorias similares.

La Universidad Nacional de Tucumán descubre hoy, aquí, a los cien años de su fundación, cuál es la imagen de su propia cara e imagina su destino. Porque todo destino de una institución involucra el pasado de donde proviene, las voces que la hablaron, los logros de sus fundadores, los fracasos y sueños que la habitaron, y es desde ese pasado tumultuoso, vital, poblado de hechos relevantes —de momentos de gloria tanto como de tiempos oscuros— que llega hasta nosotros. Es nuestra tradición quien nos invi-

ta a celebrar —con profunda alegría— los cien años de nuestra casa.

Ahora bien, los hombres y mujeres que nos antecedieron en esta tarea de hacer la universidad no fueron ni más inteligentes ni más soñadores que nosotros. Ellos tuvieron, posiblemente, las mismas dificultades, las mismas incertidumbres y los mismos temores; simplemente, fueron tenaces y arremetieron contra los obstáculos para concretar aquellos sueños que le dieron forma a la universidad. Sin duda alguna, esto mismo debemos hacer nosotros, pero muy especialmente las generaciones jóvenes a quienes les alcanza este privilegio de vivir el centenario para encontrar, como ellos, el futuro. Debemos estar alertas: el futuro no se da gratuitamente sino que se lo construye con esfuerzo, pasión y lucidez. Sin tales factores, se produce la disgregación y el caos.

Me toca a mí hoy cerrar este ciclo de conferencias que nos ayudó a vernos a nosotros mismos y a valorar la inteligencia, la seriedad y el amor de nuestros profesionales por su universidad. Hablo en nombre de la Comisión Honoraria del Centenario para agradecer a las autoridades esta convocatoria a los profesores extraordinarios a colaborar con la universidad en la que transcurrió nuestra vida. Sin duda tenemos mucho para dar, fundamentalmente porque ya, lejos de las urgencias cotidianas de la vida universitaria, podemos pensar con espíritu sosegado y mente clara qué es lo mejor para nuestro futuro universitario.

Ahora bien, en esta misma sala, desde hace algunos meses —en el ciclo que hoy se cierra—, estamos escuchando a profesores de nuestra casa de altos estudios contar sus experiencias de vida universitaria. Escuchamos hablar de vocaciones, de logros, de caminos arduos y otros luminosos, de la importancia que tuvo en sus vidas —como en la de miles de profesionales de nuestro medio— la existencia de una universidad pública y gratuita que acogió con generosidad sin límites a quien quiso estudiar, no solo de

nuestra provincia, sino de toda la región y de otros países latinoamericanos.

Sin embargo, hay algo que no se dijo todavía, quizás por prudencia, pero hoy no seré prudente. Esta misma universidad, en la plenitud de su vida —porque cien años son pocos para una institución que se precie de tal—, encuentra serios *obstáculos* que le impiden seguir la senda de trabajo, esfuerzo y logros que se había trazado. Pues bien, esos obstáculos que hoy nos impiden avanzar y dibujar el porvenir es la ausencia de conductas éticas que vemos tan a menudo en nuestra sociedad. Y nosotros, los universitarios —artífices, junto a tantos otros— de estos maravillosos cien años, somos, en gran medida, responsables de ello. La comunidad universitaria de la que formamos parte no se ha hecho cargo de este asunto con la seriedad que reclama o, al menos, no ha sido clara con sus jóvenes en cuanto al peso de ese bien en el juego de la convivencia social. Sin ética, sin reglas de juego claras, será casi imposible vivir juntos.

Sucede algo notable. En nuestra universidad pública se han formado —muy a menudo a nivel de excelencia, lo digo con orgullo— casi todos, por no decir todos, los profesionales que hoy actúan en el medio: abogados, médicos, ingenieros, matemáticos, físicos, químicos, profesores, artistas, etc. Ellos son —o mejor decir, somos, porque debemos incluirnos todos— los actores sociales que marcan el perfil de nuestra sociedad. Y nuestra sociedad, hay que reconocerlo, no funciona como debiera. Y no estamos diciendo que no sea eficiente, que no tenga en su seno empresarios exitosos, que no posea inteligencias brillantes en los más diversos ámbitos del saber —ciencia, arte, humanidades—; estamos diciendo que no siempre la ética guía las conductas de estos profesionales que, en apariencia, triunfan en la vida.

Quizás fuimos excelentes maestros, rigurosos guías en el mapa del saber, pero, sin duda, no hemos

sabido transmitir con claridad y contundencia algo que no se enseña con textos, sino con conductas guiadas por valores: el respeto al otro, la honestidad, la solidaridad, la preocupación por lo social, por la justicia, por el bien común. No quiero decir que no haya nada de esto; hay mucho, porque hay miles de personas serias, solidarias, justas, pero no es suficiente.

Ética viene del griego *ethos* como “lugar dónde se habita”. Es el sitio desde el cual hacerse cargo de una situación. El hacerse cargo tiene ya una connotación ética, porque es hacerse responsable de cada una de las acciones cotidianas. Y este “desde el cual” habla de una tierra bajo los pies, de un suelo *firme y fértil* desde donde se proyectará nuestra vida individual hacia lo social. La universidad tiene el deber de ocuparse también de ese suelo firme y de hacerlo fértil. Firme porque nos dona los principios en los cuales asentar nuestra existencia y fértil, porque allí encontraremos la semilla de todo lo que deseamos hacer fructificar con dignidad.

Estos tiempos en los que el éxito se mide con parámetros económicos, en los que la inteligencia se valora solo por la astucia, en los que la competencia ha dejado lugar a la competitividad impiadosa exigen mucho más de nuestras convicciones éticas. Porque hay una distancia entre la teoría y la acción. Una cosa es enseñar qué es la justicia —cientos de libros hablan de ella— y otra es ser justos; una cosa es la viveza y otra la inteligencia proba y luminosa. Una cosa es el discurso de la ética, y otra la honestidad y coherencia de cada acción cotidiana.

Cuando guardamos silencio sobre algunas conductas sociales, hacemos daño a nuestros jóvenes porque el silencio opera como complicidad. Los jóvenes deben saber *qué hacer* en cada circunstancia, cómo posicionarse ante cada dilema ético que ofrece la vida interminablemente. Quizás tenemos también que advertirles del peligro de las acciones ambiguas, aquellas en las que la línea divisoria

entre lo correcto e incorrecto es sumamente débil y sutil. Es allí donde se debe estar alerta, es entonces cuando sirve ese suelo firme y fértil del que hablábamos. Porque ética no es solo un conjunto de reglas impuestas por la familia, la sociedad y las instituciones; ética es en primer lugar *la construcción de uno mismo*, con el apoyo de los valores y de las metas significativas. Solo esta vía nos hará valiosos para la sociedad que integramos.

Como universitarios de ley que somos los que estamos aquí, tenemos la enorme responsabilidad de pensar cómo mejorar cada rincón de nuestra universidad que garantice el cambio, que asegure la construcción de un futuro promisorio y el cultivo de conductas probas que nos impidan caer en la desesperanza. Porque esa es nuestra deuda y debe ser saldada. Debemos recuperar para estos próximos cien años por venir la integridad moral de nuestra sociedad a partir de lo que nuestra universidad puede aportar, y que es mucho, no me cabe duda. Esta es la tarea que nos debemos. Los invito a comenzarla juntos, hoy, aquí mismo, en este encuentro de auténticos universitarios.

Me resta agradecer a las autoridades la convocatoria que nos hicieron para constituir una Comisión Honoraria del Centenario y no dejarnos ir sin el aporte que puede hacer la experiencia. Por el contrario, nos han hecho partícipes de esta fiesta y aquí estamos llenos de júbilo —celebrando los cien años— y también cargados de preocupación, como sucede con la vida misma, dispuestos a dar lo mejor de nosotros por esta nueva universidad que debemos proponernos construir hacia el futuro.

DRA. CRISTINA BULACIO  
Profesora consulta



Se terminó de imprimir en  
los talleres de la Imprenta Central  
de la Universidad Nacional de Tucumán  
Agosto de 2015

Director General Imprenta Central UNT  
Luis Alfredo Esteban  
Av. Presidente Néstor Kirchner 2200  
(T4000ACV) San Miguel de Tucumán  
Tucumán - República Argentina  
Tel.: (+54) 381 4107595  
e-mail: [lesteban@uolsinectis.com.ar](mailto:lesteban@uolsinectis.com.ar)

La presente edición consta de 500 ejemplares



Transitar por los testimonios de colegas universitarios en estado de memoria en calidad de encargada de la revisión general de los textos presentados fue para mí, sin duda, una experiencia gozosa. En estas páginas los vi reencontrarse íntimamente con los estadios de su relación con el *alma mater* cuyo centenario nos convoca, esta Universidad Nacional de Tucumán que nos nutriera con aspiraciones, sueños, realizaciones y —¿por qué no?— con tropezones que, una vez superados, nos ayudarían a crecer.

Los años y las generaciones se han ido sucediendo y para esta generación, la del centenario de la UNT, el gran desafío es estar a la altura de la generación del centenario de la Patria, de esos hombres a cuyo empuje, seriedad y lucidez la UNT debe su existencia. Las exigencias del progreso científico, la presión de problemáticas hasta hoy inéditas, el deslumbramiento ante las infinitas posibilidades de la experiencia humana, todo lo que estos testigos perciben desde sus facultades y desde sus cátedras son la materia prima de *La UNT por sí misma*. Este libro habla a la ciudadanía toda, que contribuye al sostenimiento de la Universidad Nacional de Tucumán, dando cuenta de su labor; habla a los egresados que se formaron en sus aulas y a quienes pasaron por ella sin terminar sus estudios, para recordarles la importancia de la superación personal como norma de vida. Les habla también a los jóvenes que hoy buscan vehiculizar sus intereses en carreras que marquen respuestas a sus inquietudes y rumbos a su futuro.

Eugenia Flores de Molinillo



RED DE EDITORIALES  
DE UNIVERSIDADES  
NACIONALES



Universidad  
Nacional de Tucumán

ISBN 978-987-1881-58-1

